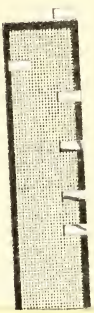


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in
book pocket

RIAN-DE-MAGDALA-K

PA TITL

RC
3/31/80

Recat.

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

LUX LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.C6795
M5

a 00000 03556 2

DATE DUE

NOV 07 2003
OCT 17 2003

GAYLORD

PRINTED IN U.S.A.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/miriamdemagdalan00cova

J. M. COVA MAZA

Miriam de Magdala

(NOVELA)

TIPOGRAFIA AMERICANA
SILVA ALCALA
BARCELONA, VENEZUELA.

J. M. COVA MAZA

PQ 8549
C6795
M5

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT

Miriam de Magdala

(NOVELA)

A una mujer hermosa y delicada
compararé á la hija de Sion.
Jeremías. VI, 2.

TIPOGRAFIA AMERICANA
SILVA ALCALA
BARCELONA, VENEZUELA.

HOMENAJE

á

SIMÓN BOLIVAR

Semidios y Mártir

EN EL

Primer Centenario

de la Independencia Patria.

PROLOGO

—

Nunca se nos había ocurrido pensar que pudiéramos escribir el prólogo de una novela, tan alejados nos hemos creído siempre de las cosas de arte.

Aunque hermano del espíritu poético, es muy distinto éste que nos ha llevado á la disquisición histórica. Dennos compulsar documentos, dennos abstraer hipótesis científicas de los acontecimientos de la historia nacional y será muy de nuestro agrado. Los hechos concretos no nos producen sentimientos sino ideas, y an-

te una obra de arte no sentimos sino admiración, y nos movemos, nó hácia su imitación ni á idear cosas artísticas, sino á sacar de ellas algún conocimiento, y por asociación de ideas vamos á dar en lo más alejado de todo espíritu poético.

Mas á la exigencia de la amistad vuélvese grata esta tarea, y henos aquí contentos de llevar de la mano al señor Doctor Cova Maza y presentarlo al público.

Fué nuestro compañero de juventud y juntos comenzamos á escribir. Allá por los años en que, en nuestra tierra, se iba olvidando á Victor Hugo por romántico, y Zola y su escuela predominaban, éramos verdaderos enamorados de la naturaleza y publicábamos nuestras impresiones en periódicos de la localidad. Luego, la vida nos separó, y tomamos diferentes caminos. Pero el autor de Miriam de Magdala ha seguido siendo,—lo revela al través de la cultura que le han dado los años y el estudio,—un artista ingénuo.

Su novela podría decirse la obra

talentosa de un jóven que imagina las cosas que desea y que no encuentra á su alrededor.

En cuanto á la naturaleza que lo rodea, *el medio* parece como si no impresionara directamente á nuestro amigo. Ha vivido en una tierra árida y ardiente; el sol bochornoso y las largas siestas forzadas disponen el ánimo á la voluptuosidad; el Neverí, que atraviesa la ciudad en que, por tanto tiempo, ha pensado y sentido, podría decirse Jordán caudaloso, sólo que, sus aguas, ni han mojado las piernas de un dios ni reflejado la temblorosa imágen de un áspero predicador alimentado con miel y con langostas. De los paisajes del terruño sólo encontramos en Miriam de Magdala uno que otro hermoso crepúsculo. Parece como si se buscase con imaginar una ciudad con su torre Antonia, sus legionarios romanos, sus cortesanas, sus atrios, sus mercados, algo que no se encuentra á la mano.

El autor es un espíritu culto, un espíritu artístico y tratándose de

una obra de reconstrucción, debemos buscar en ella el *momento literario* que Paul Lecombe, el admirable escritor francés, define: «El conjunto de obras anteriores que un autor conoce y de las cuales puede sacar un provecho cualquiera.» ¿Qué lecturas han podido influir para que se reconstruya en aquel amado pedazo de tierra venezolana la psicología de María Magdalena, la vida de Jerusalém, la mística figura de Cristo? Encontramos, por las citas que se hacen en el libro, que la fuente directa de toda reconstrucción religiosa judáica ó semítica: la Biblia y los Evangelios, ha sido estudiada con detenimiento. El concepto absolutamente naturalista con que se reconstruye á Cristo y con que se relatan sus milagros nos hace ver un vasto conocimiento de la cristología moderna y prueba, que se ha estudiado mucho de lo que se ha escrito científicamente sobre los actores de nuestro drama religioso.

También podemos decir sin temor á errar, que la lectura de obras de

reconstrucción como *Afrodita*, *Salombó* y aquel hermoso capítulo de *La Reliquia* de Eça de Queiroz, donde Cristo se iergue claro y sin misterios, han influenciado á nuestro dilecto amigo, llevándolo á escudriñar tan remotas psiquis. Con todo, allí no hay influencia determinada; en los verdaderos hombres de letras es difícil precisarlas.

En cuanto á la forma, el estilo es reposado, quizá un tanto recargado de imágenes que, sin duda, convienen al asunto.

El señor Doctor Cova Maza ha hecho con MIRIAM DE MAGDALA una obra de arte; útil, por la razón que dá Bergson á toda obra de este género: «Si la realidad pudiese herir directamente nuestros sentidos y nuestra conciencia, si nos fuese dado entrar en comunicación directa con las cosas y con nosotros mismos, ó el arte sería inútil ó todos seríamos artistas, pues nuestra alma vibraría entónces al unísono con la naturaleza; y nuestros ojos, ayudados por nuestra memoria, trazarían en el espa-

cio y fijarían en el tiempo cuadros inimitables.»

Y Cova Maza tiene alma y ojos de artista.

Laureano Vallenilla Lanz.

Caracas: junio de 1911.

LIBRO I

I.

MIRIAM

Era el mes de Nizam; y aquella tarde, víspera de la Pascua, Miriam se hallaba tendida sobre un amplio diván de lino róseo, los codos apoyados en el pretil de mármol de la terraza, y en una mano la mejilla; sus ojos, bajo la seda de los párpados y el delicado fleco de sus curvas pestañas, entoldados al peso de vagorosos ensueños, contemplaban la puesta de sol que incendiaba de oro y púrpura el ocaso. Con la otra mano agitaba indolentemente un flabelo de vistosas plumas; y al blando soplo del aire los rubios ricillos se movían en torno de su frente.

Sobre la Ciudad Santa el crepúsculo extendía una gasa ligera y finísima, como formada de vapores de acacias y de rosas, cortadas en un bosque sagrado, con hoz de oro, en hora propicia.

Parecía el sol un bermejo coágulo de sangre caído del místico holocausto de

la tarde, que descendía, manchando el armiño de los celajes, á sumergirse en las glaucas aguas del mar de Tiro, más allá de las palmeras de Bethania. Y ella le veía descender, cual si implorara al ocaso, para su alcoba perfumada y tibia, aquellos ricos cortinajes de cambiantes tonalidades luminosas.

Suelto el cabello, le caía sobre los desnudos hombros, suave como el lino escardado, brillante como la espiga áurea, fluyente como una cascada, acariciador como una ala; y un bucle se le iba por la espalda, sobre la túnica de seda verde, hasta el arranque de la redondez de la cadera, y otro bucle no menos denso le rodaba por la impúdica desnudez del seno.

Los cárdenos reflejos del sol le iluminaban el rostro difundiendo por la tersura de su frente y de sus mejillas un vago tinte de lila; hacían destacar con brillo de nácar la perfecta línea de su naríz; avivaban el rojo color de sus labios; prendían un polvillo de oro en sus largas pestañas, en el fino arco de sus cejas, y en el vello sutíl de sus mórbidos brazos, donde los brazaletes fingían dos sierpes de brillantes escamas; y su collar de perlas era como otra sierpe lumínica enroscada á su garganta; y los sellos y anillos constelaban sus manos como fulgentes gotas de rocío en los

pétalos de dos blancos nenúfares.

Era galilea, nacida en la ribera del lago de Genezareth, en un humilde villorrio de pescadores que se resguardaba de los ardores del sol á la sombra de sus altos sicomoros y tamariscos. Y porque era de aquel villorrio la llamaban Miriam de Magdala.

Un vuelo de blancas palomas que pasó rasgando la diafanidad del espacio, y fué á posarse en un grupo de frondosos cedros que erguían su verde pompa en el valle de Betphagé, suscitó en su abstraído espíritu un melancólico vuelo de recuerdos.

Recordaba—y bajo el influjo de aquel recuerdo la esencia de su sér se encendía en una ansia infinita á un infinito deleite que refundiera todos los goces en uno solo, para lo cual sus sentidos parecían estar afinados, como otros tantos delicados instrumentos, y aptos para recibir de mano vigorosa la vibración suprema—recordaba una mañana luminosa y fragante, en que, como fuera á buscar agua á un límpido arroyuelo, con el cántaro al hombro, se encontró con una vieja aldeana de la llanura de Esdrelón, vestida de estameña burda, con un raído manto negro sobre la espalda, que comía dátiles con hambre voraz, sentada en un césped de gramíneas en flor, junto al brocal desportillado de una

cisterna. Aunque temerosa se acercó á la anciana, quien, para inspirarla confianza, se sonrió, con una afable sonrisa que animó su rostro exangüe y surcado de arrugas, y que partió, como un tardío y fugaz rejuvenecimiento, de su boca desdentada y mustia. La anciana, que era una quiromántide, le tomó una mano; fijó atentamente en las líneas de la palma sus ojos grisáceos que parecían embebidos en la visión de todas las lejanías del desierto á donde la llevaba su miserable vida nómada; murmuró unas palabras en dialecto ininteligible; y luego, con voz sofocada, como por el esfuerzo de una evocación intensa y súbita, le dijo: «amarás mucho, y serás amada de un Dios.» Y esa mañana, luminosa y fragante, al verse en la clara linfa de un remanso del arroyuelo que, como un espejo de plata pulida, reflejó su imágen levemente trémula, gozó la sorpresa embriagadora de saberse bella. Cuando regresó con el cántaro lleno de agua, la anciana se había alejado por el blanco camino polvoriento, donde su negra silueta se destacaba avanzando bajo las implacables reverberaciones del sol. Ella se detuvo á mirarla hasta que se ocultó, como una trágica visión de pesadilla, tras una distante ceja de monte.

Recordaba—y este recuerdo envolvía

su alma en un delicado perfume, como de un manojo de nardos intocados—las bellas tardes de la ribera de su lago de Genezareth, el que, bajo la púrpura del crepúsculo, refulgía como una hermosa copa de oro. En esas tardes, mientras su madre estaba en espera de las barcas pescadoras junto con otras mujeres del pueblo, ella se iba recogiendo caracoles de variados matices para hacerse preciosos collares y brazaletes.

Recordaba—y este recuerdo despertaba, en toda su poderosa intensidad, la fuerza impulsiva generada en su alma de núbil doncella por la predicción de la quiromántide—la noche en que se escapó con un mancebo de Bethania, llamado Lázaro, á quien había visto, en la tarde, aparejando su barca, cerca de uno de los promontorios que interrumpen la uniformidad de la playa, sembrados de espinosos alcaparros y laudedales de Alejandría. Esa noche su madre dormía profundamente; y en la calleja solitaria los perros ladraban con lúgubres aullidos. Afuera Lázaro la esperaba, y la estrechaba entre sus brazos con presión convulsiva y fuerte, reteniéndola contra su pecho en toda la divina eternidad de aquel instante; y nunca más había vuelto à sentir un beso semejante á aquel que, como una onda cálida, le enardeció la boca virgen. Cuando lle-

garon á la playa el lago refulgía como una hermosa copa de plata á la blanca claridad del plenilunio. Las velas de las barcas blanqueaban como grandes alas de garzas al ras del agua. Y la de Lázaro, al deslizarse con el recio empuje de los marineros abrió un crujiente surco en la arena húmeda, como una ancha herida, que presto acudió à cerrar el oleaje con el beso rumoroso de sus labios espumantes. Las primeras horas de la noche las pasó junto á la borda mirando desvanecerse los contornos de la costa en la bruma densa. Sentíase invadida por un inefable sentimiento, mixto de gozo y de espanto, al alejarse de aquella costa por donde su madre la solicitaría con la ansiedad de la espera inútil. Este pensamiento la torturó al principio; pero se esfumó luego entre las rosadas nubes del horizonte de su ensueño, hacia donde su alma tendía el vuelo fugitivo; y al lado de Lázaro, sobre un montón de redes olorosas á algas, se quedó dormida, mecida blandamente por la brisa que henchía la vela haciendo estridir el mástil que parecía un largo índice señalando el cielo. Cuando arribaron á la otra costa del lago, gente de Capharnaum circulaba por la playa. Allí alquilaron, aquella misma mañana, una bestia de carga á una caravana de mercaderes de Siria que iba á Jerusalén,

camino de Bethania. El camino estaba bordeado por ricas campiñas y praderas floridas donde pacían, bajo la vigilancia de los pastores, numerosos rebaños de blancas ovejas. Y los caravaneros, de rostros tostados por el sol, envueltos en sus burdos albornoces y con largos turbantes, cantaban, al tardo paso de los dromedarios fatigados, lánguidas y pausadas canciones de su país.

En Bethania, bajo el rumor de sus esbeltas palmeras, en el ambiente embriagador de sus deliciosas noches, olorosas á cinamomo y á terebinto, en una casita que asomaba entre el verde follaje de una granja, allí amó á Lázaro con ternura de amor primerizo.

Acompañada de Martha, hermana de Lázaro, subía á Jerusalén, distante quince estadios, con cestillos colmados de higos violáceos y manzanas rojas para vender en el atrio del Templo. Una multitud indescriptible circulaba por las amplias galerías y por entre las altas columnas de mármol. Miradas curiosas y lascivas se fijaban en ella; y veía que su cestillo se vaciaba más pronto que el de Martha. Esta preferencia la llenaba de gozo, porque Martha era joven y bella; y aquellas miradas le producían la sensación de una intensa llama que le encendía el rostro. El lujo tentador con que se exhibían las cortesanas le

fascinaba. Hasta que una mañana, en ausencia de Lázaro, subió sola á Jerusalén, sin el cestillo colmado de frutas sobre su cabeza áurea; pero, en cambio, llevaba, colmado del tesoro de sus besos, el diminuto cestillo de su boca, formado de pétalos más fragantes que los de las rosas de Jericó. Y, desde entonces, hacía cinco años que vivía en aquella casa de espaciosa terraza en la parte más alta del barrio de Bazheta, enriquecido por las grandiosas construcciones herodianas, donde sus amantes, ya incontables, pero todos ricos, iban á prodigarle sus fortunas. Desde entonces su vida deslizábase entre los esplendores del lujo, codiciada por su belleza y envidiada por el brillo deslumbrante de sus joyas.

Y esa tarde, tendida sobre un amplio diván de lino róseo, los codos apoyados en el pretil de mármol de la terraza, y en una mano la mejilla, sus ojos, bajo le seda de los párpados y el delicado fleco de sus curvas pestañas, entoldados al peso de vagorosos ensueños, contemplaban aquella puesta de sol que incendiaba de oro y púrpura el ocaso.

Desde la terraza dominábase gran parte de la ciudad predilecta de Jehová, y en la vaporosidad luminosa con que el sol majestuosamente la envolvía, destacábase el Templo, cual una inmensa joya,

todo fulgurante en la divinidad de aquella hora; y cerca del Templo, como un fiero centinela de rostro ceñudo, elevábase alta, severa y maciza la torre Antonia, en cuyas almenas el sol hacía destellar con vivos reflejos los escudos y cascos de bronce de los centuriones romanos; la monumental fachada del teatro de Herodes se teñía de rosa; en las plataformas de las torres Hippica y Farsala se paseaban los soldados armados de largas lanzas que resplandecían como rojizas llamas; y hacia la escarpada orilla del arroyo del Cedrón seextendía, como un grueso cinturón de piedra, la imponente muralla con sus torrecillas enhiestas.

A la terraza llegaba el confuso rumor de la multitud que discurría por las calles, donde se encontraban peregrinos de todas las ciudades de Judea, venidos á comer, en el mismo santuario de Jehová, el pan ácimo y el cordero blanco de la Pascua. Y por sobre aquel rumor, como por sobre las ondas de un mar agido, cruzábanse los toques estridentes de las bocinas que partían de las torres para recordar á la divina hija de Sión el omnímodo poder del César imperante.

El sol traspuso el horizonte, quedando en el ocaso como el lívido resplandor de una hoguera surcado por anchas cintas de guada y de ópalo; y por encima del

Hebrón algunas estrellas empezaron á titilar lejanamente como finas puntas de diamantes en la trasparente profundidad de un lago. Miriám contemplaba, embebida, aquella gama de colores, ya desvaídos, que marcaba la huella crepuscular del soberano astro en sus infinitos dominios siderales; y, al influjo de la serenidad de aquel cielo y del ambiente, vibrante con el rumor de la ciudad en fiesta, en su memoria resurgían las olvidadas palabras de la quiromántide.

—Ser amada de un Dios—pensaba—¿Y de qué país remoto é ignoto habrá de venir el divino prometido? ¿A qué hora y por cual sendero todo cubierto de flores habré de salir á esperarle? ¿En qué rico tàlamo le embriagaré con mis besos en venturosas noches de amores? ¿En qué prodigiosa piscina de agua límpida bañaré mi cuerpo para que surja impoluto de lujurias? ¿Quién me enseñará el maravilloso arte de crear caricias nuevas que broten de mi sér como una cándida floración de lirios? ¿Qué nombre será el suyo para llamarle en mis deliquios voluptuosos? ¿Qué perfume le será más grato para con él saturar el ambiente de mi alcoba?..

Miriam, sumida en una vaga ansiedad melancólica, apoyó su ardorosa frente en el frío mármol de la terraza. Y como había cerrado los párpados, no se aper-

cibió de que ya se había extinguido en el ocaso el último destello de sol; y de que el cielo, poblado de estrellas, simulaba una inmensa copa invertida que hubiera derramado sobre la ciudad, ya constelada por las rituales iluminaciones, largos y hermosos collares de brillantes.

Una esclava idumea apareció en la terraza, negra como la noche, contrastando su cútiz de ébano con la albura de su túnica. Y blancos eran los simétricos arcos de sus dientes, y muy blanco el blanco de los ojos que relampaguearon en la obscuridad.

La esclava se acercó.

—Eres tú, Thamar?

—Sí, Miriam.

—Mira, Thamar, que bella está la ciudad iluminada en esta noche de fiesta. En verdad que debió ser una noche como ésta cuando se la comparó con «una poderosa ramera con cerquillos sobre sus narices, zarcillos de rubíes en sus orejas y diadema de hermosura en su cabeza.» [1]

—La ciudad está muy bella; pero más bella que la ciudad eres tú, Miriám.

—Eso es una lisonja, Thamar, con la que quieres adularme.

—Si yo nomás lo dijera, tendrías ra-

(1) Ezequiel, XVI, 12 y 30

zón, Mirián; pero son muchos los que vienen con el propósito de verte, y se llamarían dichosos con sólo besar la fimbria de tu túnica.

—Sinembargo, soy muy desgraciada, Thamar

—Desgraciada tú? ¿Por qué?

—No lo sé; pero antes de tú venir sentía una inexplicable tristeza. Tú, que has viajado tanto, has oído hablar de los dioses?

—Mucho, Miriam—le contestó la esclava—¿A cuál de ellos quieres rendirle culto?

Miriam, temerosa de que si revelaba á su esclava la profecía de la quiromántide pudiera perder su infalibilidad, prefirió no contestar á su pregunta.

La esclava, al verla silenciosa, le dijo:

—Miriam, Sarah te espera.

—Ah! no me lo habías dicho. ¿Por qué no ha querido subir?

—Dice que está muy fatigada.

Miriam quiso levantarse, pero sintió que las correhuelas de las sandalias le apretaban demasiado.

—Thamar, desátame las sandalias.

La esclava púsose de rodillas junto á ella; luego que le hubo desatado las sandalias le acarició los pies, tan pequeños que le cabían en una mano, y eran co-

mo dos cabritos mellizos que todavía no saben apacentarse de los tiernos pámpanos de los viñedos de Engaddí; sus dedos, menudos y de pulidas uñas sonrosadas, ostentaban cincelados anillos; y en los tobillos las ajorcas parecían otras dos sierpes luminosas enroscadas al tallo de dos hermosos lirios que surgiesen del agua de un estanque cubierta de limo.

—Sabes quién ha de venir esta noche?

—Nó, Miriam.

—¿Ni eres capaz de adivinarlo?

La esclava quedóse un momento pensativa.

—¿Es aquel joven romano pariente del Tetrarca?

—Nó; ya lo he despedido. Te lo advierto para que si vuelve no le abras la puerta de mi *cubiculum*.

—Entonces no lo adivino, Miriam.

—Es Pontius, el nuevo Pretor. Cuando llegue le conduces á la sala. Mientras que él rabie aquí de impaciencia, Claudia, su mujer, asistirá al banquete que da esta noche en su casa Tito Lecio, poeta y admirador de Tíbulo. A él estamos convidadas Sarah y yó.

La esclava sacudió las sandalias; y al chocar una contra otra tintiló el oro de sus adornos.

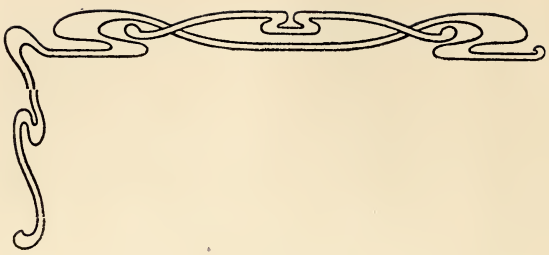
Calzadas las sandalias, Miriam se puso en pie, irguiéndose en toda la maravillosa esbeltez de su cuerpo; levantó sus desnudos brazos y con ambas manos echó hacia atrás el espeso manto de sus cabellos, que se esparció sobre la espalda con la suavidad de una ala que se despereza. Y como si su carne, palpitante bajo la túnica verde, se hubiera transformado en carne sacra de las estatuas inmortales, en aquella actitud parecía transfigurada en una divinidad olímpica á los ojos contemplativos de una delirante muchedumbre cargada de ricas ofrendas votivas. Sus ojos cerúleos resplandecían como dos astros en la noche serena; y por su garganta circulaba una poderosa onda de vida henchida de pasión y de deseo, cuyo intenso fuego trascendía fervorizando la blancura de su rostro.

—Oh! Miriam—le dijo la esclava—si estuvieras en Roma, hasta el mismo César, creyéndote la diosa Venus, iría á llevarte unas palomas blancas.

Miriam se hallaba segura del prestígio de sus formas que le habían conquistado la fama de ser la más bella cortesana de Palesthina; y su cuerpo vibraba vigorosamente la triunfante harmonía de sus líneas esculturales que parecían dilatarse hasta confundirse con las de aquella otra «poderosa ramera», enjoyada

con la profusión de rubíes de sus iluminaciones rituales, y sobre la cual había ido á esparcirse, como para una renovación prodigiosa y fecunda, el polvo sutil de sus sandalias.

Miriam abandonó la terraza agitando negligentemente su flabelo de vistosas plumas; y el ambiente quedó oloroso á nardo y á violeta.



II

SARAH

Sarah se aburría en la hora tediosa y calurosa de aquel mediodía de sol primaveral. En la ventana, donde tomaba el fresco, había hecho colocar palmas y ramos de anémona entrelazados para contribuir, con estas risueña nota de verdura, al tradicionar ornato de la ciudad electa en la fiesta de la Pascua; y el blando soplo de viento que le acariciaba el rostro, como un hálito de respiración pausadamente rítmica, agitaba las hojas con ligero temblor susurrante. La calle, en que se destacaban dos franjas paralelas de luz y de sombra, se extendía estrecha y pedregosa, con sus muros recién enjalbegados, sobre la colina de Ophel; de las balaustradas de los techos colgaban lámparas de bronce para las iluminaciones de la noche; y en puertas y ventanas, lustrosas de alquitrán, las

palmas y las banderolas tremolaban la alegría de sus gayos colores. El retintín metálico de las sandalias, en el pavimento de las aceras, marcaba el paso, ora lento, ora apresurado, de los transeúntes. Por el extremo de la calle una cansada recua de camellos desenjaezados descendía hacia el pintoresco valle de Siloeh, á abrevarse en el agua cristalina y rumorosa de su fuente. Y por encima de aquel valle, sombreado por espesos bosques de higueras y pomaradas, y bajo aquel claro cielo de una diafanidad esplendorosa, divisábanse, en los indecisos confines de Idumea, las sinuosas y azules montañas de Moab, donde se erguía blanca y siniestra la trágica fortaleza de Makeros, residencia orgiástica del Tetrarca Herodes Antipas.

Ante aquellas perspectivas inundadas de sol, como de una polvareda de oro, los ojos de Sarah se cerraban soporosos, haciéndose la noche con la sombra obscura de sus largas pestañas. Y para desasirse de aquel aburrimiento que la embargaba, se fué á su alcoba, ciñóse el talle un cinturón de seda con recamos de plata, espolvoreó de oro sus ondulosos cabellos negros, suavizó la blanca piel de sus mejillas con pasta perfumada, empurpuró sus labios, echóse á la cabeza un trasparente peplo amarillo que le cubrió los hombros, y salió á la calle, con una

mano recogiéndose el peplo bajo el mentón, partido en dos por un hoyuelo primoroso, y con la otra mano, la cauda azul recamada de flores de su túnica.

Caminaba á la ventura, siempre pegada al muro de las casas para defenderse del sol bajo los toldos de esterilla que sombreaban las puertas de las tiendas. Al cruzar por la plaza de la antigua Piscina, ancha y enlosada, un mendigo harapiento, de faz escuálida y de barba hirsuta, que descansaba su miseria apoyado al tronco de un alto ciprés inmóvil y como tallado en bronce, le salió al encuentro, arrastrándose penosamente, y con voz plañidera le dijo: «Jehová es grande.» Ella, deteniéndose apenas, puso una moneda de plata en la mano esquelética y trémula del mendigo, quien continuó diciendo, con pueriles demostraciones de júbilo: «Jehová es grande.» Entre tanto el perro famélico que le acompañaba en actitud hierática cazaba moscas.

Luego pasó por frente al teatro, construído recientemente por Herodes al estilo romano, cuya fachada, toda de mármol numídico, terminaba en una águila de oro que fulguraba al sol. Por entre las columnas del amplio pórtico se paseaban grupos de histriones, de barbas rasuradas, conversando en alta voz y accionando con una exagerada movilidad

de brazos, cual si estuvieran representando el éxodo de alguna tragedia de Sófocles ó de Esquilo. De uno de los grupos que permanecían sentados en las gradas surgió una aguda voz de mujer.

—Sarah! Sarah! Espérame, querida.

Y una joven griega, con la túnica recogida hasta la pantorrilla, corrió á reunirse con Sarah.

—¿A donde vas?

—Aún no lo sé, Gesira.

—¿Quieres ir hasta el Gareb? Esta tarde hace su entrada la caravana de Judea, y con ella viene el Tetrarca.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya ha pasado anunciándolo un pregonero acompañado de bocinas y timbales.

—Pues vamos, querida. Pero antes, dime, ¿qué discuten en el pórtico del teatro?

—Sobre si el gesto es más elocuente que la voz. ¿Qué opinas tú de esto Sarah?

—Digo que los que prefieren el gesto á la voz querrían para el teatro una comparsa de mimos.

Ambas rieron á carcajadas, y se alejaron por una calle más amplia y más concurrida. Las literas, con molduras doradas, se cruzaban, conducidas por

negros esclavos, y en las que, sobre cojines de púrpura, se reclinaba el orgullo de alguna dama ilustre, ó la impudicia de alguna rica cortesana. Las vendedoras de panes ácimos, en cuyas caras rebosantes de juventud, cantaba la alegría, confundíanse con los toscos labriegos de Emmaús, que, en canastas de esparto, ofrecían á los transeúntes frescos bollos de centeno y miel; y con los hipócritas escribas y fariseos, de túnicas blancas, y el rostro cubierto por un velo, tropezábanse ociosos mancebos carininfos, de vistosas túnicas guarnecidas de oro, y con la cabeza descubierta para ostentar sus perfumados rizos untados de aceite aromático. Y con el polvo que se alzaba de la calle y las exhalaciones de aquella multitud heterogénea mezclábase el olor de sándalo y de rosas que salía de las tiendas de los perfumistas. Torcieron por una esquina, donde, sentada en el umbral de una casa, una pobre mujer, arrebujada en su manto gris, vendía toda suerte de amuletos y talismanes; y más allá, por encima del muro de un jardín, asomaba, orgullosa de su pompa primaveral, la rama de un almendro florido, rondada por una turba de rumoreantes abejas áureas, ebrias del aroma de las flores, y festejada por el aria de un pájaro que cantaba á punto de hacer estallar su garganta sonora.

—Allí tienes, querida Gesira, el más elocuente partidario del canto.

El pájaro voló en rápido vuelo y con sus brillantes alas agitó las tenues gasas de oro que el sol desplegaba en el espacio.

En la puerta de una casa, construida al estilo griego, que, como el romano, era muy mal visto por el intransigente rigorismo de aquel pueblo sacerdotal, se destacaba una placa metálica con una inscripción en grandes caracteres que decía:

TITO LECIO, POETA LATINO.

Sarah se detuvo delante de la casa; y Gesira le dijo:

—Aún no es hora, querida mía.

—Ah! ¿sabes? ¿estás invitada?

—Sí. Se dice que es un banquete en honor de Miriam. Tito Lecio la tiene por la mujer más bella de Jerusalém.

—Y es también la más bella alma, Gesira.

—En el Xistus se ha murmurado de ella.

—¿Qué se ha dicho?

—Que no contenta con los amantes que van á su casa, se ofrece á los soldados romanos en las ruinas del palacio de David. ¿Qué sabes de eso, Sarah?

—Nada sé, Gesira; pero no lo creo.

Como el sol declinaba, aligeraron el paso. Entraron por una calle donde una therma romana abría su ancho pórtico de granito por el cual hombres y mujeres entraban y salían en confuso tropel. Por entre las rejas de hierro veíase en un extenso patio un surtidor de agua, cuyos penachos cristalinos rompíanse en menudos prismas de iris que caían en un tazón de mármol. Los esclavos pasaban en todas direcciones llevando vasos de esencias y blancas toallas de lino.

Siguieron por la acera opuesta sin detenerse. Gesira llamó la atencion de Sarah hacia una ventana, á la que, por entre macetas de ócimo, acababa de asomarse una doncella, cuyos ojos, de una dulzura angélica, lanzaron á la calle, en el espacio de un segundo, todo el fulgor de una mirada amorosa é inquisidora.

Sarah y Gesira rieron maliciosamente.

Después tomaron por una callejuela de casas bajas y ruinosas, en cuyas ventanas y puertas las palmas pascuales pugnaban por disipar, con el plácido verdor de sus hojas, el aire de miseria que las rodeaba. Los chiquillos, ventrudos y mugrientos, en fraternal intimidad con los perros, correteaban por las aceras ó se arrastraban sobre restos de legumbres cocidas. Y en el lúgubre interior de aquellas pobres viviendas,

de donde salía un repugnante olor de sótano, hacían labor las mujeres, de rostros macilentos, como una pálida floración para la cual no tenía aquel rubio sol de Nizam un destello de ventura primaveral.

Llegadas al extremo de la calle se encontraron con la antigua muralla, en la que compasivas trepadoras cubrían, con el regocijo de sus festones abrileños, el musgo añoso y doliente de sus piedras. Y por la puerta del Pescado, abierta como una enorme brecha, salieron al Cedrón, en donde se destacaban, como gruesos troncos de una estraña vegetación, los blancos monolitos de los sepulcros.

—Ya me siento canzada, Gesira. Sentémonos en la tumba de Zacarías.

—¿Por qué no seguimos hasta la calzada de Sichem? No tardará en llegar la caravana.

Tomaron por un sendero enarenado y seco, á la verde sombra de altos bojes y olivares que se agitaban al viento con susurro blando de eglógica melancolía. De sus cimas levantaban el vuelo bandadas de palomas como aventados pétalos de un jardín de rosas blancas. Pastores de Ascalón conducían mansos bueyes por prados alfombrados de gaudinias floridas, y sus siluetas perfilabánse vivamente al sol, que ya descendía al ocaso, y era como un

ombligo luminoso en el vientre siempre fecundo de la infinita naturaleza. Y aquel inmenso vientre esplendía con un fúlgido azul de lámina de acero; y en la vibrante diafanidad del aire adquirían las colinas un intenso brillo de esmeralda. En el Gareb blanqueaban las casas y los aduares, como dispersas ovejas, entre el obscuro follaje de los higuerales y pomaradas.

Cuando llegaron á la calzada romana, ya á lo lejos, como una enorme serpiente, se avistaba la caravana, envuelta en una brillante nube de polvo; y tuvieron que abrirse paso por entre una multitud, alegre y fanática, que se extendía hasta el valle de Siloeh; y á medida que la caravana avanzaba, se aglomeraba atropelladamente desbordándose en frenéticas aclamaciones de júbilo.

A la señal de los decuriones, que en piafantes caballos ostentaban sus mantos escarlatas, partieron de los baluartes de las torres Antonia y Marianna toques de bocina; y los escudos de los centuriones brillaron con deslumbrantes reflejos.

A la cabeza de la caravana destacábase la gran litera dorada del Tetrarca Herodes Antipas, sobre los robustos hombros de diez y seis esclavos idumeos, relucientes de sudor, y custodiada por legionarios armados de venablos. Cuando estuvo cerca, una mano pequeña y blan-

ca como un genial capricho de alabastro y ricamente ensortijada de rubíes, levantó una de las cortinas de púrpura con flecos de oro que caían por delante y á los lados de la litera entre labradas columnas de plata.

—Es la mano de Herodías dijo—Gesira.

Es muy pequeña—observó Sarah.—Debe ser de Salomé, porque los rubíes son como gotas de sangre de la cabeza de Yokanam. ¿No ves? Hasta la púrpura de la cortina la colora de rojo.

Y en efecto, descorrida la cortina, apareció el adorable rostro de Salomé. Un fino reticulum de diamante aprisionaba la opulenta cimera de sus rubios cabellos. Sus ojos, intensamente luminosos, eran de un verde glauco; tenía encendidas las mejillas por la fatiga del viaje; y su nariz, delicada y sensual, parecía olfatear aquella muchedumbre que se agrupaba con movilidad de furioso oleaje. Una ligera sonrisa entreabrió las líneas imperativas de sus labios; y sus miradas fueron á posarse en Jerusalém, que descansaba, grande y populosa, bajo la tersa clámide de su cielo y entre el lujo primaveral de sus colinas.

Detrás de la litera marchaba la numerosa servidumbre en mulas y camellos.

Gesira se acercó á saludar á Joanna,

mujer de Khosna, mayordomo de Antipas, á la que, una noche había conocido á la puerta del teatro. Pero tuvo que apartarse prontamente, porque la caravana pasaba inmensa y rumorosa, compuesta de gente de los términos de Nephthalí y de Jericó, y de Moab, y de Samaria, y de Galilea, y de Decápola, y de Siria: hombres, mujeres y niños á caballo y á pié; y bestias de carga con grandes sacos de avena y de trigo, y odres de aceite y de vino: todo mezclado en una avalancha formidable.

En los rostros de los peregrinos, llenos de sudor y de polvo, adivinábase, á la vez que el cansancio de la larga caminata, el inefable contento de encontrarse á las puertas de la divina Sion. Y con el estridir de las carretas henchidas de toda suerte de legumbres, el balido de las ovejas, el relincho de las bestias, el lloriqueo de los niños, confundíase el cántico, ya desmayado, que entonaban grupos de doncellas acompañándose con adufes y salterios.

Y cuando toda la caravana se encontró cerca de las murallas prorrumpió en un delirante himno de alabanza que se dilató, llenando las oquedades resonantes del valle; y repercutió en el espeso follaje de las florestas; y se difundió victorioso por la serenidad diáfana del aire; y ascendió en medio de la crepuscular

magnificencia hasta perderse en el espacio.

«Oh! Jerusalém, perfección de hermosura.

«Haya paz en tu antemuro y descanso en tus palacios.

«Bendito Jehová de Sion el que mora en Jerusalém.

«! Alelu--iah! ¡ Alelu--iah! (1)

Y el férvido rumor de aquellas millares de voces, poseídas de una vehemencia insólita, fluctuaba, se agitaba, ondulaba por encima de la compacta muchedumbre, como un tremolante gonfalón de triunfo.

Ya el sol se ponía; y parecía un bermejo coágulo de sangre, caído del místico holocausto de la tarde, que descendía, manchando el armiño de los celajes, á sumergirse en las glaucas aguas del mar de Tiro, más allá de las palmeras de Bethania.

Regresaban Sarah y Gesira, mezcladas à los últimos peregrinos, cuando por el camino que sube de Bethania, á la márgen de un cristalino riachuelo que baja rumoroso por entre setos cubiertos de floridas enredaderas y á la sombra de esbeltos platanales, vieron venir un pequeño grupo de campesinos que les llamó vivamente la atención.

(1) Salmos de David LCXXXV, 2, 21.

—Es gente que viene á incorporarse á la caravana—dijo Gesira.

—Nó, querida; algo extraño sucede.

—¿Qué puede ser? Acerquémonos.

Era un pobre peregrino de Galilea, acompañado de sencillos campesinos de Bethania. Caminaba con grave lentitud, cual si quisiera dejar su huella impresa por el sendero que traía. Bajo los rojizos reflejos de la tarde, su cabeza gallardamente erguida, pero sin soberbia, habíase tornado radiosa, como si con hebras de luz se entretejieran las crenchas ondulosas y negras de sus cabellos. Su mirada, serenamente fúlgida, parecía escrutar las insondables lejanías del horizonte. Y su ademán, con el brazo extendido, como para atraer á las multitudes hacia su pecho, era el de un sembrador de raras simientes prodigiosas.

—¡Hosanna! ¡Hosanna! al que viene en nombre del Señor, al hijo de David, nacido en Bethlehem de Judea!—exclamaban los que lo rodeaban, con exultante regocijo.

Y como Sarah y Gesira preguntaran quién era aquel á quien festejaban con tanto júbilo, á quien aclamaban de tan extraña manera, y á quien las mujeres y niños besaban la orla cenicienta de la túnica, le contestaron:

—Jeschoua, el Rabbí de Galilea, el que obra milagros.

. . . . . .

—Y yo le ví, Miriam—le decía Sarah esa noche, rendida de fatiga sobre un amplio diván de terciopelo—le ví junto á la puerta del Ganado, acercarse al estanque de Bethesda donde se hallaba echada una multitud de enfermos, y preguntarle á uno de ellos: «¿Quieres ser sano ?—Y el enfermo le respondió: «Señor, no tengo hombre, que, cuando el agua sea revuelta por el ángel, me meta en el estanque. Y Jeschoua le dijo: «Levántate, toma tu lecho y anda.» Y prontamente aquel hombre estuvo sano, tomó su lecho y se fué. (1)

Su voz es pausada y suave, Miriam. Aquel grupo de campesinos le rodeaba poseído de ternura. Hablaba de Caridad, de Libertad y de Fraternidad, y sus palabras embalsamaban el aire, como si de sus labios brotase un perfume de jazmines y de lirios.

(1) San Juan, Cap. V. 2,—9.

III.

Noche pascual

Tahmar bajó acompañando á Miriam y á Sarah hasta la puerta de la calle, con una antorcha de resina aromática, cuyo resplandor daba visos de púrpura á los contornos de los dedos de la mano que le servía de pantalla; y, no obstante, le iluminaba el rostro, haciendo brillar los grandes aretes de oro que le pendían de las orejas; y le iluminaba el desnudo seno, haciendo destacar sus dos tersos y erectos pechos como dos escudos de bronce. De un soplo apagó la antorcha, y, en la obscuridad que de súbito invadió el umbral, su túnica blanca produjo la visión fantástica de un albo reflejo de luna. De pié en el peldaño hubiérase dicho una divinidad egipcia evocadora de las misteriosas tinieblas de la noche.

—Ya sabes, Thamar—le dijo Miriam—si viene, le llevas á la sala. Enciende

todas las bujías y pon ascuas nuevas en los pebeteros.

—¿Y si se fastidia?—preguntó Thamar.

—Ah! si se fastidia . . . . . No había pensado en eso. . . . . Distráele, Thamar, tocando el laud y cantándole alguna canción de amor.

—Está bien—dijo la esclava. Y, haciendo tintilar sus brazaletes de plata, bajó del peldaño para verlas salir.

Y, cuando se alejaban, Sarah, que moríase de curiosidad, le preguntó:

—¿A quién de tus amantes esperas esta noche, Miriam?

—A Pontius, querida.

—¡A Pontius! ¿Al Pretor? . . . .

—Si. ¿No te lo había dicho?

—Nada me habías dicho. . . . ¿Cómo te ha conocido? . . . . Desde la revuelta provocada por el brindis en honor de Tiberio no se le ve salir de la torre Antonia.

—Me vió una mañana de Adar en las fiestas de Purim. Porque has de saber que, desde que estoy en Jerusalem, nunca he dejado de asistir á esas fiestas anuales. Yo llevaba esa mañana una túnica de lino blanco, como las vírgenes; y, para que no se me tomase par una pobre doncella de Gethsemani, me había

puesto en el cinturón un broche de oro, con una hermosa esmeralda, cincelado por el joyero que tiene su tienda en el Tiropeo. En el Templo había un confuso tropel de hombres, mujeres y niños, armado de mazas de madera y martillos de hierro. A mi lado algunas mujeres devotas, que sólo dejaban ver su faz pálida rodeada de un manto obscuro, á media voz entonaban cánticos rituales. Y mientras el sumo sacerdote leía los versículos del libro de Esther, Pontius, que se hallaba sentado en un sitial cerca de la puerta Hermosa, acompañado por un grupo de centuriones, no apartaba de mí sus ojos grises. Yo me dije: «Buen pez he pescado. Haré de él lo que me plazca.» Cuando llegó el momento de borrar el nombre de Amman, grabado en distintos sitios por cada uno de los concurrentes, bajóse del sitial, le quitó el martillo á un muchacho que gritaba desaforadamente, y, abriéndose paso por entre la multitud que miraba con extrañeza el que un súbdito del César tomase parte en aquellas fiestas, se dirigió á borrar el nombre que yo había escrito con yeso sobre una piedra. Desde entonces no había dejado un solo día de enviarme un emisario con proposiciones viles. ¿Pues no ha creído el necio que yo sería una de las prostitutas que se venden por un sestercio en la calzada romana?.... Mas

hoy, querida, me ha hecho el obsequio de una litera que le ha costado diez minas.

—Ah! una litera de diez minas!

—La verás; es una obra de arte.

—¿Y cuándo piensas salir en ella?

—Mañana. Iré al Templo conducida por mis esclavos etiopes. Quiero que todas las mujeres de Jerusalem, al verme, ó se pasmen de admiración ó rabien de envidia.

Miriam, en el gozo de su entusiasmo, rodeó con el brazo la cintura de Sarah. Y así juntas siguieron á la largo de la calle. Llevaban el rostro velado por un manto trasparente que les caía en airosos pliegues sobre la túnica; «con el cuello levantado y haciendo són con los pies como si estuvieran danzando.» (1)

Ante ellas la calle, iluminada, dilatábase por entre los blancos muros de sus cuadrados edificios, presentando una hermosa perspectiva: dijérase una enorme sierpe de brillantes escamas de oro. Además de las lámparas, que colgaban de las terrazas, en las esquinas ardían grandes fogatas de leña con viva llama crepitante; y las sombras de los transeúntes, al pasar junto á ellas, se proyectaban gigantescas en los muros, con movilidad fantasmal. En los altos mina-

[1] Isaìas. III, 16.

retes de las torres, hileras de luces fingían caprichosas constelaciones de la inmensa joyería del cielo. Y en las colinas, más allá de las murallas de Nehemía, el fuego de los aduares tachonaba la densa obscuridad, como si sobre ellas hubiera caído una fúlgida lluvia de carbunclos.

Las tiendas se hallaban cerradas desde la tarde. De las habitaciones salía alegre rumor de música y de cánticos con que se celebraba la cena pascual. Y en las tabernas, apestosas al humo de las lámparas que arrojaban á la calle una claridad lívida, entraba y salía una turba chillona de parroquianos que escanciaban en tazas de bronce el fuerte y delicioso vino de los viñedos de Emmaús. Bebían, hasta embriagarse, y comían lentejas, nueces, higos ó pan de centeno.

A la puerta de una taberna, entre un grupo de alegres parroquianos, un pobre peregrino tocaba una flauta de caña. Miriam y Sarah se detuvieron á oirle; porque era una sonata dulce y melancólica que cantaban los pastores y doncellas de Galilea.

—¡ Muy bien, Boanerges !—prorrumpieron los parroquianos—Bien ganadas tienes las monedas que te hemos dado.

—¡ Ah ! Boanerges !—repitió Miriam.

—¿ Conoces á ese hombre ?—le preguntó Sarah.

—¿Quién no conoce en Magdala á Santiago y á Joan, apellidados Boanerges, hijos de Zabdia, un viejo pescador de Capharnaum?.... Lo que me extraña, querida, es que Santiago haya abandonado su barca para venir á pedir limosna como lo hacen los mendigos que recorren los pueblos de Samaria.

El flautista terminó de tocar; y las dos jóvenes siguieron caminando.

A medida que se acercaban al centro de la ciudad, la muchedumbre se iba haciendo más numerosa y festiva, invadiendo las calles, las plazas, las tabernas, los pórticos de los palacios: danzando, cantando, ó prorrumpiendo en ensordecedores gritos, como poseída de un frenesí de júbilo. Gran parte de aquel gentío no tenía donde albergarse, y echaba de menos las gratas veladas de sus granjas, pasadas al amor inefable de la lumbre y á la lumbre inefable del amor. Pero, aún así, todos sentíanse felices, porque tornarían á sus campiñas lejanas, soñando en pingües cosechas, llenos de esperanza, después de haber visitado á Jehováh en su propio santuario.

Sarah llamaba la atención de Miriam hacia algunos de los que pasaban.

—Ese es de Joppe, un vendedor de granos.

Después dijo:

—Ese otro, de gorro frigio, es un mercader de telas de Sidón.

Después dijo:

—Aquel es Saulo de Tharso; le he tenido en mi lecho, el año pasado, en dos ocaciones.

Mas, como Sarah notara que Miriam callaba, preguntóle:

—¿Qué tienes?

—Nada.

—Cualquiera diría que vas preocupada.

Miriam lanzó un suspiro y dijo:

—Sabes, querida Sarah, que ya me hastía esta miserable vida que llevo?

—Miserable la llamas, Miriam, cuando Pontius te ha ofrecido ir à tu casa; y Tito Lecio, á quien para si quisieran muchas nobles doncellas de Jerusalém, va á dar esta noche un banquete en honor tuyo?

—Si; ¿y qué?

—Mañana en el Xistus se hablará de ello; y sabes que cuanto allí se dice vuela rápidamente por toda la ciudad.

—Lo sé.

—Pues bien, al llegar á oídos del Tetrarca querrá verte; y, como no encontrará en todos sus dominios otra mujer más bella que tú, le tendrás en el número de tus amantes.

—¡ El Tetrarca uno de mis amantes !

—Y Judea entera se verá, entonces, sometida á todos tus caprichos; y ...¡ serás princesa, querida Miriam !

—¡ Princesa !.....¿ qué dices ?..... ¡ princesa yó !....

—Si, Miriam; porque has de saber que Herodes Antipas vive separado, en su mismo palacio, de su mujer Herodías y de su sobrina Salomé desde la trágica muerte de Jokanam.

—¿ Cómo lo sabes ?

—Nos lo ha dicho, á Gesira y á mí, Joanna, la mujer de Khosna.....¿ No querrías que el Tetrarca fuese tu amante?

—Ah ! mis amantes !—repuso Miriam, poseída de la misma profunda melancolía que la invadiera en la terraza. ¿ Qué han sido hasta ahora, querida Sarah ? ¡ Todos unos hipócritas !

—¡ Hipócritas....¿ Por qué ?.....

—Porque, para que no se murmure de ellos, van á mi casa recatándose á la sombra de la noche, y me abandonan antes que los sorprenda la claridad del día. Son como los fariseos que, de día, cuando transitan por la calle, cierran los ojos para no ver á las mujeres, y se ensangrientan las narices á tropezones con las esquinas; y de noche .....

—Sin embargo, todos te dejan mucho dinero.

—Es cierto; más de uno ha quedado pobre, porque me ha dejado toda su fortuna.

—¡Y te quejas, querida mía! ¿Qué diré yo que para ganarme un siclo de oro tengo que ir á esperar á los mercaderes á la puerta de Ephraim?

—Pero que quieres que haga en el aburrimiento de las largas horas del día?.....¿Lo creerás si te dijera que para calmar el fuego que abrasa mi cuerpo, en esas horas de tedio, llamo á Thamar para que toque el laud y me cante alguna de las canciones que aprendió en las costas de Tiro, ó la mando que se acueste conmigo en el lecho y me estreche entre sus brazos?

Después de una breve pausa añadió:

—Ah! qué buena es Thamar, Sarah! Aunque su piel es negra, quemada por el sol de los arenales de Etham y Pharaam en sus viajes á Egipto, tiene la suavidad y frescura de la de una núbli doncella; y sabe muchas voluptuosidades raras que emplean para amarse las cortesanas lesbias.

Miriam se detuvo para recojer su flabelo que se le cayó de la mano al tropezar con un grupo de peregrinos que pasaba.

—Ahí va el Rabbí Jeschoua—exclamó Sarah.

Miriam volvió el rostro, y solo pudo ver, entre la muchedumbre, un blanco pliegue de su túnica.

—¿ Es joven el Rabbí, Sarah ?

—Es joven y hermoso.

Los vendedores de frutas de terebinto, con grandes cestos de mimbre sobre la cabeza, pregonaban con voz estridente:

—Son dulces como la miel y rojas como la púrpura.

Otros vendedores pasaban gritando:

—Yerbas amargas para la cena pascual.

Miriam y Sarah torcieron por una encrucijada, donde era más compacta la gente que afluía; y, á distancia, en el extremo de la calle, vieron destellar, sobre la más alta terraza del Templo, una gran fogata que extendía un inmenso nimbo luminoso; y parecía que por su llama tremolante, como por una enorme lengua rojiza en continua peroración de frases exhultantes, ascendiese el espíritu de aquel pueblo en anhelo infinito de libertad, suspirando por el alma heroica y gloriosa de los Macabeos perdida en la brumosa noche secular de las tradiciones poféticas.

Como de un caudaloso rìo que se des-

borda, bajaban del Templo las oleadas de gente. En medio del tumulto, los que se conocían saludábanse á grandes voces. Del pavimento surgía el sordo estrépito de las sandalias; y la atmósfera, á la par que se caldeaba con el hálito febril de aquella masa de seres humanos, saturàbase con el polvillo asfixiante que levantaban las pisadas. Mas de una mujer prorrumpía en alaridos porque le habían arrebatado su manto.

Miriam y Sarah apresuráronse para tomar otra encrucijada; pero detuviéronse al ver una litera que avanzaba, precedida de dos esclavos con hachas encendidas.

La multitud propagó con miedoso murmullo el nombre de Pontius.

—Es Pontius—repitió Sarah—¿ Dejarás verte, querida ?

—¿ Porqué nó ?—repuso Miriam.

La litera pasó, con balanceo rítmico, seguida de una escolta de soldados romanos; y Miriam y Sarah sólo pudieron ver las franjas áureas de la túnica del Pretor.

—¿ Pretenderá ir á tu casa con ese acompañamiento ?—observó Sarah.

—No lo creo. Además, es temprano todavía.

Huyeron á una oleada de gente; y, á rápido paso, tomaron por otra calle que

las condujo á una espaciosa plaza, bajo cuyos sombríos árboles dijérase que acampaba el resto de un ejèrcito disperso. Las siluetas de hombres y mujeres cargados de envoltorios, que iban de un lado á otro buscando donde colocarse, destacábanse como en una visión fantasmagórica. Bajo rojas cacerolas, aquí y allá, la lumbre ardía chisporroteante é iluminaba vivamente el grupo de los que esperaban de pié, en cuclilla ó acostados sobre la yerba, la provisión de sopa suculenta.

Miriam y Sarah atravesaron la plaza por entre odres de vino, sacos de lenteja, canastos de aceituna, mantas, jergones y utensilios de todas clases, que rodaban por el suelo, como si hubieran sido escapados de un incendio; en tanto que por el aire estallaban, en ferial algarabía, voces de dialectos distintos, risas que se desgranaban como sartas de cascabeles argentinos, pastoriles canciones, ladridos de perros y lloriqueos de niños. Y un penetrante olor de ajo dominaba el aroma que despedían los minúsculos pebeteros de las acacias florecidas.

Bajo unos árboles, un viejo de turbante pulsaba una cítara griega arrancándole sones melancólicos; y algunas doncellas bailaban sobre la punta de las

sandalias, en medio de un cerco de regocijados espectadores.

—Es gente de Engaddi—dijo Sarah, después de haberse acercado á ver á las que bailaban.

En un ángulo de la plaza un corrillo conversaba con animados gestos; y en el dialecto caldeo conoció Miriam que eran galileos de más allá del lago de Genezareth.

Uno de ellos preguntaba:

—¿No es ese Jeschoua un hijo de aquel viejo carpintero, llamado Joseph, que vive en Nazareth?

— El mismo—contestó otro—«Su madre se llama María; y sus hermanos Santiago, Joseph, Simón y Judas.» (1)

—Si le conoces—dijo otro—cuéntanos lo que de él sabes.

—Cómo que soy de Nazareth!—exclamó el interpelado—Dime tú si lo conoceré!. . . . Le he visto nacer, y le he visto crecer hasta que llegó á mancebo. Su padre, viendo que, á pesar de sus amonestaciones y reprimendas, no se inclinaba á seguir su oficio, le arrojó de su casa. Los primeros días vagó por los contornos hasta que se ausentó á otros países. De ellos ha regresado, después de algunos años, convertido en Rabbí.

---

[1] San Mateo XIII, 55.

—¿Y has oído lo que enseña?

—Cosas extravagantes; pues manda á los que andan con él que «no deben llevar ni alforja, ni pan, ni dinero, sino un bordón y una sola túnica.» [1]

Y, cuando hubieron salido de la plaza, Miriam dijo:

—Sabes, querida, que ya tengo curiosidad de conocer á ese Rabbí?.....

—Siento que no le hubieras visto cuando pasó.

La multitud afluía siempre bulliciosa y compacta, agitada por el mismo poderoso aliento de fanatismo que le había traído en peregrinaje à la ciudad santa.

—Apresurémonos á ir à casa de Tito Lecio—dijo Sarah—no sea que nos hayamos retardado.

—¿Sabes tú quienes son las *sombras*?

—No; no lo sé.

Y Miriam y Sarah, como dos ingenuas flores de lujuria, continuaron andando por aquellas calles prestigiadas por la antigua leyenda sacra; por en medio de aquella populosa ciudad, semejante á «una mujer hermosa y delicada;» [2] y en aquella noche augusta que recordaba las que inspiraron á David, el glorioso rey profeta, los más divinos cánticos de su arpa melódica.

---

[1] San Marcos VI, 8 y 9.
[2] Jeremías VI, 2.

IV.

La Cabeza de Jokanam

« Jeschoua ! Jeschoua ! El Rabbí de Galilea »

Estas palabras, que algún peregrino pronunció al pasar la caravana, fueron oídas, desde su litera, por Herodes Antipas, y quedaron tan fuertemente grabadas en la mente del Tetrarca, que esa noche, al encontrarse solo en el suntuoso camarín de su palacio, paseándose, á pasos lentos, de un lado á otro, con la abrumada cabeza inclinada sobre el pecho, y los brazos indolentemente caídos á lo largo de su túnica color de amaranto, repetíase:

«Jeschoua ! Jeschoua ! El Rabbí de Galilea.»

En estas palabras le parecía hallar el fatídico anuncio que turbó el orgiástico banquete del visionario rey de los Chaldeos: *Mane Takel Phares.* Al repetirlas

su adusto rostro se demudaba; y súbito deteníase, trémulo de miedo, al menor ruido.

Encaminábase á la puerta del camarín; y sus miradas, recelosas y escrutadoras, recorrían el interior del palacio, por cuyas amplias galerías cruzàbanse las siluetas de su servidumbre y las de algunos decuriones, de yelmo y coraza, de su guardia babilónica. Absorto clavaba los ojos en la rosada franja de luz que salía por el vano de una puerta entreabierta, abrasado en el deseo de saber lo que pasaba en el interior de aquella alcoba, en otro tiempo propicia á los deleites del amor, con su tibio y embriagador ambiente. Y permanecía largo rato contemplando las dos sombras movibles de Herodías y Salomé, que se deslizaban en el muro, á la vez que dejábanse oir la voz imperiosa de la una y la argentina y dulce de la otra. De allí separábase sobrecojido de terror, vacilante, febril, como si aquellas dos sombras destacáranse en actitud vengadora para correr hacia él en furia desatada. Y, al volver al centro de la estancia, donde sobre una mesa de mármol erguíase, como un arbusto sin hojas, un candelabro de bronce, parecíale que la claridad adquiría la pavorosa lividez de una cámara sepulcral. Luego le asaltaban, con tenaz repercusión, las mismas palabras:

«Jeschoua! Jeschoua! El Rabbí de Galilea.»

En un rincón de la estancia vió brillar un objeto. Era un estilo de plata. Le recogió y le observó á la luz, detenidamente. Reproducía un delgado aspid, finamente labrado, con dos pequeños rubíes que simulaban los ojos; y su cola, después de retorcerse, terminaba, como algunos insectos, en un aguijón largo y agudo. Aquel estilo había pertenecido á su padre, quien, quizá, en un acceso de ira, le había arrojado allí, permaneciendo olvidado en la penumbra, después de haber escrito, con su fiero aguijón, en la cera blanda y dúctil, las más terribles é implacables órdenes. Por sus dedos subióle un sutil escalofrío, como si de pronto aquel áspid hubiera adquirido una agresiva vitalidad; y súbitamente le dejó caer sobre la mesa. Al chocar contra el mármol un sonido vibrante se dilató por el recinto, haciéndole sentir en toda su lúgubre intensidad el profundo silencio que le rodeaba.

Acercóse á la ventana, por donde penetraba, como el rítmico aliento de una respiración, la suave ráfaga de viento que hacía titilar las llamas de las lámparas; y, cautelosamente oculto detrás de los pliegues de la espesa cortina, miraba hacia fuera, dejando errar la vista sobre aquella aglomeración de casas y

palacios que blanqueaban como oleadas espumosas de un océano. Y aquella noche, que amorosamente descendía serena y dulce sobre la ciudad santa, se le antojó llena de fatídicos presagios: un astro, que se destacaba fulgurante como una joya en el peplo azul de una doncella, le produjo la torturante impresión de una mirada terriblemente acusadora; y un celaje inmóvil en el horizonte, semejante á una oveja, de vellón níveo, dormida en una pradera florecida de violetas, le trajo á su mente superticiosa la imágen de la inocente víctima sacrificada á los impuros caprichos de Herodías y de Salomé.

El tumultuoso rumor de la muchedumbre, que invadía las calles, llegaba hasta él; y ponía oído atento, temeroso de que, de un momento á otro, se trocase en un rugido de fieras amenazantes, por el latente espíritu de sedición que hacía tiempo agitaba el oprimido pueblo de Israel. Ante el horror de aquel peligro imaginario sintióse dominado por una extrema angustia; y, abandonando la ventana, dió voces desesperadas llamando á su camarero favorito.

—¡ Blasto ! ¡ Blasto !

Un negro de las llanuras de Idumea entró en el camarín; é, inclinándose en señal de reverencia, le preguntó:

—¿ Qué mandas, señor ?

Herodes pareció indeciso, como arrepentido de haberle llamado.

Después dijo:

—Corre á la torre Antonia y dí á Pontius que le espero.

El esclavo desapareció.

Herodes Antipas, agobiado por la intensa emoción de su espíritu reclinóse en un diván de púrpura, cuyos reflejos dieron tonalidades sanguíneas á las adustas facciones de su rostro, reveladoras de una estirpe dominadora y cruel; apoyó la cabeza en una mano, quedando hundidos sus dedos en los abundantes y perfumados rizos de sus cabellos; y con los dedos de la otra, resplandecientes de anillos, peinábase maquinalmente la negra barba, en la que asomaban algunas hebras de plata. Quedóse profundamente pensativo; y su torva mirada erró en torno de aquella estancia, decorada pomposamente con finos tapices de las Galias, en la que su progenitor Herodes el Grande había concebido sus más atroces crímenes, dejándola impregnada de úno como vaporoso olor de sangre, que nunca habían podido disipar las fragantes emanaciones de los pebeteros áureos, que, aun en su ausencia, ardían constantemente sobre trípodes de ébano con incrustaciones de nácar.

Siniestros pensamientos cruzaron por su perturbada mente, en la creencia de

que aquel Rabbí de Galilea era el mismo «Jokanam resucitado de los muertos» (1) Y, terriblemente obsesionado por esta idea, tuvo ante sus ojos la trágica y lúcida visión del banquete con que, en su residencia de Maquero, celebrara el aniversario de su natalicio en una clara noche de Elul.

En su alucinación veía el amplio comedor de artesonado techo, iluminado por artísticas lámparas egipcias, en que el ambiente perfumado con el aroma de las flores, rebosantes en cinceladas ánforas de plata, embriagaba tanto como los áureos vino de Falerno y Cipre, servidos por hermosas esclavas fenicias en murrinas copas polícromas. Veía á su esposa Herodías, mujer de su desventurado hermano Philipo de Cesárea, presidiendo á su lado la mesa del festín, con el seno en desnudez impúdica como las ilustres meretrices romanas, el rostro encendido por las emociones de la fiesta, y fluyendo de sus brazos mórbidos, adornados de ricos brazaletes, el efluvio enervante de las caricias voluptuosas; y, alrededor de la mesa, los regocijados comensales, en una licenciosa promiscuidad de hombres y mujeres. Luego la presencia de Salomé, la encantadora princesa de su palacio, que, acompañada de seis doncellas con arpas, crótalos y salterios, apareció súbi-

(1) San Marcos, VI, 14.

tamente por entre los rojos cortinajes de la puerta, envuelta en una ligera y vaporosa túnica rósea, caprichosamente salpicada de estrellitas de oro, que la ceñía á su delgado talle un fino cinturón de seda azul sembrado de fúlgidos diamantes de Golgonda; en sus brazos y piernas brillaban los brazaletes y ajorcas, y varios hilos de perla se arrollaban á su garganta. Ya en medio del recinto, ante aquellas miradas ebrias de vino y de lujuria, se dispuso á bailar una danza al estilo de Bizancio, al són de una música voluptuosa que brotaba de las cuerdas del arpa en medio al desordenado y alegre repicar de los crótalos y salterios á manera de una fuente que destrenzase sus cristales por entre gorgeantes riberas plenas de pájaros canoros. Comenzó por erguirse en tada la esbeltez de su grácil cuerpo de adolescente sobre la punta de sus sandalias primorosamente incrustadas de pedrerías, en la que sus breves pies eran, como en diminutos portabouqués, dos frescos y olorosos manojillos de nardos. En esa actitud vibrábanle las piernas firmes y fuertes y de contornos impecables, como tallados en el más blanco marfil de Tiro; mientras sus brazos, de perfectas líneas esculturales, se arqueaban, se extendían, se elevaban y parecían recoger en el espacio, con lentos y sugestivos ademanes, las fugaces ca-

dencias de la música, cual si fuesen desatadas madejas de impalpables hilos melódicos. Vagaba de un lado á otro, como una intangible visión aérea, deslizando levemente los pies sobre la mullida alfombra, en una vehemente persecución de mariposas ideales. Colocóse en la nuca los dedos entrelazados; y, cerrando los párpados, entregóse á un delicioso balanceo, á un inefable abandono de ensueño, cual si se ofreciera, poseída de los más ardientes deseos, á los besos inflamados de un amante. Su cuerpo contorcionóse, con ondulaciones de serpiente y con flexibilidades de espiga azotada por el viento, sacudiendo los brazaletes y ajorcas; y su cabellera, suelta en el vértigo de la danza, caíale como una cascada sobre el sonrosado alabastro de los hombros. Echó hacia adelante su seno núbil, envuelto en trasparentes gasas, en el que rompían á florecer los albos botones de los pechos, y hacia atrás la cadera de efebo impúber donde la curva sensual se demarcaba apenas; y movía la cabeza rítmicamente, con lánguidas doblegueces de lirio, como si quisiera desprenderse de sus rizos la redecilla de perlas que los aprisionaba. Su rostro, con la fatiga, habíase teñido de grana; los ojos relampagueábanle con destellos felinos; y los labios, empurpurados de carmín, entreabríanse con una provoca-

dora sonrisa, dejando asomar las simétricas líneas de sus dientes. Los comensales, delirantes de entusiasmo, prorrumpieron en frenéticos aplausos; y uno de ellos, gallardo y galante mancebo de Iturea, acercóse á élla; y quitándose la corona de rosas, que le ceñía la cabeza, la deshojó á sus pies.

Herodes Antipas, en su alucinación, vió á Salomé, radiante de belleza, que corrió hacia él y se le arrojó en los brazos. La vió colmarle de perversas caricias y de besos sensuales; y, segura del dominio que sobre él ejercían sus encantos, con zalameros mimos rogóle que le concediera una gracia. Y, como él la dijera: «Todo lo que quisieres yo te lo daré,» (1) ella, insinuada por la vengativa Herodías, pidióle, puesta en un plato del festín, á guisa de manjar delicado, la cercenada cabeza de Jokanam. El, á su pesar, juró concedérsela; y los comensales, con exhultante júbilo, brindaron por la bella princesa, en copas rebosantes de vino de Falerno.

Herodes Antipas veía la ensangrentada cabeza de aquel varón justo y santo, cubierta de palidez marmórea, traída en un plato de oro, como un glorioso trofeo conquistado por el insólito triunfo de Salomé: veía sus pupilas inmóviles, ba-

(1) San Marcos VI, 23.

jo la lividez de los párpados, en las que habíase extinguido el fuego que recordaba al que encendiera las implacables iras de Isaías; y veía cerrados y mudos aquellos labios, proféticos como los de Daniel y clamorosos de justicia como los de Natham, que, desde el lóbrego calabozo de Maquero, le habían apostrofado su abominable incesto:

«No te es lícito tener la mujer de tu hermano.» (1)

Perseguido por la visión de aquella escena trágica, Herodes Antipas volvió á acercarse á la ventana. Ardíale de tal suerte el rostro con la sangre que le afluía al cerebro, que el viento suave que bajaba del Hebrón, cargado con las emanaciones de sus resinas aromáticas, parecióle el hálito siniestro de un lejano incendio. Y en medio de aquel creciente rumor de la ciudad en fiesta, que surgía, como lanzado por vigoroso aliento de un pecho gigantesco, y se dilataba poderoso y vibrante hacia la esplendorosa cúpula del cielo, creyó oir claras, precisas, las mismas acusadoras palabras de Jokanam repetidas por aquel Rabbí de Galilea:

«No te es lícito tener la mujer de tu hermano»

Un lijero ruido de pasos, que despertó un leve eco en el silencio de la estancia,

---

1) San Mateo XIV, 4.

le hizo volver el rostro hacia la puerta, desde donde su camarero le anunció la llegada, á palacio, del Pretor de Jerusalem.

—Que entre—le dijo.

Y retiróse de la ventana, secándose con un pañuelo de lino las gotas de sudor que le rezumaban de la frente. De encima de la mesa de mármol tomó un espejo de plata pulida; y, mirándose en él, arreglóse las negras guedejas que le caían hasta los hombros; pasóse el pañuelo por el rostro como para desvanecer toda sombría nube de terror que se reflejara en sus facciones; alisóse las cejas y la barba; y encaminóse, después, hacia el diván de púrpura.

A poco se entreabrieron de nuevo las cortinas de la puerta y apareció Pontius, que llevaba esa noche una lujosa túnica color de azafrán, de irrepochables pliegues.

—Salud noble Antipas-dijo Pontius.

—Seas bien venido, Pontius—contestó el Tetrarca, esforzándose por dar á su rostro la plácida expresión de una tranquilidad que no sentía.

—Me has mandado llamar, y estoy á tus órdenes—añadió Pontius; y avanzó afablemente hacia un sillón colocado á poca distancia del diván que ocupaba el Tetrarca.

Este le interrogó:

—¿Qué noticias me traes de Jerusalém?

—Nada nuevo, señor. El pueblo goza de las libertades concedidas en esta noche de fiesta.

—Ya lo veo, Pontius. Desde aqui oigo el bullicio con que se disfruta de ellas.

Después de una pausa preguntó;

—¿Tienes bien vigilada la ciudad?

—Además de la sexta legión que permanece en la torre Antonia, en todas las torres hay centinelas que vigilan. Desde aquí puedes observarlo en la torre Híppica, á la claridad de las fogatas que arden en sus almenas.

El Tetrarca meditó un momento; y en su semblante apareció de nuevo la palidez del terror que le dominaba, la cual no se escapó á la perspicacia de Pontius.

—De modo que no temes que pueda haber alguna sedición?

—Nada temo, señor. Las puertas de la ciudad están bien resguardadas, y recorren las calles patrullas de soldados pretorianos.

La confianza que abrigaba Pontius infundió un poco de calma al espíritu del Tetrarca. Pero fué como una fugaz ràfaga, porque bien pronto volvióse á inmutar el semblante.

—¡Ah! Así me decías antes de la re-

vuelta del acueducto; y, sin embargo, algunos fieles capitanes perecieron en ella.

Pontius quedó durante un momento desconcertado, pero luego repuso:

—Es verdad, señor; pero bien caro costó á los sediciosos esa revuelta. Muchos de ellos murieron crucificados, y los demás se encuentran en los calabozos de la torre Antonia. Entre estos un tal Barr-abbas, de las cercanías de Joppe, que capitaneaba á una cuadrilla de bandoleros.

Herodes Antipas, como sino hubiera prestado atención á lo que acababa de decirle Pontius, le preguntó con marcado interés.

—¿Has oído hablar de un Rabbí de Galilea llamado Jeschoua?

—¿De un Rabbí de Galilea? . . . No; nada he oído, señor.

Herodes Antipas, no encontrando sus propios temores en el ánimo de Pontius, quiso hablarle de un asunto trivial; pero la imagen de la cabeza de Jokanám surgió de nuevo en su febril cerebro; y, entonces, con visible ansiedad, le dijo:

—Es necesario que hagas vigilar á ese Rabbí. Manda á tus espías á que le soliciten por toda la ciudad.

—Alabo tu prudencia-contestó Pon-

tius, poniéndose en pie y haciendo ademán de retirarse.

El Tetrarca añadió:

—Confío en tí, Pontius.

—Puedes confiar en mí, señor.

—Vete; y no abandones la torre Antonia. Temo que ese Rabbí insurreccione al pueblo.

En el rostro rasurado y blanco de Pontius mostróse el disgusto que causaron estas palabras.

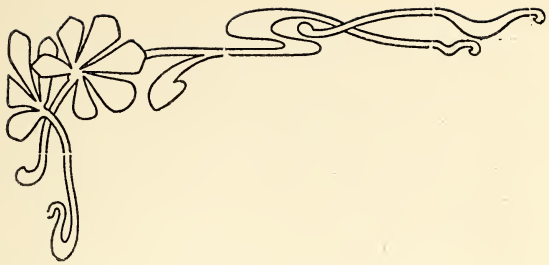
El Tetrarca cotinuó:

—Ya sabes, Pontius; que tus centinelas estén alertas; sobre todo esta noche, que hasta los cimientos de Jerusalém se estremecen con la muchedumbre de peregrinos que la invade.

—Serán cumplidas tus órdenes, señor—dijo Pontius; y retiróse profundamente contrariado, porque ya no podía ir esa noche á casa de Miriam.

Y el Tetrarca de Galilea volvió á quedar solo, poseído de espanto, en aquella estancia, llena de acusador silencio, en cuyos muros imaginábase ver destacada, como un anuncio fatídico, la cabeza de Jokanam.

LIBRO II.



I.

JESCHOUA

Por el camino, bordeado de higueras y olivares, que atravesaba el valle del Cedrón, subía Jeschoua en aquella noche de fiesta pascual, á pernoctar en una de las granjas de Gethsemaní, después de haber transitado por las bulliciosas calles de Jerusalem. En pos de él marchaban sus discípulos; y, á no ser por el sordo crujir de sus sandalias en el suelo arenoso, diríase un movible grupo de sombras surgidas de la espesa tiniebla que caía de la arboleda sobre el camino desierto. A lo lejos, hacia el lado de Bethphage, un perro delataba con furioso ladrido el paso de alguna caravana retardada; y las luces de los hogares parpadeaban, á través de las frondas, como miradas inquietas. En el sereno ambiente pululaban esos imprecisos rumores emergidos de una multitud de

cosas ignoradas que hacen sencible el profundo silencio. Y la brisa, que removía el negro follaje, soplaba impregnada del aroma de los naranjos y tamariscos en flor.

Jeschoua caminaba con andar lento y taciturno, repasando en su mente, como una urdimbre caprichosa, las añoranzas de su agitada vida trashumante. Había partido, en plena adolescencia, de la casa paterna; y su deseo irresistible de ver nuevos horizontes, le había llevado á viajar por Egipto, bajo un sol bravío que inflamaba de oro la polvareda de los áridos caminos y suscitaba falaces espejismos en las arenas del desierto. Y en aquellos lugares faraónicos, fertilizados por las sagradas aguas del Nilo, y en los populosos puertos del Mar Bermejo, había aprendido muchas cosas milagrosas y raras de magos, quirománticos y sortílegos.

A su regreso, después de varios años, Jeschoua había encontrado en el desierto de Judea á Jokanam, el Bautista, vestido con una hirsuta piel de camello y alimentándose de langostas y miel silvestre. Le había acompañado, con fervor de sectario, á los alrededores del Jordán, donde acostumbraba axhortar á sus discípulos, á soldados romanos y á recolectores de tributos que pasaban por aquellas comarcas. Y cierto día, en

Bethavara, Jokanám dióle testimonio de gratitud diciendo á los que le rodeaban: «Este es el que ha de sucederme.» Estas palabras, desde ese momento, le habían exaltado á una vida superior, generando en su espíritu de aventurero un ideal más intenso y más fecundo que el del austero é intransigente taumaturgo. Y, después que éste hubo caído en poder de sus perseguidores, Jeschoua partió á Nazareth con el renombre de profeta.

En Nazareth, aldea de su natalicio, Joschoua llegó á ser objeto de befa, hasta de sus mismos parientes, tanto por sus sentenciosos aforismos, que había oído predicar al anacoreta de Judea, como aquellas cosas raras y milagrosas que había aprendido en Egipto. «¿No es éste—se decían—un pobre artesano, hijo de Joseph el carpintero, que jamás ha frecuentado las escuelas?»

Un sábado, en la sinagoga, como el hassan le ofreciese el libro sagrado, le abrió y leyó en el vetusto pergamino, con voz pausada y grave, un fragmento de Isaías:

«El espíritu del señor ha descendido sobre mí, puesto que me ha ungido: me ha enviado á dar buenas nuevas á los pobres; á sanar á los contritos de corazón; á publicar redención á los cautivos; á predicar el año agradable al Señor, y el día de la venganza de nuestro Dios;

á consolar á todos los que lloran, y llevarlos á Sión, para darles gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de duelo; manto de alegría en lugar de espíritu de tristeza; y sean allí llamados, para glorificación de Jehováh, los terebintos de la justicia.» (1)

Al terminar la lectura le devolvió el libro al hassan; y sintiéndose súbitamente iluminado por una vehemente inspiración, dijo:

—«Cuanto acabáis de oír, hoy mismo se ha cumplido». (2)

—¡Blasfemia! ¡blasfemia!—prorrumpieron en gritos, instigados por los sacerdotes y escribas, todos los que se encontraban en la sinagoga, quienes, levantándose airados, le amenazaron con precipitarle desde la la cima de una cercana roca escarpada.

Jeschoua, pasando, tranquilamente, por en medio de la multitud, salió fuera de la aldea, repitiéndose con ánimo abatido:

—«No hay profeta sin honra, sino en su tierra y en su propia casa.» (3)

Durante cuarenta días anduvo errante por el desierto, poseído de la poderosa tentación de un ideal sublime que trans-

---

«1» Isaías, LXI, 1, 3.
«2» San Lucas, IV, 12.
«3» san Mateo, XIII, 57.

figuraba la vida, abyecta y mísera en un eterno paraíso de ventura, bajo un cielo perennemente plácido y sobre una tierra perennemente fecunda, donde no rigiese más ley que la que manda á los hombres amarse los unos á los otros; y, hostigado por el hambre, atravesó por entre Canna y la llanura de El Batouf, y se dirigió á Caphernaum, ciudad ribereña del lago de Genezareht, para que así se cumpliese lo profetizado por Isaías: «Tierra de Sabulón y tierra de Nepthalim, camino de la mar, de la otra parte del Jordán, Galilea de los gentiles, pueblo que permanecía en tinieblas, y ha visto una gran luz.» (1)

En Caphernaum, después de haber recorrido al azar sus calles, pidió hospitalidad en la humilde vivienda de un viejo pescador llamado Kephas. Y todos los días, cuando el alba despuntaba su claridad rósea por encima de la montaña de Safed, se iba á la ribera de aquel lago, alegre y sonoro, que reflejaba, en su movible superficie, el glorioso esplendor de un firmamento azul; y desde una de las barcas que las ondas mecían con vaivén rítmico, ó desde uno de los promontorios que las ondas acariciaban con sus lenguas de espuma, hablaba á pescadores y hortaliceros con su verbo re-

1. Isaías, IX, 1, 2.

velador, manso y suave, como rumor de agua correditza.

Y, mientras los pescadores aparejaban sus barcas, y los hortaliceros descargaban sus legumbres para ser trasportadas á la otra parte del lago, les decía:

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

«Binaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

«Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán á Dios.

«Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.» [1]

Los pescadores y hortaliceros acababan por formar corro alrededor de Jeschoua, olvidándose de sus barcas y de sus legumbres, unos sentados sobre sus

1,—San Mateo, V, 3, 10.

redes, otros sobre sus canastos de esparto, pendientes de aquellos ingenuos labios, de los cuales fluían màximas consoladoras que prendían anhelos de redención y risueñas esperanzas en sus almas candorosas. Después de oírle, iban á divulgar entre la gente de la ciudad que, quien de tal manera hablaba, era el profeta Elías resucitado.

Cada día se ensanchaba el círculo de su auditorio; y una mañana que había bajado á la ribera del lago, deseoso de permanecer solo, entregado á la divina fecundación de sus imágenes adorables en que se bosquejaba su reino ideal, se encontró asediado por una multitud de gente. Quiso esquivarse; y, al ver dos barcas ancladas á la orilla, se dirigió á los pescadores que cerca de ellas lavaban sus redes, las que, al salir del agua, refulgían cual si estuvieran sembradas sus mallas de gemas polícromas.

Entrando en una de las barcas, que era la de Kephas y Andrés, su hermano, les rogó que se alejaran de la tierra un poco.

—«¿Quién cree esa gente que soy yó?» (1) le preguntó á los pescadores.

—«Unos dicen que eres Jokanám el Bautista; otros, Elías; y otros Jeremías ó alguno de los profetas» [2]

1, 2, San Mateo, XVI, 13, 14, 15,

—«¿ Y vosotros quien decís que soy? [1

—«Tú eres el Mesías, el hijo del Dios viviente» [2] le respondieron.

Al oir esto, vivamente emocionado, les dijo:

—«No digáis que soy el Mesías, porque así haréis que caiga sobre mí el odio de los ancianos, de los príncipes, de los sacerdotes y de los escribas; y me sentenciarían á muerte.» [3]

El lago parecía sonreir á las caricias del sol. De su superficie, rizada por un viento fresco y benigno, brotaba como una profusa floración de pétalos níveos y emanaba una sutíl bruma áurea.

Jeschoua dejó errar su mirada por aquellas deslumbrantes lejanías; y después preguntó á los pescadores:

—«Habéis traído pesca?». (4)

—«Toda la noche hemos estado echando las redes y nada hemos cogido» (5)- le contestaron con aspecto mohino.

Jeschoua quedóse pensativo, inclinado sobre la borda, ora mirando las ondas que, rompiéndose. con chasquidos de besos, contra el costado de la barca, le prendían albas cenefas de espuma; ora mirando, al través de las ondas, de una trasparencia insólita, los pececillos que pasaban fingiendo fuga-

1, 2 3, San Mateo, XI, 16, 20 y 21.
4, 5. San Lucas, V, 4, 5.

ces fulguraciones argénteas. Y como de nuevo surgiesen en su memoria, con poderoso influjo, las palabras de Jokanám, se puso de pies; é indicándole á los pescadores la multitud de gente que se agitaba como una oleada del inmenso mar humano, les dijo:

—«Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres.» [1]

Y juntos bajaron á la orilla.

Luego llamó á los de la otra barca, que eran Santiago y Joan, hijos de Sabdia, para que también le siguiesen.

Y camino de la ciudad, acompañado de aquellos pobres pescadores que dejaban abandonadas sus barcas y sus redes, les dijo esta concisa y elocuente parábola:

—«El reino de los cielos es semejante á una red que, echada al mar, coge toda suerte de peces; y, una vez llena, se saca á la orilla: el bueno se recoge y se abandona el malo.» (2)

Y su palabra se extendía, persuasiva y atrayente, sobre aquella multitud, á manera de otra red maravillosa.

Días después, una regocijada turba de hombres, mujeres y niños les siguió á las aldeas vecinas; y una noche, en Canna de Galilea, entraron á una casa

1, San Lucas. V, 10.
2. San Mateo, XIII, 47 y 48.

en que se celebraban unas bodas. Los convidados al festín se hallaban hastiados y tristes, porque el vino de las tinajuelas de piedra de la despensa se había agotado. Jeschoua tomó asiento entre ellos; y, con voz afable, les habló en estos términos:

—«Un rey, para celebrar con magnificencia las bodas de su hijo, dispuso un gran banquete; y envió á sus servidores á llamar á los convidados, que eran los nobles y los ricos de la ciudad.

«Los convidados se excusaron de varios modos, y algunos maltrataron á los mensajeros.

«Entonces el rey, irritado, dijo á sus criados: Id por calles y plazas, y traedme cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos encontrareis. Ninguno de los que antes fueron convidados probará mi banquete.» (1)

Jeschoua continuó hablando; y en los hastiados y tristes volvió á reinar el contento, porque en el ánfora de sus parábolas, les había dado á beber un vino más puro que el de las tinajuelas de piedra.

A su regreso de Caphernaum encontró, sentado en el banco de los tributos, á Levi, el publicano, que poseía una ri-

1,—San Lucas, XIV, 16, 24.

ca tienda en el atrio de la sinagoga.

—Sígueme—le dijo:—«El reino de los cielos es para un tratante, lo que una hermosa perla, que, al hallarla, va y vende todo lo que tiene para poseerla». (1)

Ese día fué huesped cariñosamente agasajado en casa de Levi; y como hubiese comido y bebido mucho, los fariseos y escribas que trataban de desprestigiarle, le censuraron diciéndole:

—«¿Por qué los discípulos de Jokanám ayunan muchas veces, y tú, y tus discípulos comen y beben?» (2)

A lo que él contestó ingeniosamente:

—«Podrá suceder que los que están de bodas ayunen, entre tanto el esposo está con ellos . . . ?» (3)

Otro día, al atravesar por la plaza de la sinagoga, vió á Dídimo, á Lebbeo y á Filipo de Bethsaida que conversaban, protegidos del sol por una higuera.

—Seguidme—les dijo.—«El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en un campo, que, quien le descubre, vende gozoso todo lo que tiene para poseer el campo». (4)

Y como después encontrase á dos mercaderes de granos, llamados Judas y

---

1, 2, San Mateo, XIII, 45 y 46.
3, San Lucas, V, 33 y 34.
4, San Mateo, XIII, 31, 32.

Simón; que acababan de llegar, el uno de Keriot y el otro de Canna, les llamó y les dijo:

—Síguidme: «El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, la más pequeña de las simientes; pero, una vez arrojada en tierra, crece y se convierte en árbol, en cuyas ramas cuelgan sus nidos las aves; ó como la levadura, que, mezclada á la masa, hace que toda fermente.» (1)

Y mientras así escogía sus discípulos, las palabras que brotaban de sus labios, como la levadura de la parábola, penetraban hondamente en el espíritu de aquella masa humana.

—« Cuando déis limosna—decía—no hagáis como los hipócritas en las sinagogas y en las calles, que mandan tocar trompeta para ser estimados de los hombres: que la limosna sea en secreto, sin que la mano izquierda perciba lo que hace la derecha.

«Cuando oréis, no seáis como los gentiles que oran de pié en las sinagogas y en las plazas, para ser vistos de los hombres: entrad en vuestros aposentos, y no habléis mucho como los que piensan que, por el mucho hablar, serán oídos.» (2)

---

[1] San Mateo XIII, 33, 44.
[2] San Mateo VI, 2, 7.

Las gentes se admiraban de estos discursos y de la exquisita elocuencia con que los profería.

La humilde vivienda de Kephas permanecía invadida todo el día por los que iban á oir al joven nazareno, á sentir la inefable dulzura de su mirada, y á tocar todos los objetos que él tocase, como si sus manos, varoniles y bellas, dejasen impregnado de algún perfume raro el lugar en que se posaran: y era que de ellas manaban, como hálitos maravillosos, las delicadas ternuras de una bondad suprema.

Si transitaba por las calles, todos los que pasaban deteníanse, para seguirle en numeroso cortejo. Besos y flores, de mujeres y niños, llovían sobre él; mas la gran obsesión de su ideal le hacía olvidar que en los labios de las núbiles doncellas, que besaban su túnica, ritmaba idilios una música divina, y fluía, tibia y perfumada, una dulce miel embriagadora.

Empero, cuando se hallaba en la sinagoga, en presencia de escribas y fariseos, para quienes el populacho era una cosa ruín, objeto de desprecio, tornábase sublimemente soberbio, y su verbo revelador hería como el de Jokanám, á manera de un flagelo de aceradas puntas. Y ya no era serena y plácida luz de alba la que asomaba à sus ojos, sino re-

lámpagos de ira que fustigaban la conciencia de los opresores.

—«¡Ay de vosotros, los que os creéis con el derecho de juzgar, porque también seréis juzgados; lo que os creéis con la potestad de condenar, porque también seréis condenados! ¿Por ventura, véis sólamente la paja en el ojo de otro y no véis la viga en el vuestro?

—«¡Ay de vosotros, los que ahora gozáis de vuestras riquezas, porque llegará el día en que os lamentaréis y lloraréis!» (1)

Estos audaces apóstrofes, clamantes de justicia y de regeneración social, repercutían tan fuertemente como golpes de pica demoledora en la faena de derribar un vestuto edificio.

Los escribas y fariseos, escandalizados, le dijeron:

—«¿Qué tenemos que hacer contigo? ¿Has venido á destruirnos?» (2)

Jeschoua les contestó:

—«He venido á anunciaros el reino de Dios». (3)

La fama de Jeschoua se había ido extendiendo por todas las comarcas de Galilea; y una mañana las calles de Capher-

---

[1] San Lucas, V, 25, 37, 43.
[2] San Lucas, IV, 34, 43.
[3] San Lucas, IV, 43.

naum amanecieron invadidas por una multitud de gente, cuyo rumor de voces resonaba como el rugido de un mar borrascoso.

Kephas, que en su larga vida de pescador nunca había perdido su serenidad en medio de las más recias tempestades del lago, imaginóse un inminente y grave peligro, tanto para él como para Jeschoua que aún dormía en su lecho de esparto, con sueño tranquilo; y poseído de miedo se apresuró á despertarle.

Jeschoua incorporóse de pronto en su lecho, y se puso á escuchar atentamente.

Kephas, impaciente, le dijo:

—«Rabbí, no te importa nada que perezcamos?» [1]

—«¿Por qué estás tan medroso?—repuso Jeschoua.—¿Cómo es que no tienes fe?» [2]

Y, saliendo con Kephas, mostróse á la multitud desde el alto peldaño de la puerta.

Ya el sol despuntaba, sobre la cumbre de la montaña de Safed, como una inmensa pupila que vertía fulgores de oro fundido; y diríase que se regocijaba al contemplar la gallarda figura de aquel pobre visionario de Galilea, con los

1, 2, San Marcos. IV, 38, 40.

brazos extendidos, como si estuviera sofrenando las desencadenadas olas de aquel humano mar rugiente.

La multitud al verle quedó asombrada; y dilatóse apacible, por calles y plazas, como un mar en calma.

Luego, como Jeschoua adivinase en ella el deseo de oir su palabra, reunió à sus discípulos, y la acompañó hasta el desierto de Bethsaida. Allí trepó á una pequeña colina que verdeaba como una hermosa esmeralda al sol; y, destacándose magestuosamente, nimbada de luz su frente despejada y tersa, empezó á derramar la divina esencia de sus parábolas.

—«Era un labrador—dijo—que, con su alforja llena de simientes, salió á sembrar, muy de mañana, al campo. Al esparcir sus simientes, algunas cayeron á la vera del camino; y las aves, regocijadas, bajaron á comérselas. Otras cayeron en lugares pedregosos, y luego nacieron; pero como no pudieron echar profundas raíces, porque había poca tierra, las quemó el sol y se secaron. Otras cayeron entre espinosos zarzales; pero éstos crecieron lujuriosamente y se ahogaron aquéllas. Y otras cayeron en terreno fértil, y lozanas rindieron cosecha opima.» (1)

1 San Marcos, Iv, 3, 8.

Y luego, en tono dulce y persuasivo, añadió:

—¿Què frutos podría dar mi palabra, que os anuncia el reino de los cielos, si no cae en tierra fértil?

Y como un sacerdote de Chorazim, bajo cuyo turbante asomaban mechones de cabello de un blanco gríseo como el de su luenga barba, se le acercase, con menudo paso, á preguntarle:

«Rabbí, si es cierto como dices, que ha de venir el reino de los cielos, qué haré para hacerme digno de él?» (1)

Jeschoua, que ya había preparado con su parábola el espíritu de su auditorio, le contestó al sacerdote:

—«Ama á tu prójimo como á tí mismo.» (2)

—«¿Y quién es mi prójimo, Rabbí?» (3) le interrogó el sacerdote.

Jeschoua meditó un momento, con la mirada fija en la azulada montaña de Safed, en cuyos flancos la neblina prendía jirones de albo peplo.

Luego dijo:

—«En una noche obscura, un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó; y fué asaltado por unos ladrones, que, después

1, San Lucas, X, 25.
2, San Lucas, X, 27.
3, San Lucas. X, 29.

que le hubieron despojado, le dejaron herido en el camino.

«Al siguiente día pasó un sacerdote; le vió y siguió de largo.

«A poco rato pasó un levita; se acercó á verle, y también siguió de largo.

«Y después pasó un samaritano; y, movido á compasión, le curó las heridas con aceite y vino, le colocó sobre su bestia, y le condujo á una venta cercana. Le dió al mesonero dos monedas de plata, diciéndole: Cuídale, que cuanto gastares en su asistencia te lo daré cuando vuelva:

«Dime ahora, cuál de esos tres te parece el prójimo de aquel pobre herido?»

—«El samaritano»—repuso el sacerdote.

—«Pues anda y haz tú lo mismo» (1) le dijo Jeschoua.

Y continuó hablando de otras cosas en hermosas parábolas, que, como dulces panecillos de amor y caridad, nutrieron, multiplicándose prodigiosamente, de nuevas y sublimes ideas el espíritu de aquella muchedumbre, que había llegado hambrienta de oir la palabra divinamente sugestiva del joven galileo. Y su actitud en aquel momento, era, en

(1) San Lucas. X, 30, 37

realidad, la de un experto amasador de fina harina candeal que preparase su amasijo con áureos destellos de sol y fragmentos de un cielo esplendoroso.

Y mientras «aquellas cuatro mil personas, sin contar las mujeres y niños.» (1) se alejaron, gozosas y festivas, de vuelta á sus hogares, Jeschoua, circundado de una prestigiosa aureola de triunfo, regresó á Caphernaum.

Días después reunió á sus discípulos para ir á los términos de Sidón y Tiro á predicar la buena nueva. Y como ellos le preguntasen:

—«Rabbí, puesto que nos has dicho que no debemos llevar ni alforjas ni dinero, qué habremos de comer y de vestir?» [2]

—«No os acongoje—les contestó Jeschoua—el temor de no hallar alimento ni vestido. Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? Y acerca del vestido, ¿por qué os inquietáis? Aprended de los lirios cómo crecen para ornato y regocijo de los campos, y sin embargo no trabajan ni hilan. Y en verdad os digo que ni aún Salomón con toda su gloria y

[1] San Mateo XV, 38.
[2] San Mateo X, 10.

poderío se vistió como uno de esos lirios.» [1]

Desde entonces, acompañado de sus discípulos, y en alegre romería, iba difundiendo la buena nueva por ciudades y aldeas; dando vista á los ciegos de espíritu que no veían el glorioso advenimiento del reino de sus hermosos ideales; dando oído á los sordos que no habían escuchado la voz de Jokanám que clamara en el desierto; resucitando á todos los que habían muerto para la fe y para la esperanza; dando movimiento á todos los de voluntad paralítica, para que, libres de una servitud ignominiosa y cruel, fuesen en pos de él, bajo un radiante sol de Caridad, Igualdad y Confraternidad, por aquel camino que era «el camino de la verdad y de la vida.»

***

De las risueñas comarcas de Galilea había llegado á la ciudad pridilecta de Jehováh, en su vehemente anhelo de sembrar la simiente de aquel su infinito amor por todos los seres y por todas las cosas. Y después de haber recorrido las bulliciosas calles, iba, esa noche de fiesta pascual, á pernoctar en una de las granjas de Gethsemani, por aquel cami-

[1] San Lucas, XII, 22, 27.

no desierto, bordeado de higueras y olivares, cuyos negros follajes removíanse al soplo de una brisa suave é impregnada del aroma de los naranjales y tamariscos en flor.

LIBRO III.

I.

Las Sombras

El triclinio era una amplia sala rectangular de paredes azules, de sonoro mosaico el piso y de oloroso cedro del Líbano la techumbre artesonada. Por las ventanas abiertas junto con el rumor atenuado de la muchedumbre que pasaba por la calle, entraba el suave soplo de la noche, circulaba por el tibio ambiente, agitaba las llamas de los candelabros de bronce, suscitaba ligeras ondulaciones en las cortinas que pendían de las puertas, impregnábase del olor de mirra, azafrán y espicanardi que exhalaban los pebeteros sobre trípodes enhiestas y hacía palpitar los cálices de las flores que enguirnaldaban las paredes, y de las que, en cráteras corintias, llovían pétalos sobre el blanco mantel de la mesa, que ocupaba el centro, rodeada de mullidos lechos cubiertos de tapices de Assiria.

Tito Lecio, ya vestido con una rica túnica bordada de hojas de acanto, esperaba, tendido sobre un diván, á sus convidados al banquete.

Joven, rico, de gallarda apostura y de ilustre estirpe en los Fastos Capitolinos, disfrutaba en Jerusalem de todas las prerrogativas anejas en Roma, la ciudad eterna, al abolengo de la juventud patricia. Había abierto las puertas de su casa á los extrangeros de distinción que se hastiaban en aquella ciudad taciturna, cuya atmófera parecía aún vibrar con los ayes gemidores de Job y con las histéricas lamentacionas de Ezequiel. Y hasta algunos hierosolimitanos empezaban á frecuentarla atraídos por la dulce y amable compañía de aquel refinado esteta que gustaba rodearse de un ambiente de placeres, henchido de música, de cantos, de risas y de besos.

Y como esa tarde, en la terraza, y mientras en el horizonte replegaba con armoniosa lentitud su grande ala cárdena el crepúsculo, había estado recitando con su voz timbrada y fluída, ante un grupo de amigos y admiradores íntimos, selectas odas de sus poetas predilectos, sentía, junto con la ansiedad de la espera, una inefable embriaguez lírica propicia á las más bellas imágenes.

Se levantó del diván, repitiendo con énfasis las nostálgicas palabras que, en

el poema virgiliano, la desventurada Dido le dirige, en su abandono, á Eneas:

« Neque te teneo, neque dicta refello.
Y, sequere Italiam ventis, pete regna per undas»

Dió algunos pasos por la estancia, aspiró con deleite el aroma de algunas flores, se detuvo ante un grupo de bronce en que una ninfa dejaba que un lascivo caprípedo le acariciara con la lengua la pulida comba del vientre; y luego dirigióse á una de las ventanas abiertas.

Poseído del nocturnal hechizo, le vino á la memoria la oda de Horacio á Caliope, y de sus labios fluyó la frase musical:

«Descende cœlo, et dic, age, tibia.»

Y hallábase contemplando la espléndida belleza de aquel cielo que, como un inmenso joyel sembrado de diamantes, fulguraba sobre la divina hija de Sion, cuando un siervo, en cuya cabeza brillaba, ciñéndole el cabello, una diadema de plata, entró al triclinio anunciándole la visita de un joven romano.

—¡ Bien venido seas, Silvio Leucino !—prorrumpió Tito Lecio avanzando con los brazos abiertos, al aparecer el joven.

—¡ Abrázame, querido !—repetía Tito en sus trasportes de júbilo. Ya me pa-

rece que presto voy á regresar á nuestra amada y divina Roma, después de dos largos años de destierro.

—Pues te anuncio, querido, que ya presto podrás regresar á nuestra Roma divina y bien amada.

—¡Cómo! ¿qué me anuncias?

—Que mañana mismo podrás regresar, si acaso no te retiene aquí alguna hermosa hija de Jerusalem.

—¿Ha perdido Seyano la confianza de Tiberio?

—Nada tienes que temerle. Ya el ambicioso y cruel cortesano hizo viaje con Carón al Tártaro.

—¡Ha muerto Seyano!

—¡Y bien muerto!.... Tiberio, apercibido de los proyectos de su favorito para llegar al rango supremo, ordenó al senado que pronunciase su sentencia de muerte. Ejecutado inmediatamente, el pueblo arrojó su cuerpo á las gemmonías.

—¡Brutidio! ¡Brutidio!—exclamó Tito rebosante de gozo.

—¿Qué mandas, amo?—dijo el esclavo.

—Trae vino—dijo Tito—trae del cécubo espumoso.

Y, luego que el esclavo les hubo servido, Tito prorrumpió:

—¡Brindemos, querido Silvio, con es-

te rico vino de Campania, por la muerte de Seyano!

Silvio alzó la copa y dijo:

—Adjuremos á los dioses inmortales la muerte de Tiberio!

Tito Lecio, después de haber apurado su copa, exclamó:

—¡Qué feliz momento me ha deparado el destino! Bien hice, tan pronto supe que habías acabado de llegar con la caravana del Tetrarca, en enviar á Brutidio á saludarte y á exigirte que te dignaras asistir al banquete.

—Mucho te lo agradezco, querido Tito—dijo Silvio quitándose la toga, que luego entregó al esclavo.

—Pero te edvierto—añadió Tito—que no será un banquete como el de las fastuosas bodas de Gneo Domicio con Agripina, hija de Germánico, en que se me comunicó la orden de Cayo Tiberio, nuestro Emperador, Pacificador y Augusto, para que abandonase inmediatamente á Roma.

Ambos se sentaron en el diván, y Silvio preguntó:

—¿Y has llegado á saber la causa de tu destierro?

—Pero me la supongo.

—¿Fuiste contrario al César en las carreras del hipódromo?

—Siempre fuí de su bando.

—¿Mostraste alguna inclinación en favor de Druso?

—Tampoco. Esa mañana, en el Forum, había comentado, en presencia de algunos amigos, el triunfo de los Frisones en Germania.

—¿Sospechas de que alguno de tus amigos te haya delatado á Seyano?

—No sospecho de mis amigos; pero sí de Junio Silano, que pasaba á la sazón.

—Estás en lo cierto, Tito; porque también se debe á él la prisión de Ticio Sabino.

—Ah! también Ticio está preso!

En ese momento entraron dos esclavos cargados con las coronas de flores que debían ceñirse los comensales. Eran coronas de rosas, cortadas en esa tarde los jardines de Antipas.

Silvio, paseando su mirada por el triclinio, preguntó:

—¿Será un banquete al estilo romano, querido?

—Sí, al estilo romano—dijo Tito gozosamente.

—¿Y porqué nó al estilo de Jerusalem?

—Bien poca cosa ofrecería á mis amigos, esta noche de fiesta pascual, si fuera á seguir la costumbre de la ciudad.

El año pasado comí en casa de Eliezer de Silo, uno de los miembros del Sanhedrin, y esclavos de túnica blanca, que, para no hacer ruído, andaban en la punta de los pies, nos sirvieron á la mesa: miel extraída de los colmenares de Jericó; cigarras, fritas en aceite de olivas, de los montes de Bether; yerbas amargas, en recuerdo de las amarguras que sufriera en Egipto el cautivo pueblo de Israel; pan sin levadura, en conmemoración del hambre que pasara ese mismo pueblo en el desierto; un cordero asado en vituperio de Amón, antiguo sacerdote egipcio del templo de Isis; y vino de los viñedos de Sichem. Todo lo cual no podía ser engullido sin pronunciar antes las oraciones rituales.

Un ruído de pisadas sobre el mosaico de los corredores advirtió la llegada de los convidados.

Brutidio, que hacía de nomenclator, levantó la cortina; y anunció:

—Polemón y Enesidemo.

—¿Son griegos?—preguntó Silvio á Tito.

—Y ambos filósofos: el uno de la ciudad de Calcis, célebre tanto por sus fábricas de armas excelentes como porque en ella murió Aristóteles; y el otro de Gnosco, ciudad de Creta.

Brutidio de nuevo levantó la cortina y anunció:

—Eliasaph y Eliab.

En seguida dijo:

—Datham y Abion.

—Los dos primeros—dijo Tito á Silvio—son dos exégetas ilustres, ambos hierosolimitanos; y los otros dos son mercaderes ricos de Babilonia.

Y luego dirigiéndose al esclavo, dijo:

—Hazles pasar, Brutidio.

—¿Vendrán mujeres?—preguntó Silvio.

—Y dignas de nuestra estimación, Silvio—contestó Tito—vendrán Claudia Procla . . . . .

—¡La esposa de Pontius!

—La esposa de nuestro Pretor, querido; y Gesira, histrionisa de Atenas, que declama admirablemente los versos de Eurípides; Noemí y Sarah, cortesanas ambas de Siria; y Miriam de Magdala, la más bella mujer de Palesthina.

II.

El banquete

—

Miriam fué la última en llegar al banquete. En su túnica de seda azul los recamos de pedrería brillaban como constelaciones en un fragmento de cielo primaveral; y, bajo el oro de sus cabellos retorcidos en forma de pirámide á la usanza de las vírgenes cananeas, su rostro se destacaba en toda su radiante belleza venusina.

Todos los convidados, que ya ocupaban sus lechos en torno de la mesa, prorrumpieron, al verla, en vivas aclamaciones de júbilo.

—¡ Salud á Miriam !

—¡ Salud á la hermosa perla de Palesthina !

—¡ Salud á la que nos trae la alegría de vivir !

Miriam avanzó hacia el lecho que se le había reservado al lado de Tito Le-

cio, correspondiendo á aquellas jubilosas alabanzas con una amable sonrisa que enrojecía sus mejillas y dejaba ver, con gracia indecible, en el fondo rosicler de sus labios, el fulgor nacarino de sus dientes.

—¡Por Júpiter, querido, que es bella Miriam!—le dijo Silvio á Tito Lecio, mientras éste se quitaba su corona de frescas rosas para ceñirla á la cabellera áurea de la hermosa cortesana.

—Con razón te dije, Silvio, que es la mujer más bella de Palesthina.

Silvio, que no apartaba de ella su mirada, dijo:

—Y Roma se envanecería con tener una cortesana tan divinamente hermosa.

Entre tanto cuatro esclavos nubios iban de un lado á otro repartiéndose el servicio de la mesa: unos colocando fuentes de plata sobre las que humeaban las viandas; otros con pequeños cestos de mimbre colmados de frutas; otros escanciando vino de Falerno en cinceladas copas jónicas de borde dorado; otros con garrafas de agua de rosas para las abluciones.

Polemón, que hasta ese momento había permanecido callado, dominado por la emoción que le produjera la presencia de Miriam, dijo en tono grave y pausado:

—Salud á la más fragante flor del jardín de Epicuro.

Y, volviéndose á Enesidemo, preguntóle:

—¿Qué opinas, amigo mío ?

Enesidemo llevóse la copa á los labios; y, después de tomar un sorbo de vino, contestó:

—Que Miriam es una admirable obra de belleza, querido, por no decir perfecta; porque nada hay perfecto en la naturaleza.

Y, después de una ligera pausa en que tomó una aceituna de su plato, añadió:

—Pues sabrás, Polemón, que la naturaleza, eterna y fecunda, no hace más que reunir los átomos, que flotan en el espacio infinito, para componer los cuerpos. Y gracias á la profunda é imperecedera doctrina del divino Leucipo, podemos explicarnos claramente nuestras diversas sensaciones—ora alegres, ora tristes—por el contacto de esos átomos sobre nuestros órganos.

—¿Me dirás, querido, que clase de sensación te produce Miriam?—le interrogó Polemón.

—En este plácido momento, que debemos á la generosidad de nuestro ilustre anfitrión, los átomos que, en harmoniosa euritinia, constituyen el cuerpo de

la bella cortesana, vienen como los emanados de los pétalos de esas rosas y de esos lirios, á impresionarme agradablemente.

—Sabes Enesidemo—insinuó Miriam en tono burlón—que estás elocuente esta noche ?

Y dirigiéndose á Tito le dijo:

—Dame vino, querido, para poder digerir, sin temor á enfermarme, el rancio manjar filosófico con que acaba de obsequiarnos Enesidemo.

En seguida tomó la escanciada copa y dijo:

—A tu salud Enesidemo.

Polemón lanzó una carcajada; y luego dijo á Enesidemo.

—Perdona, amigo mío, si te advierto que lo que acabas de decir es una máxima necedad, porque supone la falta de alma en Miriam, que, en el concepto de todos sus amigos, es una alma preciosa.

—Convengo contigo—repuso Polemón—y con todos los admiradores de Miriam, en que tiene una alma preciosa. ¿Quién, que la contemple como yo la contemplo en este momento, no ve asomado á sus bellos ojos el maravilloso fulgor de su alma ? Pero el alma no es más que un conjunto de átomos fluídos y sutiles, aún más fluídos y más sutiles

que los que componen el fuego, el aire, el perfume y la luz.

Los criados acababan de entrar con nuevas viandas, cuando Sarah, sonriendo con malicia, observó:

—¿Y el amor?....Dinos que entiendes de eso, querido Enesidemo.

—El amor....Es una conjunción de átomos que se atraen á través del espacio y nos hace pensar constantemente en el objeto amado....Apelo á la opinión de Miriam que se ha quedado pensativa.

—¡Ah!—murmuró Miriam lanzando un suspiro—El amor....ó es el mayor dolor ó es el mayor placer.

—¡Bonita tesis!—exclamó Enesidemo.

—Permíteme, Enesidemo—le dijo Polemón—que te arguya que si este año has estado en Alejandría es lo mismo que si no hubieras estado; y me fundo para decirte esto, en tu crasa ignorancia de las ideas metafísicas de Filón.

Hubiera continuado esta discusión á no ser que Tito Lecio, alzando la copa dijo:

—Bebamos, amigos, y celebremos la Pascua del pueblo de Israel!

Eliasaph, secándose los labios, húmedos de vino, manifestó su agradecimiento por aquel brindis; y luego disertó

acerca del origen de su pueblo, haciéndole descender de los solimos, habitantes de un pueblo de Licia.

—Los solimos-dijo-eran gente belicosa que por su bravura se distinguieron en las guerras del Peloponeso. En la *Iliada* de Homero son celebrados por sus gloriosos hechos.

E iba á relatar algunos de aquellos hechos, cuando le interrumpió Eliab, diciéndole:

—Muy cierto es, querido Eliasaph, que nuestro pueblo tiene un noble origen; y soy de los que opinan que descendemos de los cretenses.

Apuró su copa de vino y añadió:

—Cuando Júpiter, armado de un fuego más poderoso que el rayo, venció á Neptuno, á la ribera del Simois, en una vasta pradera de asfodelo, rompiéndole su tridente, de que se servía para levantar el Océano, los habitantes de las cercanías del monte Ida, de cuya cumbre Homero contemplaba aquel recio combate de dioses, abandonaron á Creta, ansiosos de gloriosas conquistas, y pasaron á Cirene. De allí vinieron á ocupar algunas regiones de la Libia, fecundas en trigo. Como aquellos habitantes llevaban el nombre de Ideos, el uso bárbaro lo convirtió en Judíos.

Polemón, á quien Gesira, que le que-

daba al lado, le había hecho apurar varias copas, volvió el rostro, ya enrojecido por los vapores del vino; y, afianzándose de codos en la mesa, prorrumpió:

—Participo de una opinión, amigos, contraria á la de vosotros y á la de los que creen que descendéis de los etiopes del tiempo del rey Cefeo, hijo de Belo, propagador del culto de Apolo, con cuya hija, llamada Andromeda, casó Perseo, hijo de Danae y de Júpiter.

Después de una pausa, en que parecía haber perdido el hilo de su discurso, añadió:

—No discuto vuestro origen cretense; pero si me inclino á creer que muchos habitantes de aquella isla pasaron á Egipto, y no á Cirene, como asienta Eliab; y que, después, el rey Isis, al ver que el Egipto se sobrecargaba de gente, les envió á poblar estas comarcas á cargo de dos de sus famosos capitanes llamados Jerosolimo y Judas, quienes construyeron esta hermosa ciudad.

Los esclavos escanciaron nuevamente las copas.

Enesidemo, sonriendo con ironía, le dijo á Polemón:

—Perdona, querido, que te diga que ahora has sido tù quien ha proferido una máxima necedad.

Polemón, completamente ebrio, dejó

caer la cabeza sobre la mesa; y Gesira, riendo á carcajada, le gritó al oído:

—¿ Oyes, Polemón?....¡ una máxima necedad !

Enesidemo, cual si lo oyera Polemón, habló de este modo:

—En Egipto sobrevino, en tiempo del rey Ochoris, una enfermedad contagiosa que infectó gran parte del reino. Como el rey consultara al oráculo de Amón, éste le respondió que hiciese salir toda aquella gente apestada porque era aborrecida de los dioses. El rey inmediatamente hizo reunirla y trasladarla á los desiertos de Arabia, en cuyos áridos é inclementes arenales quedó abandonada. Uno de los desterrados, llamado Moisés, mostró una imperturbable serenidad en la desgracia que los afligía; è influyó de tal suerte en aquellos abatidos ánimos, que llegó á ser considerado como un enviado del cielo. Sufrieron toda clase de calamidades; y, ya habíanse resignadc á morir de hambre y de sed, cuando un día vieron pasar una manada de asnos salvajes. Siguiólos Moisés, acompañado de toda aquella gente; y, tras largo y penoso camino, encontró, en un fértil paraje, unos peñascos sombreados por espesa arboleda.

Hizo una breve pausa y dijo:

—¡ Cuál no sería, querido Polemón,

el regocijo de aquella gente al encontrar que de los peñascos brotaba un manantial de agua cristalina y que aquellos árboles estaban cargados de frutas!

Polemón dió un bufido como de bestia, que causó hilaridad en todos los comensales.

—Cayeron de rodillas—continuó Enesidemo—y, puesto que los dioses de la teogonía egipcia les habían sido adversos, adoraron á un Dios único, invisible, que llamaron Jehovah. Entonces, fortalecidos ya, se dirigieron á estas pintorescas regiones en que fundaron la bella Jerusalém y erigieron un hermoso templo.

—¡Qué pesados estáis con vuestras discusiones, queridos —exclamó Datham.

Noemí, en cuyo rostro moreno, relampagueábanle los ojos, negros y bellos, mareantes de deseos, se empeñaba en que Abión tomara de su copa.

—Aplica tus labios allí,—le decía—donde he puesto los míos, para que te sepa delicioso.

Después que Abión hubo bebido, Noemí se llevó la copa á la boca; y, por una de las comisuras, le fluyó un delgado hilo de vino, que le rodó á la tersa redondez de la barba, y, cayéndole gota

á gota, le aderezó el seno, de topacio líquido.

Silvio le daba á Claudia algunas noticias de Roma.

—Cayo Tiberio—decíale—se encuentra en Capri entregado á las más desenfrenadas lujurias.....No quiso asistir á los funerales de su madre Augusta.

—Nada me ha dicho Pontius—profirió Claudia.

—Los amigos y parientes de la ilustre matrona—continuó Silvio—han sido perseguidos: Agripina se encuentra desterrada en la isla Pandataria; y el tribuno, encargado de conducirla, le sacó un ojo.

Claudia hizo un instintivo ademán de terror.

—Nerón—prosiguió Silvio—se halla desterrado en Pontia; Druso, casado hace poco con Emilia Lepida, condenado á morir de hambre en la Prisión Mamertina; y Asinio Galo, también acusado, intentó suicidarse.

Silvio iba á continuar dándole á Claudia noticias acerca de algunas otras personalidades de Roma, pero se lo impidió un agudo grito lanzado por Sarah. Era que Datham le había desabrochado la túnica y derramado un poco de vino por la espalda; y como algunos, á la vez, preguntaran:

—¿Qué es? ¿Qué es?

Enesidemo dijo:

—Nuestro querido Datham que enseña á Sarah á beber.

Y todos celebraron á carcajadas la ocurrencia.

En aquel momento dos tañedoras de arpa y de laud entraron al triclinio tocando una danza egipcia; y parecían medir el compás con voluptuosos movimientos de sus cuerpos jóvenes.

Las tañedoras fueron acogidas con vivas de entusiasmo; y, después que hubieron terminado la danza, Abión prorrumpió:

—Canta, Gesira.

—¿Qué quieres que cante?—preguntó la joven desasiéndose del brazo de Eliab que la estrechaba contra su cuerpo.

—Canta, querida, versos de Sapho—le dijo Tito.

Gesira llamó á la tañedora de laud para que la acompañase. E, inclinada sobre el lecho, dejó escapar su voz, fresca y argentina, en un ímpetu de pasión intensa:

«Oh Venus inmortal! hija engañosa (1)
de Júpiter, te ruego
no enciendas en mi espíritu, insidiosa,
dichas que truecas en dolor tan luego.

[1] Traducción de D. Vicente Colorado.

Gesira dió á su voz una entonación de súplica.

Antes ven, cual solías otras veces
hacerlo, conmovida
por mis amantes preces.
De mil blancas palomas precedida,
en tu carroza de oro abandonabas
la olímpica morada de tu padre,
y del cielo y los dioses te olvidabas
por venir á mi lado, ¡ oh dulce madre
del Amor ! . . .

Gesira hizo una pausa, llena de los arpegios del laud, en la que su mirada, anegada en un amoroso éxtasis, parecía seguir, en lontananza, el rápido vuelo de numerosas palomas blancas.

« Cómo, entonces, sonreía
tu semblante inmortal ! . . . Y:—*Qué tormento*,
tu voz dulce y sonora me decía,
tienes que así me llamas ?
Habla, y tu pena trocaré en contento;
¿ qué aborreces ? ¿ qué amas ?
¡ Oh, Safo ! ¿ qué importuno
tal injusticia á tus favores hace ?
¿ hay, por desgracia, alguno
que á tus deseos insensible yace ?
Habla, y verás al antes perseguido
ahora perseguidor; verás servirte
por él, tierno y rendido,
mercedes que no quiso recibirte.
Complaciente ha de ser, aunque enojosa
le mires; te hablará sin que le llames;
y si antes él fué esquivo y tú amorosa,
él te habrá ahora de amar, aunque no le ames.

Gesira hizo una nueva pausa; y, poniéndose en pié sobre el lecho, en acti-

tud trágica, cantó con voz delirante en un arrebatado llamamiento:

« ¡Oh, Venus! Ven á mí pronto, y me vea
yo libre de esta pena abrasadora;
da al corazón la dicha que desea
y sé, de hoy más, mi madre protectora.

Gesira dejó caerse en el lecho, con el aliento jadeante, bajo una lluvia de rosas que la arrojaron los comensales.

Enesidemo tomó una copa de vino; y, con su acento ceremonioso y grave, dijo:

—Acepta que beba á tu salud, Gesira.

Y quitándose la corona que ceñía sus sienes la deshojó sobre la destrenzada cabellera de la histrionisa.

Luego los comensales, á una vez, exclamaron:

—Ahora, qué cante Miriam.

Miriam pareció despertar de un extraño adormecimiento, en que la había sumido el canto de Gesira.

—Canta, querida—le dijo Tito.

Miriam llamó á la tañedora de arpa; y, con voz dulce y harmoniosa, empezó á cantar.

Yo os conjuro, oh! hijas de Jerusalem,
que, si hallaréis á mi amado,
le hagáis saber
que languidezco de amor.

Como un largo suspiro, cadenciosa-

mente doloroso, fluyó de sus labios la melodía nupcial.

« Mi amado es blanco,
y sus crespas guedejas son negras
como el ala del cuervo.
Como los ojos de las palomas,
que beben el agua de los arroyos,
así son los de mi amado.
Sus mejillas,
como éras de especies aromáticas;
sus labios,
lirios que gotean mirra;
sus manos,
jacintos engastados en anillos de oro;
su vientre,
blanco marfil cubierto de zafiros;
sus piernas, columnas de mármol;
su paladar, dulzuras!
y todo él deseos.
Tal es mi amado, ¡ oh, hijas de Jerusalem !»

Y de su garganta fluía la voz: ora como un hilo de agua cristalina cayendo en un tazón de plata, en un jardín cerrado; ora como el trino plañidero de la alondra, en una noche de luna; y ora como un murmullo de onda serena, en una ribera desierta; mientras su mirada parecía buscar lejanamente el hermoso ideal que esa tarde soñara bajo la fascinante policromía del crepúsculo.

—¡ Qué canto tan bello !—exclamó Silvió.

—Es el *Cantar de los Cantares*—le dijo Tito Lecio—Miriam lo canta divinamente:

Miriam continuó:

«Yo duermo, pero mi corazón vela.
La voz de mi amado me dijo: *Abreme,*
amor mío, paloma mía,
porque mi cabeza está húmeda
del rocío de la noche.
Indrodujo la mano por el resquicio de la puerta
y mis entrañas se estremecieron de gozo.
Me levanté para abrir á mi amado.
Mis manos destilaban mirra;
y la mirra de mis dedos
cayó sobre la aldaba.
Abrí, mas mi amado se había ido.
Mi alma salió tras su voz;
le busqué, y no lo hallé;
le llamé, y no me respondió.
Yo os conjuro, ¡ oh, hijas de Jerusalem !
que, si hallareis á mi amado,
le hagáis saber
que desfallezco de amor. »

La voz de Miriam se hizo vehemente para exclamar:

« Levántate, aquilón !
¡ Austro, sopla !
¡ Y que venga mi amado á mi huerto,
y coma de sus dulces frutas ! »

Después la voz se hizo temblorosa, convulsa, como el sollozo de una alma desolada, para decir:

« ¡ Oh, si me besase
con los besos de su boca !»

Los comensales prorrumpieron en aclamaciones; y sobre ella arrojaron todas las rosas que colmaban las cráteras corintias.

Tito Lecio, arrastrándose con una

mano sobre el lecho, hasta confundir su aliento con el de la cortesana, la rodeó la cintura con el brazo; y, con voz baja y arrulladora, empezó á cantarle:

« Cuán hermosa eres,
y cuán hermoso son tus amores;
Panal de miel destilan tus labios;
miel y leche hay debajo de tu lengua;
y, como el olor del Líbano,
es el olor de tus vestidos;
tu talle es esbelto como la palma;
tus cabellos como manada de cabras
que se muestran en el monte de Galaad;
tus labios como un hilo de grana;
y tu cuello como torre de marfil.
Tú, toda eres hermosa, ¡ oh amor mío !

Tito Lecio, por entre una abertura de la túnica, le deslizó la mano sobre la piel suave y tibia.

Tus dos pechos son como cabritos de gama;
tu ombligo como una taza redonda,
que no le falta bebida;
tu vientre, montón de trigo
cercado de lirios;
y tus muslos . . .

—Déjame, Tito. . . . No; no quiero— dijo Miriam replegándose en el lecho.

Entre tanto la fiesta continuaba: Datham, completamente ébrio, ocupaba el mismo lecho de Sarah; Enesidemo en vano trataba de hacerse oir una nueva tesis filosófica; Polemón no acertaba desprenderse una hebra de miel que se le había enredado en la barba, y le decía á Noemí tartamudeando:

—Quítamela.... querida;.... quítamela.

Noemí se reía á carcajadas, con risa de pilluelo; Gesira, reclinada en el pecho de Eliab, ostentaba en el seno grandes manchas de vino; y todo era confusión y bullicio entre los comensales.

Tito Lecio asió de los brazos á Miriam; y aproximándose nuevamente, le dijo con voz angustiosa:

—No seas cruel, querida.

Miriam se debatió hasta desasirse de las manos de Tito; y, con acento fatigoso, repuso:

—Te he dicho que no insistas, amigo mío.

En ese momento Eliasaph, sin poder hablar y congestionado el rostro, hacía señas para que le sacasen un huesecillo de aceituna que se le había atravesado en la garganta.

Los comensales corrieron hacia él; y Miriam, aprovechando el barullo y la entrada de los esclavos con nuevas y olorosas viandas, salió del triclinio sigilosamente.

III.

Ebriedad divina

Thamar, que esperaba á Miriam sentada en uno de los peldaños de la puerta, se extrañó verla de regreso cuando aún no era la media noche. Se puso en pie para darla paso, y marchó detrás de ella, en la obscuridad del vestíbulo, hasta la puerta de su *cubiculum*, de donde, al abrirla, junto con la viva luz de los candelabros, surgió una oleada de perfume.

El *cubiculum* era un aposento no muy espacioso; pero rico en preciosos tapices, de resaltantes dibujos exóticos, que cubrían el piso y las paredes, dando al recinto una mística apariencia de santuario. Sobre escabeles de ébano, claveteados de oro, había cofres de marfil, brillantes espejos de cobre, cinceladas jarras de Jalysos, flabelos de plumas de pavo real; lámparas egipcias, pebeteros

dorados, vasos de ungüentos aromáticos, peines, escobillas, ramos de flores y velos de varios matices franjeados de plata. Y en el fondo, bajo la penumbra voluptuosa de un largo *velarium* azul que pendía del techo, se destacaba la cama, de cedro tallado con molduras doradas, en la que los mullidos almohadones y cojines, amarillos y rojos, ponían las notas vibrantes de sus colores.

Miriam dejó errar la mirada por la silenciosa estancia, sorprendida de encontrarla desierta. Con un movimiento de despecho se desprendió el peplo, que arrojó sobre una okladias griega; y luego dijo á la esclava.

—Desvísteme, Thamar.

Thamar empezó á desvestirla. Desabrochóle el rico cinturón, tachonado de escamas de oro, que le ceñía al talle la fina túnica de seda, de cuyos pliegues cayeron algunos pétalos de rosa y algunas migajas del banquete.

—¿Quién ha venido?—preguntó Miriam.

—Un joven de Siria, á quien tu conoces.

Miriam quedóse pensativa, mientras Thamar le quitaba las joyas y las depositaba en un cofre.

—Un joven de Siria . . Ah! sí; ya

recuerdo . . ¿Y nadie más ha venido?

—Un alejandrino. Dijo que hasta su ciudad había llegado la fama de tu belleza.

—Debe de ser un filósofo. Y sabes que no me gustan los filósofos.

Thamar desatóle las trenzas del corselete; y los dos pechos, libres de la perfumada tela que los aprisionaba, aparecieron redondos y tersos, y como ufanos de conservar intacto el cinabrio que teñía de rojo sus pezones. Por la blanca concavidad del seno resbalaban cristalinas gotitas de sudor ,y eran como irisados aljófares en el pétalo de una magnolia; y otras gotitas había en el arranque del cuello que refulgían con brillo diamantino.

—¿Y quién más ha venido?

—Un mercader de Keriot.

—....de Keriot? ¿Cómo se llama? ¿Dijo cómo se llamaba?

—Judas.

—No lo conozco.....¿Qué dijo?

—Como todos los otros: que deseaba verte.

Thamar le quitó las sandalias; y, tomando de encima de una ménsula una toalla de lino y una cántara de agua perfumada le frotó suavemente los pies.

—¿No ha venido Pontius?

—No ha venido, pero te ha escrito.

—¿Qué dice?

Thamar le entregó un rollito de papirus egipcio, atado con una delgada cinta, que se sacó del seno.

—Toma; desàtale—le dijo Miriam—Estoy impaciente por saber las necedades que me dirá ese imbécil.

La esclava obedeció; y, luego, devolvióle la tira de papirus desarrollada.

Miriam leyó:

«Salud, princesa mía»

—¡Ah, me llama princesa!—exclamó Miriam.

Después de una pausa, en que se quedó absorta, mirando vagamente, dijo:

—¿Habrá de realizarse el vaticinio de mi buena Sarah?.....Mañana haré que mis esclavos me conduzcan en mi litera á los jardines del Tetrarca. Es preciso que éste me vea para que venga también á rendirse á mis pies... No crees, Thamar, que llegaré á ocupar en palacio el lugar de la infiel Herodías y él de la astuta Salomé?.....Ah! entonces, riquezas, honores, placeres, todo, todo será para mí, ¡para la nueva reina de Palesthina!

Y como Thamar le había sacado los largos alfileres que le sujetaban á la

nuca la espesa masa de sus cabellos, éstos, en el entusiasmo que la embargó, se extendieron como un real manto de oro sobre la espalda.

Miriam continuó leyendo:

«Herodes Antipas, que teme que la presencia, en Jerusalém, de un joven Rabbí de Galilea, llamado Jeschoua, sea causa de que el pueblo se insurreccione, me ha ordenado que permanezca toda la noche en la torre Antonia. Se dice muchas cosas raras del tal Rabbí; y, entre otras, que es el Mesías anunciado por los Profetas. Mis soldados le buscan por toda la ciudad. Y ¡por Zeus,! querida, que, puesto que me ha privado de ir á gozar de tus encantos esta noche, he de ser cruel con el castigo que le inflija, aunque llegase á estar cierto de que es un Dios, como lo estoy de que tu eres más bella que la misma Venus.»

Miriam dejó caer el papirus; y, sin poder contener su emoción, le dijo á la esclava:

—¡ Thamar ! ¡ querida Thamar ! ¿has oído bien lo que dice Pontius.....¡ Ah, si fuera un Dios ! . . .

La esclava, estupefacta, nada respondió.

En la memoria de Miriam volvieron á surgir las palabras de la vieja quiromántide de la llanura de Esdrelón; y,

apoderándose de ella una especie de arrobamiento, dijo con voz pausada y delirante:

—El es, Thamar . . . . Hace tiempo que le espero. . . . A veces, en la mañana, me parece despertar bajo el deslumbramiento de su mirada; y luego me digo: debe de ser un rayo de sol que me ha dado en los párpados. . . . Otras veces me parece oir su voz que de lejos me llama; y luego pienso: debe de ser el rumor de la brisa que susurra en el follaje de los árboles. . . . Y otras veces me parece sentir su suave caricia que me invade, como un fluído, todo el cuerpo; y luego creo que es el hálito de la noche, embalsamado con el aroma de los campos.

Después empezó á pasearse por la estancia, completamente desnuda, en toda la magnificencia de su cuerpo; y el suave roce de los pies sobre el pavimento marcaba el ritmo con que se movían las combas geminas de sus caderas.

De pronto se detuvo, con los ojos dilatados, la respiración anhelosa y la mirada extraviada; y, mezclando con sus palabras versículos del *Cantar de los Cantares*, profirió:

—¿Oyes Thamar ? . . . «Es la voz de mi amado. . . . . He aquí que viene saltando sobre los montes, saltando sobre los collados.»

Luego se encaminó á la ventana; pero con paso tan vacilante, por la febril excitación que la embargaba, que la esclava, temerosa de que cayese, corrió á sostenerla.

Miriam avanzó con la cabeza reclinada en el hombro de Thamar; y, con acento languideciente, dijo:

—Ves, amado mío, como defallezco de amor!.....

Cuando hubo llegado á la ventana irguió la cabeza, palideció de súbito, y, con los ojos desmesuradamente abiertos, se puso á mirar hacia la tiniebla densa. El cielo estrellado fulguraba serenamente sobre la ciudad dormida, y la blanda y perfumada brisa, que acarició las desnudas carnes de la cortesana, parecía traer en sus sedeñas alas, de regiones ignotas, un aliento divino.

Miriam prorrumpió:

—¿Vendrás, amado mío? . . . Te esperaré en todo momento, cuando tu quieras . . . Te esperaré desde que los rayos del sol empiecen á dorar las cumbres del Hebrón hasta que el crepúsculo vespertino inunde de arreboles el horizonte . . . Y te esperaré en la noche, propicia al deleite de los amores.

Su voz se hizo evocadora, como de una sacerdotiza que cumpliese un rito sagrado en el nocturnal silencio.

—¿Vendrás, amado mío? . . . Haré cortar muchas flores para alfombrar la entrada; y yo misma iré á abrirte la puerta del vestíbulo. «Y hasta que apunte el día, y las sombras huyan, serás semejante al gamo, ó al hermoso cervatillo sobre los montes de Bether.»

Todo su cuerpo desnudo se hizo radiante en la obscuridad, con un ultraterrestre blancor, como de argéntea luz estelar.

—«Ponme—dijo (y los versículos del *Cantar de los Cantares* con que interpolaba sus palabras adquirían en sus labios una inefable dulzura amorosa)—como un sello sobre tu corazón, como un signo sobre tu brazo . . . Y dejarás que te abrase en las brasas de fuego de mi amor.»

—¿A quién esperas, ama?—se aventuró á preguntarle Thamar, que mirábala con indecible estupor.

Pero Miriam se irguió de repente, como al impulso de una onda de alegría que le inundara el pecho; tendió los brazos hacia adelante, palpitándole los párpados, fulgurándole los ojos, y profirió en un grito de júbilo.

—¡Aquí está! ¡Aquí está!

Y, poseída de una ebriedad de ventura, continuó diciendo:

—¡Qué hermoso eres, amado mío!.....

Ahora vendrá toda la muchedumbre que circula por las calles de Jerusalém, y después las innumerables muchedumbres de todos los países, á adorar al Dios Jeschoua y á la diosa Miriam; y nos traerán incienso y mirra en vasos de alabastro y en nuestros divinos amores apagarán su sed, como en el agua de una fuente maravillosa.

Thamar, creyéndola poseída de «malos espíritus», (1) le dijo cariñosamente:

—¿Qué tienes, ama? . . Parece que el viento de la noche te ha hecho daño.

Y, rodeándole con un brazo la cintura, la hizo retirar de la ventana.

Cuando hubo llegado junto al lecho, Miriam dijo:

—¿No es verdad, Thamar, que sobre estos cojines se han acostado todos mis amantes? . . . ¡Já! ¡já! ¡Cómo los he embriagado con mis besos y entontecido con mis caricias! . .

Y, como si la evocación de aquellos besos dejáranla un amargor en la boca, hizo un mohín de disgusto, y dijo:

—No te arrepientas, amado mío, de haber venido . . . Ni estés celoso de los hombres. Ya estoy asqueada de sus amores; porque todos me parecen groseros y jadean como bestias salvajes.

1,—San Lucas, XIII, 2.

Luego su voz brotó de los labios como un arrullo:

—Escúchame, amado mío... . Para tí guardo en el fondo de mi alma, como en «un huerto cerrado,» un beso puro, que es todo ambrosía y miel, y todo ternura y fuego . . Te juro que ninguno de mis amantes lo ha probado.

Miriam apoyó una rodilla sobre el borde de la cama; y en el azul del *velarium* se destacó su cuerpo con brillantes reflejos nacarinos.

—¿Sabes, Thamar, algún epitalamio en que se cante las nupcias de los dioses?

—Sé el canto nupcial que entonan las jóvenes que van á bañarse en el agua sagrada de la fuente de Kallirrhoé.

—Toma, entonces, el salterio y púlsalo. Arranca de sus cuerdas de plata las harmonías más dulces; y canta ese epitalamio . . ¿No ves que mi amado está conmigo? . . . .

Thamar tomó, de encima de un escabel, un salterio de ébano; pulsó las cuerdas con diestra mano; y empezó á cantar el himno sacro:

«¡Oh hermosa Elena! esposa eres «ahora. Mañana iremos á la pra«dera á cojer las flores recién abiertas y «formaremos con ellas coronas odoríferas para adorno de un plàtano que re«garemos con los más dulces perfumes.

«¡Salud, nueva desposada! ¡Salud, «Menelao, hijo del rey de los cielos! ¡Ojalá que Afrodita inflame vuestros «corazones con mutuos trasportes de «amor, y que Latona os dé hijos dignos «de vosotros! . .

Miriam se dejó caer sobre los cojines del lecho, con los brazos extendidos, quedando envuelta en el largo manto de oro de sus cabellos.

«Duerme pareja, encantadora; pero «despierta con el alba. Apenas el can- «tor de la mañana, levantando su altiva «cresta, anuncie la vuelta de Apolo, to- «das vendremos á cantar á coro:

«¡Himeneo, Himeneo, regocíjate de esa hermosa unión!»

Y Miriam se quedó dormida, en una ebriedad divina, arrullada por la música y el canto de la esclava.

LIBRO IV.

I.

Glorioso y triunfal

—

« ¡ Bendita seas, divina Sión !
« ¡ Bendita seas, Jerusalém perfecta !

Así cantaban los peregrinos que, habiendo pasado la noche en las granjas de Gethsemani, se dirigían esa mañana á Jerusalém, por el valle del Cedrón. Unos eran arrieros samaritanos que conducían sus recuas de mulas cargadas de odres de aceite y de bálsamo; otros eran siriacos, vendedores de toda suerte de telas, que cabalgaban en lentos dromedarios; y otros eran galileos, de los alrededores del lago de Genezareth, cuyas acémilas, enjaezadas abigarradamente, llevaban sacos de legumbre: todos batían al aire verdes palmas y floridos ramos de abedul, cantando con exultaciones de gozo.

«¡Bendita seas, divina Sión !
«¡Bendita seas, Jerusalém perfecta!»

Y las voces inacordes, de salutación y alegría, que entonaban hombres y mujeres, parecían relampaguear en el ambiente sonoro de aquella mañana primaveral. Y, cuando el canto cesaba, se dejaba oir entonces el rumor de las animadas conversaciones.

Entre aquellos peregrinos iba Jeschoua en un manso pollino, que Joan, el menor y más amado de sus discípulos, llevaba del ronzal. Con una punta de su manto, extendida sobre su cabeza, se resguardaba del sol; y su rostro radiaba una placidez infinita bajo aquel cielo tan claro y en aquel aire tan vivo, embalsamado por el soplo de brisa que llegaba de las colinas.

Los galileos, que ya le conocían, se acercaban á él con demostraciones de júbilo; y como vieran que no llevaba alforja en su cabalgadura, ofrecíanle racimos de dátiles, pan de centeno y leche de ovejas en toscos vasos de bronce.

—«¡Rabbí bueno! ¡Rabbí bueno!» [1]—exclamaban.

Y Jeschoua les reconvenía amablemente diciéndoles:

—«No me digáis bueno. ¿No sabéis que el único bueno es Dios?» (2)

Los mercaderes de Siria, al saber que

1, 2, San Mateo, XIX, 16 y 17.

delante de la caravana iba el Rabbí de Galilea, afirmaban que hacía pocos días le habían encontrado, acompañado de algunos aldeanos, recorriendo los términos de Sidón. Y úno de ellos, de semblante jovial, murmuraba, en voz baja y con sorda ironía, que le había visto «entrar ocultamente en casa de una mujer griega, syrophenisa de nación, cuya hija tenía un espíritu inmundo» (1)

Algunos samaritanos recordaban que una tarde, en que conducían á abrevar sus mulas, le habían visto, junto al poso de Jacob, conversando con una hermosa doncella de Sichar, que de pié, ruborosa y cándida, le daba de beber de su cántaro de agua. Y como refirieran que la pobrecilla doncella había quedado hechizada de amor por el Rabbí, la malicia de algunos se aventuró á dar suelta á las más agudas conjeturas.

—El Rabbí es casto!—protestó un galileo con voz áspera y severa.

—¿Y la hija de Jayro, un príncipe de la Sinagoga?—observó un siriaco—¿No es cierto que se moría de amor por el Rabbí?

—Pero en verdad os digo—replicó el galileo—que en Caphernaum, donde ha permanecido mucho tiempo, no se le conoce mujer.

1, San Marcos, VII, 24, 25, 26.

Una joven campesina de Betfagé, robusta, de morena cara redonda y fresca, aseguraba haberle visto, en la tarde anterior, curar á un ciego de nacimiento que solía mendigar por el camino de Jericó.

—«Formó lodo en la palma de la mano con polvo y saliva, y le untó en los ojos—decía la campesina con adorable candidez (mientras un cabrito, que llevaba en los brazos, balaba tristemente)—primero en un ojo, después en el otro; y luego le mandó lavarse con el agua de la fuente de Siloeh.» (1)

—¿Es cierto lo que dices, mujer?—le preguntaron algunos incrédulos agolpándose en torno de la joven.

Esta repuso:

—Allí viene Timeo. El os lo dirá mejor que yó.

En efecto, un hombre barbudo, de rostro terroso y descarnado, y cubierto con harapos de lona, se acercó, con un macilento mancebo de la mano, y les dijo:

—He aquí á mi hijo Baltimeo; era ciego y el Rabbí lo ha curado.

—«¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos» (2)—le preguntaron al mancebo.

—«Ya lo habéis escuchado—les con-

1, 2, San Juan. IX, 6, 7,26.

testó el padre—¿Por qué lo queréis oir de nuevo?» (1)

Entonces le injuriaron y se mofaron de él, diciéndole:

—« Tú también eres discípulo del Rabbí » (2)

Los galileos que tenían fe profunda en el poder divino del Rabbí, empesaron, á porfía, á relatar curaciones maravillosas; y hubo en aquellas almas ingenuas úna como floración de milagros, cuyo raro y embriagador perfume ascendía á la pureza infinita del espacio.

Después, una mujer de Sichen contó, con aire tímido y misterioso, que había visto secarse, como al diabólico conjuro de un maleficio, una frondosa higuera á cuya sombra se acampara el Rabbí

—Es verdad;—afirmaba una mujer de Bethania—yo he visto la higuera, en el huerto de Henadad, el herrero, tan deshojada y seca que da lástima.

Entre tanto Jeschoua cabalgaba, abstraído y solemne, bajo la áurea claridad de aquella mañana que inundaba el valle haciendo brillar, en las sumidades de los arbustos silvestres, el verdor esmeraldino de los tiernos renuevos abrileños.

El cántico de salutación volvió á surgir de los labios de los peregrinos, y pareció

[1] [2] San Juan IX, 27 28.

alzarse como una ardiente ráfaga de gozo que fuera á difundir en el éter inflamado, con el aliento de la naturaleza, aquellas narraciones prodigiosas, cuyo polen prolífico, de savia inagotable, renueva el vergel místico en que perpetuamente florecen las consoladoras esperanzas é ilusiones para los infortunados de la vida.

« ¡ Bendita seas, divina Sión ¡
¡ Bendita seas, Jerusalem perfecta ! »

De un seto florido, que bordeaba el camino, huyó, al rumoroso paso de aquella festiva caravana, una bandada de palomas torcaces; y, á su vuelo, el aire, deslumbrante y diáfano, se perfumó de tomillo. Detrás del seto, unas manadas de cabras, que pacían tranquilamente, se escaparon despavoridas, á campo travieso, por entre espigados trigales amarillentos. Y, por encima del seto, algunos pastores, que dormían bajo unos sicomoros, asomaron sus rostros azorados.

—¡Es el Rabbí de Galilea!—exclamó uno de ellos—hace tres días se hallaba en Ephraim donde curó á un paralítico.

Y una mujer, con vago ademán de gratitud ingenua y enseñándole un niño rubio que lloriqueaba, le gritó:

—¿ Ves ? Mi hijo está bueno y robusto. « ¡ Bienaventurados el vientre que

te llevó y los pechos que mamaste !» (1)

Jeschoua volvió el rostro, que se transfiguró de súbito; y, como viera á lo lejos, por los trigales, las manadas de cabras fugitivas, de sus labios brotó una parábola que palpitó en el aire como un rayo de luz.

—« Yo también tengo un aprisco; y, cuando llamo mis ovejas, todas atienden á mi voz.

« No soy como el asalariado que huye del lobo, y deja que éste le disperse la manada.

« Yo soy el buen Pastor: el buen Pastol se sacrifica por sus ovejas » (1)

Uno de los pastores, apoyado de codos en el seto, murmuró:

—¿ Dónde tendrá el aprisco de que habla ? . . .

Y Jeschoua avanzaba, en su humilde cabalgadura, poseído de su ardiente y generoso ensueño de ver convertida la humanidad en un dócil rebaño de mansas ovejas; y transformado el mundo, campo de luchas incesantes, en un aprisco paradisiaco de praderas infinitas florecientes de amor y caridad.

Y alucinado por la visión fantástica de aquel mundo ideal, avanzaba Jes-

(1) San Juan V, 11, 12, 16.

choua, cuando Santiago, acercándose, le dijo:

—«Rabbí, quisiéramos, mi hermano Joan y yó, que nos concedieses lo que te pediremos.» (1)

—«¿Qué quereis que os conceda? (2)

—«Que vayamos el uno á tu diestra y el otro á tu siniestra.» [3]

Al enterarse los otros discípulos, de la supremacía que querían tener Santiago y Joan, se enojaron con ellos.

Jeschoua dejó escapar un suspiro de amarga congoja al sentir el soplo de aquella ráfaga de las míseras pasiones humanas que agitaban hasta los sencillos corazones de sus propios discípulos, sobre los cuales quería fundar su ideal supremo de igualdad y de justicia.

Después de haber meditado durante un largo espacio, los llamó y les habló en parábola:

—«El reino de los cielos es semejante á un hacendado que salió en la mañana á concertar, por un denario al día, peones para su viña.

«Volvió á salir á las tres, á las seis, á las nueve, y á las once; y concertó á otros más que andaban ociosos por la plaza.

«Al llegar la tarde el hacendado dijo

1, 2, 3, San Marcos X, 35, 36, 37.

á su administrador: «Llama á los peones y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros.»

«Los peones, viendo que hasta los que habían trabajado sólamente una hora recibían un denario, murmuraron contra el hacendado.

«Este, entonces, respondió á úno de ellos diciéndole: «Amigo, no te hago agravio. ¿No te concertastes conmigo por un denario? Toma lo que te corresponde y vete: yo quiero dar á este postrero como á tí. (1)

Sus dicípulos, sin comprender la esencia de esta parábola, le siguieron cabizbajos y silenciosos.

A ambos lados del camino empezaron á blanquear las barracas y cabañas, hechas de lona ennegrecida, de pieles de antílope y de viejos tapices desteñidos, al arrimo de antiguos túmulos que se destacaban sobre un césped de fina yerba. Y, como ya estaban cerca de la ciudad, los peregrinos aguijonearon sus recuas, batieron al aire sus verdes palmas y floridos ramos de abedul, y de nuevo entonaron su cántico de salutación y alegría.

«¡ Bendita seas, divina Sión !
«¡ Bendita seas, Jerusalém perfecta !»

Jeschoua, irguiéndose en su cabalga-

1. San Mateo, XX, 1, y 14.

dura y alucinado como Zacharías, exclamó con las palabras del profeta:

--«Hija de Sión: he aquí á tu rey que viene á tí lleno de mansedumbre y sentado sobre un pollino.» (1)

Y, fustigando el manso pollino, que echó á andar con trote menudo, penetró por la Puerta Dorada con aire altivo de conquistador glorioso y triunfal.

1 Zacharias. IX, 9.

II.

¡Si fuera un Dios!

Esa noche Miriam había dormido con sueño agitadísimo, lleno de visiones raras, en que ella, la cortesana impúdica, veíase, á su paso, aclamada por las multitudes. Y fue al estruendo de esas ilusorias multitudes, desvanecidas con el sueño, que despertó sobresaltada, deslumbrada por la claridad del sol que entraba por la ventana abierta.

En cinco años era la primera noche que había dormido sola; y, al desperezarse, lo hizo con movimientos bruscos, con sacudidas sensuales, rozando el cuerpo contra los mullidos almohadones con ardor lascivo.

Después, enardecida, exasperada, se bajó del lecho; y se fué á colocar frente á la ventana por donde penetraban los rayos del sol.

Era uno de sus peregrinos caprichos

el entregarse desnuda á los férvidos besos de aquel soberano astro, inagotable fecundador de todos los gérmenes en su eterna cópula con la naturaleza siempre joven y propicia.

Avanzó muy lentamente para que el sol, con sus lenguas de fuego, le acariciase, una por una, todas las partes del cuerpo. Desde los pies, en los que hubo una como eflorescencia de rosas y azucenas, las lenguas de fuego se deslizaron enroscándose por las piernas y por los muslos; luego ascendieron al vientre pulido y terso como un globo de alabastro, y lo tiñeron de un tinte sonrosado, sin que desapareciese completamente la leve sombra del ombligo; luego le acariciaron los pechos; y le besaron la garganta, y la boca, y los ojos . . Y el cosquilleo de todas aquellas caricias le hacía reir llena de gozo.

—¡Tómame-prorrumpía- y embriáme con todo el perfume de la primavera!

Y avanzaba y retrocedía, como en una danza litúrgica, para renovar sus voluptuosas sensaciones, con los brazos extendidos hacia adelante, la cabeza echada hacia atrás, los ojos entornados, y los labios entreabiertos para saborear, aspirándolo, el aliento cálido del sol.

Al sentirse fatigada empezó á dar gritos enronquecidos.

—¡Thamar! ¡Thamar!

Thamar apareció en el umbral.

—¿Qué me ordenas, ama?

—¿No ha venido nadie en toda la noche?

—Judas, el mercader de Keriot, volvió después de media noche.

—¡Siempre ese mercader! . . ¿Qué le dijiste?

—Que aun no habías regresado.

—¿Le viste bien? . . ¿Es joven? . .

—No parece serlo.

Miriam hizo un gesto de desprecio, y dijo:

—Que me traigan el baño.

Cuatro esclavos entraron, poco rato después, con un pesado recipiente de mármol lleno de agua límpida, en la que Thamar derramó un pote de esencia. Y poniéndose de rodillas á los pies de Miriam, como ante un ídolo, empezó á ablucionarla con esponjas finas.

—Idos; y tened lista la litera—dijo Miriam á los esclavos.

Cuando estuvieron solas, Miriam dijo á la esclava:

—He soñado mucho anoche, Thamar.

—¿Has soñado cosas tristes?

—¡No, querida! . . ¡venturas maravillosas! . .

—No las digas, ama; para que se realicen.

Miriam saltó del baño á unas gradas de ébano; y púsose en pié para que Thamar la enjugase con una toalla la piel húmeda y palpitante.

Luego la esclava empapó una esponja en aromático ungüento nicerobino y le frotó el cuerpo hasta que sus mórbidas carnes, palidecidas por el baño, readquirieron la sonrosada frescura de su esplendente juventud. En seguida, con una pequeña espátula, le pulió las uñas de los pies, y, con pasta de rubia, les dió el brilló y color de las conchas marinas.

Entre tanto Miriam, por el vano de la ventana abierta, miraba vagamente hacia la ciudad, sobre la que el sol de la mañana extendía úna como deslumbrante gasa de oro.

Y, como saliendo de un éxtasis, dijo con impaciencia:

—Ahora vísteme, Thamar.

La esclava le calzó las sandalias sembradas de pedrería. Luego le puso una túnica corta, ligera, vaporosa, y de color de jacinto, á través de la cual veíanse todos los contornos de su cuerpo; y, encima de ésta, otra túnica más densa, recamada de flores, y de luenga cauda. Le puso sus más ricas joyas y le ciñó al

talle un cinturón estrellado de oro. Con un pincelito le sombreó de antimonio los párpados; con otro pincelito le coloró de bermellón las mejillas y los labios; le arregló los cabellos prendiéndoselos con largas agujas que lanzaban irradiaciones de crisólitos, y le recogió los rizos que le caían en la frente. Y, cuando hubo terminado su tarea, quedóse contemplándola, orgullosa de su obra.

—¿Estoy bella?—le preguntó Miriam.

—Nunca has estado más hermosa, ama mía.

Miriam, al bajar de las gradas, vió á sus pies la tira de papirus escrita por Pontius y la recojió; leyóla de nuevo atentamente, y después exclamó en un transporte de entusiasmo:

—¡Si fuera un Dios!

III

Jeschoua y Miriam

La multitud, engalanada y festiva, que, desde el alba, afluía, en oleadas tumultuosas, de todas partes de la ciudad, se aglomeraba en la ancha puerta de Huldak, abierta en la muralla, de grandes sillares blancos con despiezos de plomo, que rodeaba el Templo. Y los esclavos que conducían la litera, sobre cuyos blandos cojines iba reclinada Miriam, tenían que detenerse y hacerse paso al fuerte empuje de sus brazos. Algunos rostros volvíanse para ver á la cortesana á través de las trasparentes cortinillas de púrpura que cerraban á ambos lados la litera; mientras ésta, balanceándose como una barquilla juguete de las olas, penetraba bajo la arcada de la puerta.

El Templo era una maravilla arquitectural, de cien codos de alto, erigido sobre la planicie de una colina; y á aquella hora de la mañana, el mármol

y el oro de su fachada centelleaban á los resplandores del sol. En el extenso patio enlosado, que mediaba entre la muralla y el Templo, circulaba, con el ruído ensordecedor de una feria, gente de todos los países. Los mercaderes fenicios, que mostraban sus ricas telas y sus joyas preciosas, y los mercaderes de Cartago y de Egipto, que amontonaban, sobre tapices de Assiria, rollos de paños azules y de peplos finísimos, eran los que más atraían á compradores y curiosos. Vendimiadores de Emmaús, que despedían un fuerte olor á mosto, depositaban, sobre haces de yerba, sus odres henchidas de vino. Buhoneros de Idumea, con sus burdos tabardos de cuero, pasaban pregonando las virtudes de sus amuletos y talismanes, por entre las acémilas de los hortelanos cargadas de sacos de lenteja y avena. Por el suelo rodaban dátiles, higos podridos, aceitunas y cortezas de naranja que una turba de mendigos desarrapados disputaba á otra turba de perros hambrientos. Y por en medio de aquel gentío, que vociferaba en dialectos distintos, los pastores conducían corderos blancos adornados de rosas, y mansos bueyes, coronados de anémona, destinados al cruento sacrificio. El ambiente vibraba de sol y cargábase de un vaho penetrante y acre en que se mezclaban las diversas

emanaciones de aquella muchedumbre.

Miriam descendió de la litera, cubierto el rostro con un velo amarillo; defendiéndose del sol con un amplio flabelo de plumas de pavo real. Quienes adivinaban en ella á la hermosa cortesana, deteníanse admirados de los valiosos arrequives de su traje. Pero Miriam avanzaba lentamente, con al cabeza inclinada á un lado, abstraída en su pensamiento y mirando con indiferencia á los que pasaban.

Iba al azar, de un lugar á otro, por entre aquella inmensa muchedumbre, con la cauda de su túnica recogida, esperando que el nombre de Jeschoua llegase á resonar en sus oídos.

De pronto se oyó un murmullo:

—¡El Pretor! ¡El Pretor!

Miriam alzó la mirada; y, por sobre el adarve de la muralla, vió á Pontius y á Claudia asomados á una de las férreas barandillas de la torre Antonia.

Recordó la carta de Pontius; y, comprendiendo todo el peligro que corría la vida de Jeschoua, empezó á recorrer los puestos de los mercaderes. Preguntó á unos galileos, de las cercanías del lago de Genezareh, que bebían cerveza en la mesa de los taberneros.

—¿Jeschoua?

—¿El Rabbí?

—No sabemos.

Exclamaron extrañadas de que aquella mujer, ricamente vestida, solicitase con ahinco al pobre nazareno, á quien, en la noche anterior, habían visto alojado en una granja de Joseph de Arimatha en Gethsemani.

Después se acercó á un grupo de arrieros en cuyos desnudos brazos azuleaban los arabescos del tatuaje.

Eran de Moab y habían traído toda su cosecha de bálsamo y de aceite. Los chiquillos sucios y arapientos, corretеaban por entre las bestias de carga, tumbadas en el suelo, jadeantes y sudorosas, é inmovilizadas por la fatiga. Y una mujer, de rostro moreno y pálido, sentada sobre un saco de avena, le daba su seno flácido á una criatura endeble que lloriqueaba.

Los arrieros dijeron á Miriam que se habían separado del Rabbí en el barrio de Bazetha, á la orilla del Enrogel, donde se había detenido á descansar bajo la sombra de un sicomoro; y la mujer, que pudorosamente se había ocultado el seno con una punta de su raído manto, tenía entre tanto, fija en ella la mirada, que revelaba la melancólica estupefacción de sus ojos negros.

Unos pastores de Engaddí, que se habían acercado, dijéronle:

—¡ El Rabbí de Galilea ! ¿ « ¿ No es á quien buscan para matarle ? «(1)

Y, cuando se alejaba, Miriam oyó que decían entre sí:

— « ¿ Qué os parece ? » [2]

—« ? No vendrá el Rabbí á la fiesta » ¿ (3)

Miriam aligeró el paso; y, como la muchedumbre se hacía más compacta por el aflujo de gente que continuaba entrando por la puerta de Huldad, se encaminó hacia una cisterna. Allí se detuvo á la sombra de un pomar sagrado, cuyas frutas, intocadas por rigurosa prohibición, cimbreaban los verdes ramajes. Las falenas hilaban libremente entre las hojas; y algún insecto, presa en la hebra de seda, suave y fina, producía un agudo zumbido de élitros. Y en el espacio azul, de una luminosidad diáfana, cruzaba una águila, con vuelo lento y majestuoso: diríase el símbolo del poder romano, despótico y cruel, cerniéndose sobre la ciudad electa.

Miriam agitaba febrilmente su flabelo, impulsada por la excitación nerviosa que la poseìa; y á las veces se levantaba el velo para que el aire le refrescase el rostro.

---

1 San Juan. VII, 25.

2, 3, San Juan. XI, 36.

Momentos después se dirigió á los pórticos de Salomón, donde se cruzaban las literas de los patricios y sacerdotes con las parihuelas de los enfermos, de rostros cadavéricos, que, animados por la fé, iban á beber de las milagrosas aguas de la piscina sacra.

Eran diez las puertas que daban entrada al Templo: cuatro al Norte, cuatro al Mediodía y dos al Oriente, de treinta codos de alto y quince de ancho cada una. Todas tenían el quicio chapeado de oro y plata, menos el de la puerta Corintia, por donde entró Miriam, que lo estaba de valiosas láminas de cobre rojo templadas en las célebres aguas del Pirrene; y del capitel de las columnas vestibulares pendían áureos follajes de vid con racimos y pámpanos.

En los pórticos había el mismo tumulto de feria que en el patio, producido por el cambio. La gente se apretujaba delante de las grandes rejas de hierro que protejían las pesadas mesas de cedro en que fraternizaban las monedas de todas las naciones: desde el áureo romano hasta el artístico decadracma de Siracusa; y detrás de aquellos montones de oro y plata asomaban los rostros ávidos de los cambistas. Los que ya habían trocado su dinero por el dinero sacerdotal, retirábanse para dar paso á otros concurrentes.

Un griego, de amarilla clámide y rostro afeitado, se quejaba, en pesado dialecto dórico, de que le habían robado dos estáteres de oro; un babilonio, que llevaba, ciñéndole las sienes, una alta mitra de cuero, y ocultaba su larga barba en un saquito de piel color de violeta, prorrumpía en iracundas exclamaciones porque le faltaban dos siclos.

—¡ Ladrones ¡ Ladrones!

Y por en medio de aquel tropel veíanse á los Levitas cruzar á pasos largos y perderse en la multitud, rumoreando cánticos rituales y llevando debajo del brazo el rollo de pergamino de la Ley.

Miriam penetró al interior del Templo, cuyo recinto, suntuosamente exornado, hallábase divido en tres vastos compartimientos por anchos y ricos tapices, recamados de flores, en que se mezclaban abigarradamente el azul, la púrpura, la escarlata y el lino. Una triple galería empotrada en la pared y sostenida por gruesas columnas, rodeaba el recinto; y en ella alcanzó á ver, entregados á discusiones acaloradas sobre cuestiones de doctrina, á algunos conocidos retóricos y juristas, á famosos exégetas y á togados romanos.

Una música de arpas y tiorbas, apagada por las espesas cortinas de las puertas y por el bullicio de la gente,

emergió del fondo del Santuario, acompañando á un rumor de canto, impreciso y vago, como de roncas voces de olas distantes; y Miriam apresuró el paso porque era la hora en que el gran sacerdote, desde la puerta de Nachor, bendecía á todo el pueblo de Israel.

Llegó á la puerta, llamada *Hermosa*, que se alzaba sobre gradas de mármol verde, cuyas hojas, laminadas de plata con clavos de oro, se abrían entre haces de columnas que ostentaban en su capitel viejos escudos broncíneos, los cuales conmemoraban las victorias de aquel pueblo en otro tiempo heroico.

Al pie de las gradas Miriam encontró á un grupo de extrangeros; y uno de ellos se acercó y le dijo:

—Somos de Mesenia; y no quisiéramos regresar al Peloponeso sin habernos instruído en la ceremonias del Templo. Podrás decirnos donde queda el Santuario ?

—No podéis entrar—repuso Miriam.

Como el mesenio se mostrase contrariado, Miriam le indicó las severas inscripciones, en griego y en latín, repetidas en todas las columnas sobre chapas metálicas, que prohibían á los extrangeros la entrada bajo pena de muerte.

—En Alejandría—añadió el mesenio—unos mercaderes, á quienes dijéra-

mos que veníamos á Jerusalém, nos hablaron con entusiasmo de la riqueza del Santuario; de la profunda sabiduría de Gamaliel, uno de los miembros del Sanhedrín y de la maravillosa belleza de una mujer, llamada Miriam de Magdala.

—A Gamaliel—le interrumpió Miriam—le hallaréis en la galería de «La Ley»: es un anciano alto y seco como un espárrago, viste túnica azul, y su larga melena es blanca como la nieve.

—Gracias te sean dadas—dijo el mesenio—Ahora dime, ¿dónde podremos ver á Miriam de Magdala?

Miriam dejó escapar su risa, como un gorjeo argentino y fresco; y, sin esperar á que el mesenio insistiese en su pregunta, subió de prisa las gradas de la puerta, apartó el borde de la pesada cortina de Damasco, y pronto se encontró en el extenso atrio de Israel, en cuyo tibio ambiente mezclábanse los perfumes embriagadores de las bellas hijas de Jerusalém, que llenaban el recinto, con el místico aroma del incienso y mirra de los pebeteros.

A Miriam le pareció avistar á Sarah y á Gesira en el otro extremo del atrio y quiso avanzar hacia aquel lado; pero se lo impidió el uncioso recogimiento que súbitamente poseyó á la multitud. Acababan de ser abiertas, con gran es-

trépito, las hojas de bronce de la puerta de Nachor, cuyo amplio vano dejaba ver el Santuario en un maravilloso deslumbramiento de oro y pedrería.

Kaiapha, el gran sacerdote de aquel año, de rostro severo, de luenga barba blanca, como la cabellera que le caía á los hombros, se adelantó descalzo hasta las gradas, con el cascabeleo de las sesenta y dos campanillas de oro que le guarnecían la fimbria de su túnica talar, color de jacinto. Andaba despacio y rígido, como agobiado por el rico pectoral blanco, sujeto á sus hombros con dos rosetones de oro y á su cintura por una faja azul, y en el cual brillaban rubíes, esmeraldas y crisoprasios figurando un gran sol. Llevaba un incensario de oro; y, con manos firmes y seguras, empezó á incensar hacia el lado del Oriente, y luego hacia el lado de Occidente; y, cada vez que se volvía de un lado á otro, la luz rompía en iridiscencias en la pedrería de su mitra y lanzaba destellos el pectoral.

Entre tanto los salmistas, arrodillados en dos hileras, con los rostros vueltos hacia el Santuario, entonaban con voces estentóreas y al unísono:

«Desde el nacimiento del sol
«hasta donde se pone,
«sea alabado el nombre de Jehováh» (1)

1 Salmo, XIII, 3.

En el fondo del Santuario, y de un haz de leña crepitante, empezó á ascender, lenta y espesa, una columna de humo; y luego la llama emergió, alegre y vivaz, con resplandor rojizo. La multitud de mujeres se agitó semejando un mar de ondas polícromas, como sus túnicas, y fulgurantes, como los destellos de sus profusas joyas. Y las voces de los salmistas se exaltaron hasta el delirio.

«Jehováh abre mis labios,
«y denuncie mi boca tu alabanza.
«Dios de mi salud:
«cante mi lengua tu justicia» (1)

Aparecieron los nethelims, de caras sórdidas, con grandes aretes de oro en las orejas, conduciendo bueyes y corderos coronados de flores; y, tras de ellos, los sacrificadores, vestidos con túnicas blancas de mangas arrolladas, armados de cuchillos, espátulas de oro y largos pinchos de plata.

Era la hora del holocausto; y el gran sacerdote se encaminó hacia el tabernáculo. Los salmistas entonaron en un frenesí místico:

«Reinos de la tierra, cantad á Jehováh
«Cantad la gloria de su nombre;
«y decid: ¡Cuán terrible eres en tus obras« [2]

Y con el canto se mezclaba, en un

1 Salmo. LI, 14, 15,
2 Salmos. LXVI,LXVIII, 2, 3, 32.

formidable estruendo, la música de las arpas y tiorbas, el trémulo balido de los corderos y el angustioso mugido de los bueyes.

Luego se oyó un pataleo de las víctimas sobre las mesas de mármol del sacrificio, en torno de las cuales se agrupaban los Levitas, atentos é impasibles en la albura de sus túnicas.

La sangre, rutilante y espumosa, saliendo á borbotones de los cuernos de bronce de las mesas, caía en anchos tazones de alabastro. Y, á la vista de aquella sangre, Miriam sintió una enexplicable repugnancia; y, con paso breve y ligero, abandonó el atrio.

En la puerta Hermosa volvió á encontrar el grupo de mesenios que levantaban tímidamente los bordes de la cortina; y como ya se difundía en el ambiente un fuerte olor de carne asada, uno de ellos exclamó:

—¡ Por Júpiter, qué excitante está la carne del sacrificio !

Miriam siguió de largo; y, al llegar al primer compartimiento, llamóle vivamente la atención un confuso tropel que se había formado en los pórticos. Hombres y mujeres corrían en todas direcciones, como si de pronto hubiera estallado una rebelión: unos lanzaban desaforados gritos, otros alzaban los puños en ademán furioso.

Miriam se acercó á un hombre, vestitido de harapos, que, con el rostro inflamado y los ojos encendidos, gesticulaba airadamente; y le preguntó:

—¿Qué sucede?

El hombre, sin poder sofrenar su ira, le contestó:

—Yo soy un alfarero de Ramak . . Esta mañana traje mis vasijas de arcilla . . Alquilé un puésto fuera del pórtico . . Pagué un siclo de plata . . ¡un siclo de plata! . . Y he aquí que un Rabbí, acompañado de unos doce hombres acaba de volcar las mesas de los mercaderes . . Ha quebrado todas mis vasijas . . ¡todas mis vasijas! . .

—¡Un Rabbí! . . ¿Quién es ese Rabbí?—le preguntó Miriam con ansiedad.

—Un Rabbí de Galilea, llamado Jeschoua.

Miriam, sin esperar á que el pobre alfarero desfogase toda su ira, avanzó hacia el tumulto.

Jeschoua se hallaba en el pórtico, de pié, junto á una columna vestibular, sereno é inmóvil, callado, mirando á lo lejos, más allá de la encolerizada muchedumbre que le rodeaba.

—«¿Quién te dió autoridad para hacer éso?» (1)—le preguntaban, desig-

1. San Mateo. XXI, 23.

nando las mesas volcadas y diversos objetos que rodaban por el suelo.

—« La casa del Señor es casa de oraciones; y vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones» (1)—les contestó, con voz segura y fuerte, con la valerosa actitud de un reformador que había venido, en su misión providencial, á volcar y á echar por tierra las corrompidas instituciones para fundar, sobre cimientos eternos, la ciudad nueva de verdad y de justicia.

Miriam, que se había abierto paso por entre la multitud, se encontró á poca distancia de Jeschoua; y, al fijarse en él, estuvo á punto de lanzar una exclamación de sorpresa. ¿Aquel pobre nazareno, de faz morena y requemada por el sol, de apariencia humilde y vestido con un tosco albornoz de lona, era el Dios que ella esperaba, « de vestidos brillantes como la luz y resplandeciéndole el rostro como el sol »? (2)

Jeschoua se había quedado silencioso, mirando el cielo, con sus ojos ensoñadores de vidente, y parecía recoger en sus pupilas negras y profundas toda la diáfana claridad del espacio. Y, entre tanto, Miriam, que lo contemplaba, veíalo en su ardiente imaginación transfigurado gloriosamente.

---

[1] San Mateo, XXI, 13.
[2] San Mateo, XVII, 2.

Jeschoua posó su mirada tranquila sobre la multitud, que había acrecido con nuevas oleadas tumultuosas; y, extendiendo el brazo derecho, rompió su silencio con voz límpida y pausada.

—« Yo he venido—dijo—á poner fuego en la tierra, como el labrador que destruye la zizaña para que la simiente germine. (1)

« Yo he venido á prometer una vida màs bella y más fuerte (2)

« Yo he venido á anunciar una transformación del muudo por el prodigio inconcebible del amor. (3)

« Yo ho venido á indicar el camino que conduce al reino de Dios que está dentro de la conciencia de los justos. (4)

« Yo he venido á quebrantar el yugo ignominioso que pesa sobre los esclavos y á imponer mi yugo que es carga ligera y suave. » (5)

Algunos publicanos, maravillados de aquellas palabras que parecían hacerse luminosas al vibrar en el aire, murmuraban entre sí:

—« Este verdaderamente es el profeta, que había de venir al mundo » (6)

---

[1] San Lucas, XII. 49.
2, San Mateo, XIX, 28,
3, San Juan, XV, 17.
4, San Lucas, XVII, 21.
5, San Mateo, XI, 30.
6, San Juan VI, 14

—« Jamás hombre habló, como habla este hombre. » (1)

La multitud empezó á agitarse llena de estupor; y los escribas y fariseos gritaron indignados.

—« ¡ Os engaña ! ¿ Por qué lo escuchàis » ? (2)

—« ¡Creéis que de Galilea ha de venir el Mesías? . . . . ¡En Galilea nunca se levantó profeta ! (3) Ni de Nazareth ha salido cosa buena. » (4)

Jeschoua permanecía tranquilo. El sol, que ya tocaba al zenit, prendíale una aureola de luz y su cabeza se erguía majestuosa y radiante, como otro sol en el orto de la libertad humana.

—« Vosotros—les dijo—no podéis oir mis palabras, porque os digo la verdad; y es un lenguage que no entendéis. Pero mi verbo víene á disipar las tinieblas de la ignorancia, para que conoscaís la verdad. La verdad os hará libres. (5)

« Mi verbo es verbo de luz, revelador de una primavera eterna. [6]

« Mi verbo es como el hacha puesta á la raiz de los árboles que no dan buenos frutos. (7)

1, San juan, VII, 46.
2, San juan X, 20.
3, 4. San Juan, vII 41, 52.
5, san Juan, vIII, 32, 43, 45, xII, 46.
6, San Juan, vI, 47.
7, San Mateo, III, 10

« Mi verbo es pan y vida del espíritu; es maná que verdaderamente ha descendido del cielo. (1) No es como " simiente de cilantro, blanco, de sabor dulce como de hojuelas con miel " (2) sino como carne y sangre que fortalecen. Mi verbo da la vida eterna. (3)

« El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán nunca. » [4]

El grupo de fariseos, màs cercano á Jeschoua, profirió:

— « ¡Demonio tiene y está loco ! ¡No le escuchéis ! » [5]

Un escriba, amenazándole con los puños, vociferó:

«—¡Apedreémosle! ¡Apedreémosle!» (6)

Y toda aquella turba, inconsciente y ciega, para quien Jeschoua quería transformar el mundo en un paraiso donde sólo reinasen la justicia divina y la ventura eterna, se empezó á agitar colérica pidiendo también que le lapidasen.

—«¿Qué os he hecho—les dijo Jeschoua—para que queráis apedrearme ?» [7]

Y, como observara que los escribas y fariseos incitaban al pueblo para que

1, 3, San Juan VI, 58, 63.
2, Exodo. XVI, 31.
4, San Marcos XIII, 31.
5, San Juan. X, 20.
6, San Juan. X, 31.
7 San Juan, X, 32.

fuese á buscar piedras, irguióse con majestad sublime y su acento vibró con toda la soberbia del apóstrofe:

—«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que cerráis el reino de los cielos á los hombres; porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar á los que entrarían.

«Ay de vosotros! que devoráis las casas de las viudas con el pretexto de hacer largas oraciones!

«Ay de vosotros! que sois como los sepulcros que están cubiertos, los cuales son desconocidos á los hombres que pasan por encima de ellos!

«¡Insensatos y ciegos! que pagáis diezmo de la hierba buena y del eneldo y del comino, y habéis abandonado las cosas más esenciales de la Ley: la justicia, la misericordia y la buena fé; cuando debierais observar éstas sin omitir aquellas.

«¡Oh guías ciegos! que coláis un mosquito y os tragáis un camello.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que limpiáis por defuera la copa y el plato que por dentro están llenos de rapacidad é inmundicia.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque sois semejantes á los sepulcros blanqueados, los cuales por fuera parecen hermosos, mas por dentro

están llenos de todo género de podredumbre.» (1)

Los escribas y fariseos redoblaron sus gritos en una tempestad de amenazas; y de la turba surgieron algunas piedras que volaron por encima de la cabeza de Jeschoua. Entre tanto éste permanecía inmóvil, sin hacer ningún ademán, revelando en su rostro la amargura infinita de que rebosaba su corazón ante la demencia de aquella chusma ignorante que se rebelaba contra él, que había venido á levantarla del oprobio de las desigualdades sociales para convertirla en los hombres libres y felices de su reino ideal.

«¡Apedreémosle! ¡Apedreémosle!»—repetía, de un extremo á otro, la multitud. Y una piedra pasó rozándole un brazo.

Miriam, impulsada por una fuerza extraña, corrió á colocarse delante de él para prategerle, con las manos extendidas como dos preciosos escudos.

Hubo un momento de estupor en la multitud. Y Miriam, cayendo de rodillas sobre las lozas del pórtico, le secó los pies con las trenzas de su pelo; y luego los ungió con el beso de sus labios.

Después, incorporándose, exclamó:

---

1 San Mateo, XXIII, 13, 27.

—«¡Cuán hermosos son los pies del que trae alegres nuevas, del que publica la paz, del que trae nuevas del bién, del que publica salud, del que dice á Sión: Tu Dios reina! [1]

Jeschoua, en ese momento, aparecía radiante de gozo á los ojos de la multitud. Y los escribas y fariseos, celosos de que en realidad fuera un Profeta, gritaron furiosamente:

—¿Quién es esa mujer que así se burla de nosotros?

Uno de los publicanos se acercó á Jeschoua y le advirtió quedamente:

—«¿Rabbí, no conoces, en el traje, que esa mujer es una cortesana?» [2]

Jeschoua se inmutó; pero recobrando de pronto la serenidad de su semblante, exclamó:

—«En verdad os digo que los publicanos y las rameras os precederán en el reino de Dios.» [3]

La multitud empezó á enfurecerse de nuevo. Y Nicodemus, uno de los miembros del Sanhedrín, que amaba á Jeschoua, se le acercó, y le dijo:

—«Rabbí, sal y vete de aquí, porque los soldados de Herodes te buscan para matarte.» [4]

---

1 Isaias, LII, 7.
2. San Lucas, VIII., 39.
3. San Mateo, XXI, 32.
4. San Lucas, XIII, 31.

Jeschoua, sobrecogido de terror, quiso avanzar; pero la turba, furiosa, le amenazaba como una jauría desencadenada. Miriam, entonces, desprendiéndose el velo, se adelantó hacia el tumulto con el rostro descubierto.

—¡Abrid paso—dijo—al Rabbí de Galilea!

Un clamor inmenso de estupefacción recorrió la muchedumbre.

—¡Miriam de Magdala! ¡Miriam de Magdala!

Y Jeschoua, sereno y resplandeciente, como un dios olímpico, «salió del Templo por en medio de aquella airada muchedumbre que había cogido piedras para tirárselas.» [1]

1. San Juan, X, 59.

LIBRO V.

I

Desolación

De regreso á su casa, á eso de mediodía, Miriam encontró á Thamar que la esperaba en la puerta, impaciente por saber lo que había ocurrido en el Templo, pues el nombre de la cortesana se había extendido, de boca en boca, por toda la ciudad.

Quiso seguir tras de ella, perc Miriam le dijo:

—Quédate, Thamar. Deseo estar sola.

—¿Y si viene alguien ?

—Si viene alguien . . . . Me avisarás...

Y, con paso apresurado, atravesó el patio, que era un pequeño jardín plantado de árboles y arbustos, en cuyo centro cantaba una fuente con el cristalino murmullo del agua, regocijada y libre, cayendo en un ovalado tazón de mármol verde. Dos cisnes, que se alizaban sus

plumas bajo la frescura del agua, la espiaron al pasar; y un pájaro, que se embriagaba de canto y de luz sobre la copa de un granado, que parecía incendiarse al sol, rompió de súbito la laberíntica trama de su gorjeo.

Subió á su alcoba y empujó la puerta que halló cerrada. Al abrirla rechinaron los goznes de bronce, y el estridor metálico se propagó, agudamente, en el silencio. Por la ventana, que había quedado abierta, entraba la claridad del día, blanca y tibia, perfumándose con el aroma de nardo de los pebeteros aún no extintos.

Se quitó el velo que le cubría el rostro; y, durante un momento, permaneció de pie, abstraída, con los párpados bajos. Después lanzó un suspiro, doloroso y profundo, que le levantó el pecho como una onda; avanzó hacia un sillón, y se dejó caer en él dominada por la intensa emoción que la sofocaba. Para aligerarse de la espesa masa de sus cabellos hundió en ellos los dedos y los solivió esparciéndolos sobre la espalda. Luego se comprimió con ambas manos las sienes, porque eran de una infinita pesadumbre sus pensamientos.

—Haber alentado, con todo el fuego de su corazón—pensaba—durante años, y en todo momento, un único y supremo ideal de amor; haber sentido el ho-

rror que sigue al acre hastío y al abominable cansancio de los amores humanos, después de haber arrojado á la voracidad de sus innumerables amantes, como á una propicia hoguera de holocausto, todas las pasiones infernales que la habían poseído; haber acendrado su alma, consumiendo el cuerpo en la zarza ardiente de los placeres, hasta hacerla pura, inmaculada, ingenua, apta para un solo culto de adoraciones inefables; haber sentido todas las vehementes ansiedades de la espera, sin que, en ningún instante, la hubiera dejado de fascinar la hermosa visión de una vida superior, bajo un cielo infinito de venturas; y haber, al fin, gozado la dicha incomparable de encontrarle, bello y radiante como un Dios.... Y todo...¿para qué? . . Para que la dijese, no la anhelada dulce frase de amor que lleva el germen de la esperanza con el júbilo de una promesa halagadora, sinó unas breves palabras que, no obstante haber sonado á música en sus labios, la habían dejado toda la cruel amargura de un reproche:

«Mujer, porque has amado mucho, los pecados te son perdonados.» [1]

Miriam recorrió con la mirada todo el recinto, con una singular expresión de

[1] San Lucas, VII, 48

pavorosa tristeza, como si afuera, de la ciudad magnífica, angustiada y doliente en la secular espera del Revelador anunciado por los profetas, se escapase el hálito de una gran desolación, como de un lugar yermo y trágico, y aquel hálito entrase por la ventana abierta, y se enseñorease del ambiente de la estancia, y á todos los objetos les imprimiese un melancólico tinte de abandono.

Después apoyó el mentón en la palma de la mano y el codo en uno de los travesaños del sillón, presa de una ansiedad indefinible; y sus ojos, fijos, absortos, se dilataban por el supremo esfuerzo de retener, con la impetuosa vehemencia del deseo, su fugitivo ensueño de ventura.

— Haber puesto en un beso—pensaba (y el beso parecía condensarse en una sustancia fluída y luminosa, y hacerse visible en sus labios trémulos)—todo el aliento de su alma virgen, blanca é ingenua, como era en la adolescencia, cuando en plácidas tardes iba á recoger caracoles á la ribera del lago de Genezareth, cuando en fragantes mañanas iba á llenar su cántaro en el cristalino remanso de la fuente, antes de que sus labios defloraran el primer beso en los labios de Lázaro.... Y todo....¿ para qué?.....Para verle alejarse, indiferente, sin volver el rostro, sin preocuparse

de que ella con sus angustiosas miradas le seguía por la miserable callejuela desierta que él, con su presencia, parecía llenar de un maravilloso regocijo, como si, habiéndose tornado más bello y brillante el día, se hubiera esparcido una fiesta de luz en el espacio.

Instintivamente hizo un ademán para separarse un rizo que le caía en la frente, como si aquel leve hacecillo de finas hebras áureas hiciese más grave y doloroso su confuso tropel de pensamientos. Entonces reparó que aún permanecía vestida con su lujoso traje y tenía puestas sus valiosas joyas con las que había querido realzar su belleza á los ojos del Rabbí, como había hecho con sus otros amantes, ricos y voluptuosos. Y de súbito le vino á la memoria el recuerdo de que el Rabbí llevaba una pobre túnica de lona como los pescadores del lago de Genezareth. Este recuerdo, con una fuerza misteriosa, invencible, generó en su alma el propósito de renunciar á su fastuoso lujo, y, en lo adelante, vivir en la pobreza y humildad.

—¿De qué me sirven estas joyas?—murmuró.

Y, como si sintiese que le quemaban la piel, empezó á quitarse y arrojar, con impulsos de arrebato, sortijas, sellos, brazaletes, ajorcas, alfileres, zarcillos y

collares, que fueron á chocar contra los muros y el pavimento.

Después comenzó á gritar:

—¡Thamar! ¡Thamar!

Acudió Thamar y Miriam le dijo:

—Tráeme una túnica de estameña y unas sandalias de cuero.

Thamar la miró asombrada y le preguntó:

—¿Qué vas á hacer, ama?

—A abandonar esta alcoba, donde cada objeto me trae el recuerdo abominable de mis amantes.

Thamar la miró, aún más sorprendida; y luego le habló con ternura:

—¿Sufres mucho, ama?..¿Por qué me ocultas tus dolores? . .

—Amo y sufro mucho, Thamar.

Los ojos de Thamar se humedecieron de lágrimas.

—¡No te vayas!—le dijo—¿Ya no me quieres?..¿Quién te vestirá como yó?.. ¿Quién te pondrá los afeites para que aparezcas más bella?....¿Quién de noche te arrullará como á una niña pequeñuela? . . ¡No te vayas!

—Me voy, Thamar . . Lo que siento es como una flama ardiente que penetra en mis carnes; y me moriría si no me refrescase el hálito suave que de él emana.

—A donde tu vayas quiero ir—prorrumpió Thamar—¡Llévame contigo!

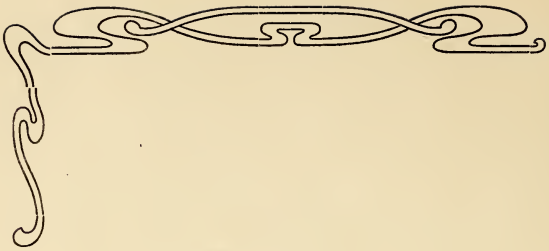
—Te llevaré. Tú y yó seremos sus esclavas.

—¡Esclava tú!—exclamó Thamar retrocediendo de estupor.

—¡Ya que no soy reina, ya que no soy diosa, seré, Thamar, su esclava!

Thamar salió enjugándose las lágrimas con una manga de su túnica.

Al quedar sola, Miriam, sofocada y convulsa, se revolvió en el sillón desesperadamente; y estalló en sollozos, con la cara oculta entre las manos, bajo el oro de su cabellera destrenzada.



II.

Judas y Miriam

—

Miriam seguía sollozando, con la cabeza echada hacia atrás sobre el espaldar del sillón, cuando entró Thamar; é irguiéndose, con el rostro enrojecido por el llanto, le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Traigo la túnica y las sandalias.

—Déjalas en ese escabel.

—¿Además?

—¿Qué?....

—El mercader ha venido.

—¿Qué mercader?

—Judas, el mercader de Keriot.

—Otra vez ese mercader!..

—¿Le digo que no puedes recibirle?

—No; al contrario, dile que entre.

La esclava salió.

Miriam se enjugó las lágrimas; y, después, se encaminó á la ventana abier-

ta para que el aire de fuera le disipase las huellas del llanto.

Los blancos edificios de la ciudad centelleaban á los oblicuos rayos del sol, que declinaba, arrebolando, con finas cenefas de oro, algunas nubecillas de nácar, inmóviles en el cielo occidental. Abajo, por la calle, pasaban escasos transeuntes. Un anciano, envuelto en un largo albornoz, marchaba á paso lento y majestuoso, con una obscura filacteria atada á la frente. Una mujer, de manto gris, caminaba de prisa. Y algunas aves caseras picoteaban en la arena de la calle.

Miriam, á un ruído de pisadas, volvióse hacia el interior de la alcoba; y vió, de pie en el umbral, al desconocido, en cuyo rostro rubicundo, de nariz aguileña y barba taheña terminada en punta, relampagueaban unos ojos astutamente felinos. Vestía una blanca túnica galilea.

Miriam se puso á mirarle atentamente, sin disimular el extraño sentimiento de repulsión que le inspiraba. Pero de improviso recordó haberle visto en el Templo, en compañía de Jeschoua, y, avanzando hacia él, llena de júbilo, le preguntó:

—¿Dónde está Jeschoua?

Judas de Keriot, visiblemente contrariado, balbuceó:

—¿El Rabbí? . . . Debe de hallarse en Bethania . . . ó en Gethsemani . . .

—¿Vienes de parte de él? . . . ¿Es verdad? . . . –preguntó Miriam con ansiedad.

—No . . . Nada sé del Rabbí.

El rostro de Miriam se cubrió de ligera palidez; y, apoyando el brazo en el espaldar del sillón, se quedó pensativa.

Hubo una pausa larga en medio de un silencio profundo.

Miriam, como en sueño, preguntó:

—Habla . . . ¿Qué quieres? . . .

Judas de Keriot dió unos pasos hacia ella, vacilante, indeciso; y luego penosamente profirió:

—Verte.

—¿Verme? . . . Pues ya lo has hecho—repuso Miriam en tono desabrido.

Judas la miró como en éxtasis.

—¡Qué hermosa eres!—exclamó con voz anhelante.

—Lo sé;–le dijo Miriam con frialdad–muchos me lo han dicho antes que tú.

La ingenua franqueza con que habló Miriam alentó á Judas.

—Pero antes—la dijo—nadie te ha amado como yó, Miriam . . . Ninguno de tus amantes ha sentido por tí lo que yo siento ahora.

Miriam nada repuso; permaneció impasible, indiferente, atónita; apenas si las miradas ardientes y las apasionadas palabras de Judas le produjeron una leve movilidad en los ojos.

—Yo soy de Keriot—continuó Judas, después de un intervalo—en donde ricos mercaderes han pregonado la fama de tu singular belleza . . . Yo no soy un rico mercader. No traigo para tí, ni alfombras de Mileto, ni costosas pieles del Quersoneso, ni polvo de oro de la Cólquida, ni piedras preciosas de la India, ni hermosas perlas de Serica, ni perfumes de Arabia, ni marfil de Africa. Soy un pobre mercader de cereales, que ardía en irresistibles deseos de conocerte. Para adorarte me forjé una imagen de tanta perfección y hermosura que he pasado muchas noches contemplándola con el mismo fervor con que se adora á una divinidad, de la cual se espera la gracia de dones propicios. Contemplándola se apoderaba de mí una especie de embriaguez inefable; y me decía: Así debe ser Miriam, ya que no hay nada más perfecto que su belleza sobre la tierra.

Miriam se sobresaltó; y, al fijar nuevamente la mirada en Judas, un brusco movimiento de horror le recorrió todo el cuerpo. Le parecía encontrar en las dilatadas facciones de aquel hombre los

gestos lascivos,—sucediéndose en rápidas trasmutaciones,—de sus innumerables amantes, que estuvieran recordándola sus abominables placeres.

—Ah! si supieras cuánto he pensado en tí!—continuó Judas, con acento de ternura—Pero te veía tan alta como un astro, y tan ideal y tan bella, que me decía: Pobre guzanillo que te arrastras por el suelo, cómo quieres subir á las estrellas?.....

Miriam, sintiéndose desfallecer, como acometida por un vértigo, se apoyó fuertemente en el sillón.

Judas continuó:

—Y como pasase los días y las noches embargado por el anhelo de conocerte, hice el propósito de venir hasta aquí; y, una mañana, salí de Keriot para ir primero á Caphernaum. Al llegar, me extrañó ver que toda la gente de la ciudad discurría por las calles. Deseoso de saber cual era el motivo de tanto regocijo, pregunté; y me dijeron que allí se encotraba un Rabbí de Nazareth, á quien unos llamaban Hijo de David, y otros Hijo de Dios.

Miriam se estremeció; sus ojos se dilataron grandemente; y, sin poder reprimir su emoción, balbuceó.

—¡Hijo de David! ¡Hijo de Dios!

Judas continuó, halagado por la aten-

ción con que parecía escucharle Miriam:

—La felicidad que yo anhelaba era inmensa y necesitaba un poder superior que me infundiese fuerza para llegar á alcanzarla. Y como de él se refería muchos prodigiosos milagros: que daba vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, oído á los sordos y vida á los muertos, yo fuí á pedirle, Miriam, que hiciese el milagro de dar alas á este pobre guzanillo de la tierra para subir á las estrellas.

Miriam callaba, con la cabeza erguida, el busto derecho, mirando lejanamente, con los ojos fijos, inmóviles, anegados en un vapor de ensueño.

—Le hallé en la plaza de la Sinagoga —continuó Judas—Rodeábale una multitud de gente que se rogocijaba oyendo sus palabras. Y, sea porque adivinase mi pensamiento, al verme, se adelantó á mí, y me dijo: «Sígueme. He aquí que vamos á Jerusalem». Y me encarecía de tal modo las fruíciones y deleites que se disfrutaban al poseer el reino de los cielos, que me parecía que me hablaba de la bienaventuranza de tu amor, Miriam.

Judas, después de un corto silencio, dijo:

—Recorrimos muchas ciudades y al-

deas; y, hubiera encontrado largas las horas é interminables las jornadas, sino es porque me parecía ver tu imagen en el astro hermoso y brillante, que, fulgurando en el Oriente, guía á los peregrinos en las soledades del desierto.

Después añadió:

—Ya ves cómo el pobre guzanillo ha llegado hasta aquí. Y, al contemplarte ahora, con los ojos ofuscados por la divina claridad que despide tu rostro, encuentro que la realidad de tu belleza excede á cuanto ha divulgado la fama, y hasta á la perfecta imagen que me había formado de tí.

Judas, viendo que callaba, se atrevió á avanzar hacia ella; y, en tono de súplica, le dijo:

—¡Miriam!.....¡Te amó!

Miriam le detuvo con un gesto de enfado.

—Has venido á verme,—le dijo—y lo hás hecho; has hablado cuanto has querido, y te he escuchado. Ya debes darte por satisfecho. Vete.

Judas se turbó, como si, de improviso, se viera amenazado por un rudo golpe. Luego dijo:

—¡Irme, Miriam!....¿Qué has dicho?

—¡Vete! repitió Miriám golpeando con el pie el pavimento.

—! Irme ! -dijo Judas-¡ Si quiero ser las sandalias que pisas para sentir la suave presión de tus piés ! ¡Si quiero ser la túnica que te envuelve para embriagarme con el perfume de tu cuerpo; ó cualquiera de esos objetos que tocas con tus manos ó acaricias con tus ojos !

—¡ Vete !—repitió Miriám llena de impaciencia..

—¡ Irme—repitió Judas apasionadamente—! Deja que sea uno de tus esclavos ! . . . . Seré el más fiel. Estaré atento á todos tus caprichos. Cuando me llames, iré arrastrándome, si quieres, contra el suelo con tal que pueda volver el rostro hacia arriba para mirarte; y, cuando ya no me necesites á tu lado, me arrojarás á puntapié, y. . . . ¡seré dichoso ! porque, en tanto que tu creas que me has hecho daño, á mí me parecerá que me has acariciado.

Y, mientras así hablaba, se había ido acercando poco á poco; y llegó á rozar levemente su mano con la que Miriam tenía apoyada en el sillón.

Miriam, al sentir aquel roce, se irguió imperiosa, colérica; y exclamó:

— ¡ Te atreves á tocarme !

Judas bajó el rostro, como avergonzado de su acción, y dijo humildemente:

—Era para besártela. . . .

—¡Para besármela !—gritó Miriam!—

¡No quiero! ¡ Vete ! ¡ Siento horror de tí !

Judas retrocedió, lívido, como si hubiera recibido en el rostrouna bofetada.

Y, Miriam mordiéndose los labios, le lanzó estas palabras:

—¡ El beso de tus labios me daría asco !

Las facciones de Judas se contrajeron; y un terrible fulgor relampagueó en sus ojos, bajo las pobladas cejas, como si aquellas palabras hubieran generado en su alma un instinto fiero.

—¿ Qué esperas ?—dijo Miriam—¡ Vete, si no quieres que llame á mis esclavos para que te arrojen á palos !

Judas, con el rostro inclinado y crispados los puños, llegó hasta el umbral; allí se detuvo; y, antes de alejarse, lanzó una mirada sobre Miriam, relampagueandole los ojos con fulgor siniestro.

III.

¡Maldito seas!

Judas de Keriot, al salir de casa de Miriam, se detuvo en el umbral, junto á una de las columnas de mármol, con los brazos cruzados, y con los ojos vagamente fijos en el interior del vestíbulo. Luego se puso á mirar de un lado á otro, con la irresoluta actitud de un sonámbulo que, ofuscado por una viva claridad, acaba de despertar repentinamente. Después pareció recoger sus pensamientos, dispersos por la turbación que le poseía.

Hablaba consigo mismo:

—¿Qué invisible cadena me tiene atado á esa mujer?.... Quiero alejarme, huír, y siento una fuerza irresistible que me atrae hacia ella . . Me parece que, emanado de su belleza, ha entrado en mi alma un espíritu maléfico que me enloquece . . . . ¡La amo, la deseo,

quiero poseerla! . . . . Su desprecio, en vez de extinguir la llama infernal en que me siento arder desde que mis ojos la han visto, ha sido un nuevo incentivo para convertirla en una terrible hoguera que me consume . . ¡La amo, la deseo, quiero poseerla!

Judas, retorciéndose los brazos, lanzó una mirada de fuego hacia el interior del vestíbulo, y barbotó:

—¡Miriam! ¡Miriam!

Y, como si hiciera un poderoso esfuerzo, empezó à andar, con el rostro bajo, caída en el pecho la barba, los ojos extraviadamente dilatados, y contraído el ceño. Marchaba tan ensimismado que no se daba cuenta de los tropezones con los transeuntes; de los gritos desaforados de los vendedores; ó de la brusca salida de los parroquianos de tiendas y tabernas.

La idea de que Miriam amaba á Jeschoua le había asaltado de improviso, aferrándosele fuertemente en el espìritu. Evocó la reveladora ansiedad con que ella le había preguntado por él. Y en torno de esa idea que le conturbaba, torturándole con el escozor de los celos, arremolinàbanse vertiginosamente una multitud de angustiosas interrogaciones.

—¿ No había sido la escena, de aque-

lla mañana en el Templo, efecto de un irrefrenable trasporte de pasión? . . . ¿No la había visto besarle los piés? . . Ciertamente que las matronas y doncellas de Galilea le habían besado la túnica, las manos, y aún el rostro. . . . Sinembargo.....¡aquel beso! . . La había visto temblar de lascivia, y á Jeschoua estremecerse de gozo....¿Y si ella, en verdad, amaba á Jeschoua, éste á su vez, la amaba también ?. . .¿La había conocido en otro tiempo?.....¿Había sido su amante?.....¿En dónde?... ¿En Magdala quizás?.....

Había tomado por una calle, flanqueada de altos edificios, que las reverberaciones del sol sumían en una especie de soporoso amodorramiento. Al encontrarse frente al nuevo palacio de Herodes, cuyo amplio peristilo, todo de mármol luciente, remataba en la figura broncínea de una loba romana, aligeró el paso, mirando con recelo á los centuriones que, echados en el enlosado pavimento, jugaban á la taba. Arriba, en las terrazas circundadas por balaustradas deslumbrantes de oro y mármol, asomaban otros centuriones de fiero continente, armados de venablo, y con cascos vistosamente empenachados de plumas de avestruz. En seguida, Judas entró á una espaciosa plaza cuadrangular, poblada de olmos y sicomoros, á la que el

acueducto suministraba abundante agua límpida, que conservaba en un perpetuo primaveral esplendor sus amenos bosquecillos de flores, en los que se agrupaban bandadas de palomas. Indeciso se detuvo, sin querer aventurarse por una cualquiera de las varias callejuelas que desembocaban á la plaza; y, rato después, se acercó á un transeunte, elegantemente vestido con una rica túnica de lana de Frigia, que marchaba absorto en la lectura de una de las anchas tiras de pergamino que llevaba atadas en el brazo.

—Qué la paz sea contigo—le dijo Judas.

El transeunte, que era un noble mancebo de aristocrática estirpe sacerdotal, apartó la mirada del pergamino; y, fijando con altivez sus claros ojos en Judas, para cerciorarse de la condición social del que tan inopinadamente le había interrumpido la lectura, profirió con disgusto:

—¡Imbècil!

—¡Jehovah es grande!—dijo Judas, con tono de invocación y haciendo un vago ademán hacia lo alto.

—¿Qué deseas?

—¿Podrás decirme que calle tomaré para salir de la ciudad por el camino que conduce á Bethania?

—Toma por esa calle de la derecha; y, cuando hayas llegado á la torre Mariana, cruzarás á la izquierda.

—Gracias, amigo.

Judas iba á continuar su camino cuando de pronto se sintió asido por la manga de la túnica; y al volverse, se encontró baja la mirada escudriñadora del mancebo, quê le preguntó:

—¿Eres de Nazareth?

—No.

—¿De dónde eres?

—Soy de Keriot.

—Cómo te llamas?

—Judas.

El mancebo pareció reflexionar; y después dijo:

—¿Conoces á ese Rabbí de Galilea que esta mañana, en el Templo, formó un gran escándalo?

Judas se turbó; y, con voz insegura, repuso:

—No lo conozco.

—¿Cómo es que siendo tú de Keriot no conoces á Jeschoua de Nazareth?

La turbación se hizo más visible en el rostro de Judas, delatándolê á los ojos perspicaces del mancebo, que, comprendiendo que mentía, se apresuró á decirle:

—Nada receles, Judas.

Y, tomándole familiarmente por el brazo, le condujo á uno de los ángulos de la plaza, que un frondoso sicomoro sombreaba; y, en voz baja y cautelosa, le dijo:

—Jehovah te protege.

—¿ Por qué ?

—Porque puedes alcanzar altos honores y grandes riquezas.

Judas dió un paso hacia atrás lleno de asombro.

—¡Cómo!

—Se te ha presentado la ocasión.

—¿ Cual ?

—Haciéndote grato á Herodes Antipas, nuestro augusto Tetrarca; à Elio Lamma, Legado Imperial; á Pontius, nuestro ilustre Pretor; y al Sanhedrín, del cual es miembro, docto y magnánimo, Gamaliel, mi venerado protector.

Judas, cuyo asombro iba en aumento, le preguntó:

—¿ De qué manera ?

Como á la sazón pasaban algunos transeuntes, el mancebo se inclinó para decirle al oído.

—Entregando al Rabbí.

Judas retrocedió horrorizado.

—¡ Entregarle!....¿Qué quieres decir ?

—Nada temas—le dijo el mancebo, al ver que se estremecía de espanto.

Después de un intervalo de silencio, continuó:

—Escucha, Judas. Los siervos de Kaiaphas, el sumo sacerdote, buscan una oportunidad propicia para prenderle; lo que hasta ahora ha sido imposible por temor de que el pueblo se insurreccione incitado por los discípulos y la multitud de gente que le rodea. Si, como lo adivino, eres uno de sus discípulos, podrás estar en acecho, de cuando el Rabbí se encuentre solo, para entregarle.

Judas bajó la cabeza. En sus convulsas facciones se reflejó, con resplandor lívido, la tormentosa lucha de sus pensamientos.

—¿Aceptas?—le preguntó el mancebo.

Hubo un silencio largo.

De improviso su semblante cambió de aspecto; y, con voz ansiosa, le preguntó:

—¿ Dices que seré muy rico ?

—No sólamente rico—le aseguró el mancebo—sino que trocarás, por otra elevada, tu posición humilde y precaria; y tendrás, á tu arbitrio, entrada en nuestros palacios, asiento en nuestros banquetes y las primeras sillas en las Sinagogas. Di, ¿ aceptas ? . .

Judas volvió á quedar abstraído, inmóvil. El recuerdo tentador de Miriam le asaltó de súbito. Le alagó la idea de que siendo rico y poderoso llegaría á verla rendida de amor á sus pies. Y, luego, el escozor torturante de los celos, producidos por la sospecha de que ella amaba al Rabbí, acabó por vencer todos sus escrúpulos.

Con voz firme y segura contestó:

—Acepto.

Los ojos del mancebo se animaron de gozo; y, poniéndole afablemente una mano en el hombro, le preguntó:

—¿Cuándo darás comienzo á tus pesquizas?

—Ahora mismo.

—Pues bien, Judas, al presentarse la ocasión, vendrás á esa casa—dijo el mancebo indicándole con la mano una mansión de aspecto severo, que se alzaba á un extremo de la plaza, y por cuyo amplio pórtico de granito se veía un vasto patio en que los plátanos y las palmeras ostentaban el fresco verdor de sus hojas.

—¿Quién vive en esa casa?—preguntó Judas.

—Gamaliel—repuso el mancebo.

—¿Y que tendré que hacer allí?

—Preguntarás á los esclavos, quecustodian la entrada, por Saulo de Tarso.

—Saulo de Tarso—repitió Judas como si quisiera grabar este nombre en su memoria—¿Quién es ése?

—Soy yó—repuso el mancebo.

—Está bien—dijo Judas—¿Y el dinero?

—Lo recibirás tan luego como Jeschoua se encuentre preso en uno de los calabozos de la torre Antonia.

—¿De quién lo he de recibir?

—Yo mismo te lo entregaré.

Judas le miró á la cara y guardó silencio.

—¿Desconfías de mí?—le preguntó Saulo—Aqui tienes mi mano.

Judas estrechó suavemente aquella mano, blanca y delicada, en cuyos dedos brillaban hermosas esmeraldas.

Después se separaron.

Judas tomó la calle que le había indicado el mancebo; y, largo rato después, dejando á la izquierda la torre Mariana, entró por una angosta callejuela.

Cuando hubo llegado á la puerta del Pescado, unos mendigos, que, á la sombra de la muralla, se arrastraban por el suelo, cubiertos de pieles y de informes harapos, empezaron á gritarle, agitando sus enjutos brazos desesperadamente.

—¿Dónde está el Rabbí que hace milagros?

— ¿ Dónde está el Rabbí que hace milagros ?

—¡ Ten compasión de mí que estoy paralíctico !

—Mírame estas llagas !

—¡ Mira que no puedo caminar !

—¿ Dónde está el Rabbí ?

—¿ Dónde está el Rabbí ?

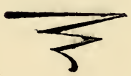
Y, como vieran que Judas avanzaba sin preocuparse de sus lamentaciones, los mendigos prorrumpieron furiosos:

—¡ Fariseo, Maldito seas !

—¡ Maldito seas, fariseo !

—¡ Maldito seas !

—¡ Maldito seas !



LIBRO VI.

I

«Lloró sobre la ciudad» (1)

Jeschoua, al salir furtivamente de la ciudad, en compañía de Kephas y de Joan, el más viejo y el más joven de sus discípulos, se dirigió á sentarse, junto con ellos, á las ruínas de un antiguo túmulo, de que sólo quedaba un montón de piedras musgosas y ennegrecidas por la intemperie, sobre las que un grupo de cipreses centenarios derramaba la doliente melancolía de sus follajes broncíneos.

Mientras Kephas y Joan, á quienes el miedo tenía recelosos, observaban á los que entraban ó salían por la puerta de Ephraim, confundiendo, á las veces, á pacíficos transeuntes con legionarios romanos, Jeschoua, en cambio, absorto en sus pensamientos, inmóvil, con los ojos anegados en un tenue vapor de

[1] San Lucas, XIX, 41.

lágrimas contenidas, miraba vagamente á lo lejos.

El valle de Bethphage, bajo el dominio de una florida primavera plenísima de perfume, se extendía inundado de sol, ostentando, como en una gama infinita, todas las tonalidades del verde: desde el verde obscuro y violáceo de las frondas espesas hasta el verde claro y esmeraldino de los oteros cubiertos de hierva. En el monte de los Olivos los dos gigantescos cedros que, superando á los otros árboles, coronaban la cumbre con la pomposidad de sus cimas, se destacaban vigorosamente sobre un cielo fulgurante y azul. Próximos y distantes se oían alegres gorjeos de pájaros; agudos y estridentes cantos de cigarras; balidos de ovejas descarriadas y mugidos de bueyes. Y, en medio de aquel ardoroso regocijo vernal, emergía, de un cercano patio poblado de naranjos y limoneros, el chirrido lastimoso de un molino, lento y pausado, denunciando el cansancio del esclavo que lo movía.

Jeschoua meditaba. De súbito una llamarada interna le iluminó el rostro; sus facciones se animaron con ardor febril; sus ojos centellearon como poseídos de una portentosa visión deslumbradora; y todos sus pensamientos parecían desbordarse por sus labios trémulos, y salir á pregonar, con la impetuosidad

de un grito apasionado y vehemente, el advenimiento de su reino ideal.

Y, cuando sus pensamientos, como una fúlgida theoría de paladines triunfales, arrebatados de anhelos heroicos, se iban por ciudades, y aldeas, y montes, y valles, bajo el zafir de cielos infinitos, se oyó de pronto, como un sordo trueno présago de tormenta, un más fuerte y dilatado clamor de la multitud que él había dejado aglomerada en los pórticos del Templo.

Evocó aquella multitud, densa y formidable, como un monstruo de innumerables cabezas de víboras, vomitando el tósigo de sus iniquidades por toda la faz de la tierra. Abrumado, por un desaliento profundo, doblegó su pálido rostro, como un lirio á una racha de viento irresistible. La ansiedad y la pena volvieron á dominarle de improviso. Un pliegue, en el entrecejo, nubló la serenidad de su frente; y otro pliegue puso acerbidad en sus labios, en los que aquel su infinito amor por todos los seres y por todas las cosas había colocado un rico panal para que, con sus palabras, fluyese exquisita miel de ternura, inagotablemente. Sus manos, milagrosas y bellas, descansaban sobre las rodillas, como fatigadas de preparar, con harina de justicia, pan de vida, y, con el jugo de una vid generosa, que brota-

ba de su corazón, vino de gozo, para que, en fraterna ágape, se saciasen todos los que no hubieren probado sino «pan de aflicción y agua de angustia.» Y su mirada, vaga y triste, parecía ir en pos del resplandor fugitivo de un inmenso sueño de gloria desvanecido.

Un suave soplo de brisa removió el follaje susurrante de los cipreses haciendo más benigno el tributo de su sombra piadosa sobre la augusta cabeza del pobre y abatido visionario. Y algunas hojas secas, desprendidas del follaje, rodaron, como lágrimas de duelo, sobre las musgosas piedras tumulares.

Jeschoua miró á Kephas y á Joan sentados en el césped; y, adivinando el temor que los inquietaba, les dijo, con un tono de reconvención amarga, y como haciendo un penoso esfuerzo al proferir las palabras:

—«Hay algunos de vosotros que ya no creen en mí, y me abandonan.» [1]

Y, en seguida, con un ligero temblor de voz en que se revelaba toda la intensa pesadumbre de su espíritu, añadió:

«—Queréis, vosotros, iros también?» [2]

Kephas, el más fiel de sus discípulos, irguiendo su encanecida cabeza, respondió:

1. San Juan, VI, 64.
2. San Juan, VI, 67.

—« Rabbí, si te abandonamos, ¿á quién iremos que nos hable del reino de Dios? [1] . . . He aquí que todo lo hemos dejado, y te hemos seguido. » [2]

Y Joan, el predilecto, se incorporó prontamente; y, sentándose á los pies de Jeschoua, le dijo:

—« Rabbí, nosotros creemos que tu eres el Mesías, el hijo de Dios viviente » [3]

En aquel momento, un sonido de bocina partió de la torre Antonia, con estridor soberbio, que repercutió en la muralla de la ciudad haciéndola vibrar como un sonoro tímpano. Luego, á la vez, todas las torres respondieron con el estruendo insólito de sus trompas metálicas, que dilatóse en el aire y se extendió por el valle como un vasto vuelo de águilas caudales.

Jeschoua se estremeció de terror, como si todo aquel estruendo se hubiera condensado y estallado amenazante sobre su cabeza. Levantó la mirada hacia la muralla; y, al ras de ella, vió la techumbre y las terrazas del Templo que irradiaban al sol con un fastuoso deslumbramiento de mármol. Una columna de humo ascendía, lenta y gris,

---

1. San Juan, VI, 68.
2. San Marcos, X, 28.
3. San Juan, VI, 69.

desvaneciéndose, con la misticidad de una plegaria, en el espacio luminoso.

Jeschoua, más pálido que antes, sintióse desfallecer. El había venido á traer el bién de todos; á poner los cimientos eternos de la ciudad futura, de la Jerusalem de paz y harmonía, en la que no hubiese opresores, ni oprimidos, ni privilegiados por la fortuna, ni estigmatizados por la ignorancia y la miseria; ciudad de igualdad y de ventura, en donde todos los hombres viviesen como hermanos. Y había sido ese mismo pueblo, inconsciente y cruel, cuya redención predicaba, el que le había tratado como un malhechor y había querido ahogarle en el oleaje de sus injurias y amenazas.

—« ¡ Jerusalem ! ¡ Jerusalem!—exclamó—¡ Tú que matas á los profetas y apedreas á los que son enviados á tí ! ¡ Quise venir á reunir tus hijos, como el ave reune á sus poyuelos debajo de las alas, y no has querido !» [1]

Su semblante tomó una expresión de angustia; toda su amargura subió á su garganta en un sollozo; y, apoyada en una mano la mejilla, derramó lágrimas de infinita tristeza. Aquellas lágrimas rodaron por el rostro; fulguraron, como líquidas perlas, en el extremo de su barba

1. San Mateo, xxiii, 37.

nazarena; y cayeron, como rocío del cielo, sobre las piedras musgosas, menos desoladas que las ruínas de sus grandes ilusiones.

Kephas, conmovido por aquel llanto, se acercó á Jeschoua, y, con voz paternal y cariñosa, le habló de sus pintorescas comarcas de Galilea; de la sencilla gente de Caphernaum, donde él, el Rabbí bueno, era amado y agasajado; y de los cortijos y aldeas, por donde había sido llevado en medio de una fiesta continua.

Joan, reclinando su hermosa cabeza de adolescente, opulenta en crenchas negras, en la rodillas de Jeschoua, le recordó, con acento de ternura, aquel su lago risueño de ondas glaucas y rizadas, en cuya ribera, siempre que él hablaba, todos los que le oían saboreaban el aire, como si, al brotar sus palabras, miel y leche destilasen sus labios; le recordó las veces que les había ayudado, á él y á su hermano Santiago, á echar la red, que luego sacaban tan cargada de peces que la red se rompía; y le recordó sus travecías á la ribera opuesta para ir al país de los Garadenos, ora en serenas noches plateadas de luna, ora en alegres días dorados de sol. ¿Porqué, si aquella ciudad le era hostil, no regresaban á la hospitalaria y querida Caphernaun?

Y el juvenil rostro de Joan se animaba, como acariciado por la fresca brisa

que se humedecía en la superficie de su lago distante.

Jeschoua, entre tanto, permanecía silencioso y meditabundo, con los ojos dolorosamente fijos en los blancos edificios. Se imaginaba encontrarse de nuevo en el pórtico del Templo, rodeado, ultrajado y amenazado por todo un pueblo en que fermentaba la levadura del intransigente dogmatismo de los escribas y fariesos . Volvía á verse solo, aislado, impotente para arrostrar la furia de aquella innoble marejada del inmenso mar humano; y luego volvía á ver—embargado por el mismo estupor que le produjera su aparición inesperada y súbita—á aquella impúdica cortesana que, arrodillada á sus pies, con las manos tendidas hacia él, ofrecíale, en su ademán protector, toda la piedad y todo el amor de que carecía el alma envilecida de la rabiosa muchedumbre. ¿Quién era? ¿De qué cualidades prodigiosas estaban dotadas sus manos, blancas y delicadas, que, á un tiempo, parecían frágiles, como dos lirios, y fuertes, como dos escudos? ¿En qué divina flama, encerrada, como la luz de la parábola, en vaso de belleza, se encendieron sus ojos para que irradiaran un fuego irresistible en medio de la dulzura que emanaba de sus rubias pestañas? ¿Y de qué aura prestigiosa se envolvía para que su nombre

fuera aclamado, unánimemente, como en un triunfo? Y, mientras en su imaginación volvía á oir la tempestad de gritos aclamadores que se extendió, de un extremo á otro de la multitud, como una onda sonora, repitiendo: «¡Miriam de Magdala! ¡Miriam de Magdala!»; y volvía á ver el rostro tentador y bello de la cortesana, circundado del nimbo de oro de sus cabellos; y volvía á sentir el cálido aliento de aquel beso que desde los pies le ascendiera como un sutil fluído de encanto dulce y raro, tuvo un vigoroso sacudimiento de todo su sér; una suprema exhaltación de su hermoso ideal, llevado por sobre las vertiginosas sumidades de las aspiraciones humanas; y su voluntad, decaída y doliente, readquirió de improviso todos sus atributos de potencialidad divina.

Se puso en pie. El sol oblicuo le hirió de frente, y su faz transfigurada diríase otro sol glorioso que alumbraba horizontes infinitos. Y, con su verbo solemne y profético, exclamó:

—«¡Oh, hija de Sión! En verdad te digo que desde ahora no me verás hasta que digas: ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!» (1)

Kephas, creyéndole fuera de sí, hizo un ligero movimiento de cabeza; y, con

1, San Mateo. XXIII, 39.

voz que tradujo su profundo desaliento, le dijo:

—«Rabbí, ahora poco procuraban apedrearte; y piensas volver allá?» (1)

—«No, no es tiempo todavía, Kephas» (2)—se apresuró á responder Jeschoua.

Joan, de imaginación quimérica, le interrogó con ardor juvenil.

—« Rabbí, ¿ cuándo será éso ? » (3)

Jeschoua, tras de un breve espacio de silencio, les dijo:

—«Cuando veis asomar una nube del poniente, inmediatamente decís: agua viene, y es así. (4)

«Cuando sopla el Austro, decís: calor hará, y así sucede. (5)

«Cuando las ramas de la higuera están ya tiernas y echan hojas, conocéis que el verano está cerca. (6)

«Pues bien, para que todo lo que os he prometido se cumpla, es menester que se levante en guerra nación contra nación y reino contra reino; que haya peste, desolación y hambre; y que se conmueva la tierra con los dolorosos desgarramientos con que se anuncia la

---

1, San Juan. XI, 8.
[2] San Juan VII, 6
[3] San Lucas. XXI 7
(4) [5] San Lucas XII, 54 y 55
(6) San Marcos XIII, 28

natividad en las femeniles entrañas fecundadas. (1)

« Y, después de toda suerte de calamidades, será necesario que un flamígero relámpago, cruzando de Oriente á Occidente, rasgue el cielo, y caigan, como rutilantes estrellas, todas las virtudes. Entonces llegará el día en que impere el reino de Dios sobre la tierra, » (2)

» ¡ Y tú, Jerusalem, serás derribada; y no quedará de tí piedra sobre piedra» (3)

Kephas, cuyo bondadoso rostro patriarcal había tomado una expresión de asombro, juntando sus manos profirió:

—« ¡ Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo ! » (4)

« ¡ Bienaventurado eres Kephas, hijo de Jonás — le dijo Jeschoua — Tu fé será la piedra fundamental de mi obra.» [5]

Joan había caído en un inefable arrobamiento, como si ya pasara sobre su juvenil cabeza el soplo ardiente de sus revelaciones enigmáticas; y dijérase que sus ojos extáticos contemplaban «en un cielo abierto, siete candeleros de oro; y en medio de aquellos siete candeleros, al Hijo del hombre vestido de una ropa talar, ceñida al torso con un cinto de oro;

[1] [2] [3] San Mateo XXIV, 26, 8, 27, 29
[4 5, San Mateo *XVI, 16, 17*

su cabeza, y sus cabellos blancos como lana blanca, y como nieve; y sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes á latón finísimo, cuando está ardiendo en un horno; y su voz como el ruído de muchas aguas; y su rostro resplandeciente como un sol en todo su esplendor» [1]

En la ciudad se oyó un más fuerte estrépito de la muchedumbre que se desbordaba por las calles como un caudaloso torrente.

Jeschoua, entonces, les dijo;

—«Yo soy manso y humilde. (2)

»Habéis oído que fue dicho á los antiguos: Ojo por ojo y diente por diente. (3)

«Yo os dije: No opongáis resistencia á la injuria, antes bien, si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale la otra; si alguno quisiere ponerte á pleito por quitarte la túnica, alárgale la capa. (4)

«Ahora os digo: El que no tiene espada, venda todo lo que tiene para comprarla; [5] porque yó no he venido á traer la paz, sino la guerra.» (6)

1, Apocalipsis *I, 12' 13, 14, 15, 19*
2, San Mateo, *XI, 29*
3, San Mateo *V, 38*
4, San Mateo *V, 39, 40*
5, San Lucas *XII, 36*
6, San Mateo *X, 34*

Y, con un ademán terrible, añadió:

—¡ Ay de tí, generación de víboras ! » (1)

--« ! Rabbí—dijo Kephas—preparado estoy á ir contigo á la cárcel, y aún á la muerte» (2)

—« Rabbí—dijo Joan—yo te seguiré á donde quiera que fueres.» [3]

Los pastores, que se habían ido á vender sus ovejas al Templo, ya aparecían de regreso á sus tiendas y barracas, que blanqueaban á lo lejos como aves peregrinas que pronto irían á posar su vuelo á las montañas de Moab, á las llanuras de Ydumea, ó hasta más allá de los desiertos arenosos. Y grupos de mujeres, con guirnaldas de flores, iban, camino de las aldeas vecinas, cantando alegremente, cual si quisieran beberse, entre risas y cantos, todo el aroma y todo la luz difundidas en el aire, relampagueante y diáfano .

Jeschoua, seguido de Kephas y Joan, tomó un sendero abierto bajo higuerales frondosos, vibrantes al sol que parecía regocijarse en asaetar, con sus dardos de fuego, el valle de Bethphagé.

Al pasar á lo largo del seto, que cercaba el patio poblado de naranjos y limo-

---

1, San Mateo *XXIII, 33*
2, San Lucas *XXII,33*
3, San Lucas *IX; 57*

neros, vió al mísero esclavo, andrajoso, jadeante como una bestia cansada, moviendo el molino, lenta y penosamente. El chirrido de la rueda era contínuo y lúgubre, como una queja desesperante en medio de aquella placidez primaveral.

—«¿A quién te compararé, generación malvada?—dijo Jeschoua— ¡Ay de vosotros, que abrumáis con pesadas cargas los hombros de los hombres desechados de la fortuna!» (1)

Un perro, asomando su cabeza por entre las floridas enredaderas del seto, ladró furiosamente, y su húmeda lengua, entre el verdor de las hojas, se agitó, como un terso pétalo rojo. Y un pájaro, sobre la rama de un pinabete, se puso á desgranar las perlas de su gorjéo en el cristal fluído del ambiente.

Jeschoua siguió de largo. Se detuvo antes de doblar una ceja de monte; y, volviendo el rostro, miró la ciudad magnífica y radiante, que le suscitó, de súbito, la imagen de Miriam, confundiéndose con ella en una sola, tentadora visión de belleza, bajo aquella gloriosa apoteósis de luz.

1, San Mateo *XIII*, 4

II.

Presentimiento

—

Jeschoua, andando á la aventura y á escondidas, con Kephas y Joan, había encontrado á sus otros discípulos, dispersos y fugitivos: á Philipo de Bethsaida y á Didimo, en el valle, acampados á la sombra de un bosque; á Leví y á Nathanael en la cuesta del monte de los Olivos, en la tienda de unos boyeros; á Santiago y á Andrés en el patio de una granja, y, por último á Judas, que marchaba solo, camino de Bethania.

Ya el sol se ponía, como un rojo disco incandescente en la fantasmagórica policromía del crepúsculo, cuando juntos llegaron á la margen del arroyuelo que, cerca de Bethania, destrenzaba sus límpidas aguas á la fresca sombra que caía de álamos y palmeras.

Allí se detuvieron y sentáronse en el césped; y, como no habían comido en

todo el día, sentíanse cansados y hambrientos.

—«Estad alerta— les dijo Jeschoua— A la manera de un hombre ausente que dejó su casa, y dió autoridad á sus siervos, y señaló á cada uno su quehacer, y mandó al portero que velase, así vosotros debéis velar,» [1]

El agua murmuraba, corriendo mansa y suave, sobre un lecho de pedruscos abrillantados, reflejando en su superficie, la difusa claridad del cielo y los rasantes rayos del sol poniente que difundía su más bello vapor de oro sobre las copas de los árboles. Algunas gárrulas avecillas revoloteaban entre el follaje, en una no interrumpida fiesta de gorjeos; y de entre la hierva emergía el chirrido agudo de los insectos.

Jeschoua sintióse de nuevo invadido por una profunda melancolía, como si la invisible mano del destino le diese á beber una copa rebosante de amargura. El había visto á la multitud, á su paso por ciudades y aldeas, salir á su encuentro, y saludarle con cánticos de alabanzas; y ahora se veía fugitivo, más desamparado que las zorras y que las aves, porque «las zorras tienen cuevas, y las aves de los cielos nidos, mas él no tenía donde reclinar la cabeza.» [2]

1. San Marcos, XIII, 33, 34.
2. San Lucas, IX, 58.

. «Vosotros—dijo—sois mis amigos. Cumplid, pues, mi mandamiento: amaos los unos á los otros, como yo os he amado. Perseverad en este amor. [1]

«Si el mundo os aborrece, sabed que á mí me aborreció antes que á vosotros.» (2)

«Si os persiguen, recordad que á mí también han perseguido.» [3]

Y, como sus palabras contristasen á sus discípulos, añadió:

· «Porque os he hablado estas cosas, la tristeza ha llenado vuestros corazones.» (4]

«Estas cosas os he hablado, para que estando siempre presente en vosotros, tengáis paz y la tristeza se os convierta en gozo.» (5)

Del agua emanaba un delicioso vaho de frescura que se dilataba en el aire tibio, lleno del polvo de oro del sol. Y al soplo de la brisa se desprendían algunas hojas secas, que brillaban á la luz con destellos acerinos y producían al caer levísimos chasquidos en la corriente que las arrastraba.

Jeschoua, que parecía mirar con atención el lento caer de las hojas, se incorporó del suelo, dejando que se deslizara hasta sus hombros el manto que cubría

1, 2, 3, San Juan, XV, 9, 12, 14, 18, 20.
4, 5, San Juan, XV, 6, 33.

su cabeza; y su rostro se destacó en toda su varonil belleza en aquella divina claridad crepuscular.

—«Aún tengo—dijo—muchas cosas que deciros; pero ahora no la podéis oir.» [1)

Y, como observara en los rostros de sus discípulos una muda interrogación de ansiedad, profirió con su voz dulce y límpida:

—«Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros. Andad entre tanto que tengáis luz, no sea que las tinieblas os alcancen, porque el que anda en tinieblas no sabe à donde va.» ||2||

Los discípulos, emocionados, se miraron unos á otros, murmurando:

—«Por qué dice que un poco de tiempo estará con nosotros? ||3||

Kephas, con un dejo de inquietud en el acento, le interrogó:

—«¿Por qué dices un poco? ¿Adonde vas?» ||4||

Hacia el lado de Bethania se oía el balar de las ovejas y el ladrido de los perros. A distancia algunas mujeres que habían bajado al arroyuelo á llenar sus cántaros, se alejaban en pequeños grupos, conversando alegremente, por un sendero abierto entre dos setos.

1, 2, 3, san Juan, XVI, 12, 18, XII, 35.
4. San Juan, XIII, 36.

Jeschoua, dominado por un vago presentimiento de su próximo fin, le dijo á Kephas:

—«Adonde yo voy, no me puedes ahora seguir, mas me seguirás después.» (1)

—«Rabbí—repuso Kephas—¿por qué no te puedo seguir ahora?» (2)

Luego, con tono resuelto, añadió:

—«Mi vida pondré por tí.» (3)

Jeschoua, no obstante confiar en Kephas, le dijo:

—«¿Tu vida pondrás por mí?... En verdad, en verdad te digo que me negarás, Kephas.» (4)

En una granja cercana se oyó el aleteo de un gallo; y, en el silencio de la campiña, se dilató su canto sonoro y vibrante.

—«Rabbí,—dijo Kephas—aunque me sea menester morir contigo, yo nunca te negaré.» (5)

—«Nunca te negaremos» [6]—añadieron los otros discípulos.

Y, como Jeschoua observara que Judas guardaba silencio, llamóle la atención su actitud sospechosa, y dijo con amargura:

1, 2, 3, 4, San Juan, XIII, 36, 37, 38.
5, 6, San Mateo XXVI, 23.

—«En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar.» (1)

—«Soy yó, Rabbí?» (2) le preguntó Kephas.

—«¿Será uno de nosotros?» [3] —le preguntó Joan, indicando, también, á los discípulos que á su lado estaban.

Judas, que trataba de disimular sus siniestros pensamientos, se levantó del suelo y se acercó á Jeschoua.

—«¿Soy por ventura yó, Rabbí?» (4) le dijo con tono cariñoso, y dándole un beso en la mejilla.

Jeschoua, lanzó un profundo suspiro, y luego contestó:

—«El que come conmigo en el mismo plato y bebe conmigo en la misma copa, ése me ha de entregar.» (5)

Las sombras de la noche empezaban á invadir la campiña. La luz del sol se había despedido de la cima de los árboles. Y algunas estrellas aparecieron, con fulgor trémulo, en el cielo aún claro y azul.

Jeschoua, con voz pausada y límpida, habló en parábola.

—«Un propietario plantó una viña, cercóla con seto; y, después de arrendarla á unos labradores, se ausentó.

1, 2, 3, 4, San Mateo. XXVI, 22, 25, 35.
5, San Mateo *XXVI, 23*

«A su tiempo, el propietario envió un criado á los labradores para que recibiese el pago del arrendamiento; y los labradores, en vez de darle buenas cuentas, le ultrajaron y le arrojaron de la viña.

«Entonces el propietario resolvió enviar á su hijo predilecto; y los labradores, al verle, conferenciaron entre sí, diciendo: «Este es el heredero; matemósle para que la heredad sea nuestra.» Y, sacándole fuera de la viña, le mataron.

«¿Qué les hará, pues, el propietario de la viña?» [1]

Los discípulos callaban. Un rumor sordo y confuso venía de la aldea. Y, en la cercana granja, se oyó de nuevo el aleteo del gallo, y su canto sonoro y vibrante.

Jeschoua, como comprendiese que sus discípulos no habían entendido su parábola, les dijo:

«Ya no os hablaré en proverbios» [2]

Ya en el cielo no quedaba màs luz que la de las estrellas, que se habían abierto, como flores de oro en una pradera infinita; y bajo los árboles se espesaban las sombras de la noche. Las hojas se movían al soplo de la brisa, con leve

---

1] San Lucas, XX, 9, 15.
2. San Juan, *XVI*, 52,

rozamiento de seda: y, á intervalos, emergía, más agudo aún, el chirrido de los insectos.

El tiempo trascurría; y Judas se puso en pie. La obscuridad, protectora de las maquinaciones del crímen, velaban su faz; y, á no ser así, sus facciones horriblemente lívidas y convulsas, por la intensa agitación de sus pensamientos, le hubieran delatado. Miraba á Jeschoua, que, sentado en el césped, se había quedado absorto, con el rostro apoyado en ambas manos; miraba á sus compañeros, tendidos en el suelo, sobre sus mantos, dispuestos á dormir; y miraba en torno la noche negra y el silencio profundo.

De pronto, por tercera vez, aleteó el gallo, en la cercana granja, y lanzó al aire su canto sonoro y vibrante.

Kephas, incorporándose, dijo:

—« Rabbí, ¿ á dónde quieres que vayamos á prepararte la cena ?» [1]

En este momento se oyó un rumor de pasos y un ruído del agua en el arroyuelo.

Jeschoua, dirigiéndose á Kephas y á Joan, les dijo:

—«¿Ves aquel hombre que acaba de llenar su càntaro. ? Id por el mismo

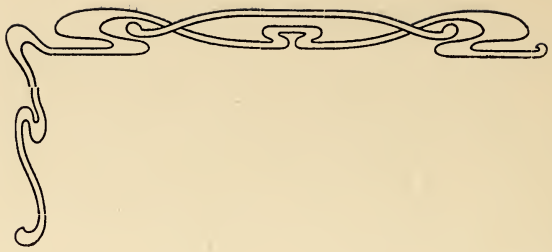
1. 2, San Marcos. *XIV*, 21, 13, 14.

sendero que ha traído; y cuando hayáis llegado á casa de Lázaro, decidle: El Rabbí quiere venir con sus discípulos á comer la pascua en tu casa» (1)

Kephas y Joan se levantaron y siguieron tras del hombre.

Judas rechinó de rabia los dientes y se mesó la barba; y, con aspecto fiero, los vió alejarse.

De nuevo reinó el silencio. El arroyuelo seguía destrenzando su agua pura y trasparente; y, al ritmo de la música de su murmullo, en su fondo, como en un alcázar de cristal, danzaban las estrellas.



III.

¡Levántate Lázaro!

« Martha, cuando vió que Jeschoua venía, salió á recibirle», (1) con el corazón lleno de ansiedad y de gozo al mismo tiempo; y, tan pronto como hubo llegado al paraje en donde Kephas y Joan dijèronle que se encontraba, se acercó, al reconocerle, algo confusa.

—«Rabbí—le dijo con voz en que se traducía la pena que la embargaba—Lázaro, á quien amas, está enfermo.» (2

Jeschoua hizo un movimiento de asombro, puesto que el día anterior, al llegar á Bathania, había visto á Lázaro, sano y robusto.

—No te aflijas, Martha—le dijo en tono afable—«Esa enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, á fin de que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.» (3)

1, 2, 3, San Juan, 3, 4, 20,

Martha, penetrada de gratitud, se inclinó y le besó el borde de la túnica.

En seguida avanzaron por la ribera del arroyuelo, que, en la obscuridad, discurría con un fantástico brillo de plata.

Jeschoua había conocido á Lázaro en Caphernaum, en la ribera del lago de Genezareth; y, una mañana, en su barca, había pasado á la otra parte del lago, á llevar la buena nueva al país de los Garadenos. Al evocar aquella mañana, ardiente de sol, volvía á ver la barca balanceándose sobre el lago en calma: él, sentado en un banco arrimado al màstil de la vela que se extendía como el ala blanca de una gaviota, y Lázaro, de pie en el timón, con una gorra de fieltro en la cabeza, hablándole de su aldea situada en la cumbre de una fértil colina, distante una hora de Jerusalem; de su padre, llamado Simón; y de su hermana Martha, bondadosa y tímida como una gacela, y casta y bella como una rosa de Bethania. Desde entonces amaba á Lázaro. Y éste, la víspera, le había alojado en su casa, colmado de exquisitos cuidados, y contribuído, con el relato de sus actos extraordinarios, á propagar la creencia, difundida en todos los pueblos de Galilea, que era uno de los profetas resucitado.

Tomaron por el sendero en cuesta, abierto á lo largo de los setos que cercaban las granjas; y, como se ahondaba en el terreno entre riscos salientes, tuvieron que marchar uno tras de otro precedidos de Martha.

Esta, con acento de inquietud, referíale á Jeschoua que Lázaro ya otra vez se había enfermado de súbito, quedándose, durante largo espacio de tiempo, insensible y rígido. Ella adoraba á Lázaro; y angustiábase su corazón con sólo pensar que podría morirse.

Calló Martha y siguieron silenciosos. Alguna luz trémula, á lo lejos, horadaba la sombra bajo la espesura de los árboles; y en los setos encendían sus fugaces chispas las luciérnagas.

Kephas tropezóse contra una piedra, y, como se quejase, Jeschoua le dijo:

—«El que anduviese de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo. Mas el que anduviere de noche, tropieza, porque no hay luz en él.» (1)

«¡Ay de aquellos, de corazón endurecido, que tienen ojos y no ven, y tienen oídos y no oyen.» [2]

Todas las voces de la campiña habían enmudecido. Hasta el murmullo del arroyuelo apenas se dejaba oir levemen-

1. San Juan, *XI*, 9 y 10.
2. San Marcos, *VII*, 17, 18.

te; cuando de pronto, por encima de sus cabezas, en la rama de un árbol, un buho rasgó el aire con su canto estridente. Y Martha, sobrecogida de terror, se aproximó instintivamente á Jeschoua. Entonces marcharon juntos; y él le habló con ternura:

—Martha—le dijo—«el reino de los cielos será semejante á diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron à recibir al Esposo. Cinco de ellas eran prudentes y las otras cinco fatuas.

«Las que eran fatuas tomaron sus lámparas, y no tomaron consigo aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con sus lámparas.

«Tardándose el Esposo, todas comenzaron á cabecear y se durmieron. Y, á media noche, se oyó un clamor: He aquí que el Esposo viene, salid á recibirle.

«Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes á aderezar sus lámparas; y dijeron las fatuas á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.

«Las prudentes respondieron diciendo: Nó, sea que no alcance para todas. Id, antes bien, á los que le venden y comprad para vosotras.

«Mientras que ellas fueron á com-

prarle, vino el Esposo; y, las que estaban apercibidas, entraron con él á las bodas; y fué cerrada la puerta.

«Después vinieron también las otras vírgenes diciendo: Señor, Señor, ábrenos.

«Mas él, respondiendo, dijo: En verdad os digo que no os conozco.» (1]

Y había sido de tal manera dulce el acento con que Jeschoua profirió sus palabras, que Martha sentía que su atribulado corazón se le llenaba de fé, y su alma de virgen cándida se encendía con la luz consoladora de la esperanza.

Al llegar á la cumbre de la colina vieron aparecer la aldea, en medio á la obscuridad nocturnal que la envolvía, cuyas casas, como masas informes, se esparcían al abrigo de susurrantes arboledas. La brisa, más libre en el espacio sereno y bajo un cielo abierto y profuso de estrellas, traía el perfume de la campiña.

Cuando se aproximaron, un perro, corriendo hacia Martha, dió un ladrido de aviso. Luego penetraron à un patio oloroso á azahares que escarchaban el suelo. Y, ya en el umbral de la casa, un murmullo de contenido regocijo

---

1. San Mateo, *XXV*, 1, 12.

corrió entre un grupo de mujeres congregadas en la estancia.

—¡El Rabbí bueno ha llegado!

—¡El Rabbí que hace milagros!

—¡En Caphernaum curó á un leproso y á un paralítico!

—¡Curó á la hija de una mujer cananea, poseída de demonio!

—¡Curó á dos ciegos cerca de Jericó.

—¡En Naim resucitó al hijo de una viuda!

—¡Bendito sea el Rabbí!

—¡Bendito sea!

—¡Bendito sea!

Una antorcha humeante alumbraba la estancia, pequeña, cuadrada y de pobre aspecto, por cuyo suelo rodaban algunos utensilios é instrumentos de labranza.

Jeschoua le preguntó á Martha.

—«¿Dónde has puesto á Lázaro.» (1]

Martha, solìcita, tomó la antorcha, y le dijo:

—«Ven para que lo veas.» (2)

Una de las mujeres, con ademàn vago, murmuró:

—«Mirad cómo le ama.» (3)

En un aposento contiguo yacía Lázaro, tendido en una cama, y cubierto hasta el rostro con un lienzo blanco como

1, 2, 3, San Juan, *XI*, 32, 34, 36.

un sudario. El lienzo no se movía, como si en Lázaro ya no existiese ningún soplo de vida. Martha se acercó aterrorizada. Le sacudió por un brazo; y, como le encontró rígido, se arrojó llorando á los pies de Jeschoua.

—«Rabbí—le dijo entre sollozos—si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.» [1]

Jeschoua, conmovido, lloró también en silencio.

A la amarillenta luz de la antorcha en los rostros de los circundantes se mostraba una dolorida expresión de duelo.

—¡Pobre Martha!—prorrumpían ahogadas voces campesinas.

Una mujer, arrebujada en un manto negro, retrocedió, presa de un miedo indefinible, á un rincón de la estancia. Prontamente todas se encontraron invadidas por aquel miedo; y, retrocediendo, á su vez, se miraban con miradas atónitas. En voz baja, y con gestos de pavor, repetían:

—¡Es un maleficio!

—¡Es un maleficio!

—¡Ha enfermado repentinamente!

—¡Ha muerto también repentinamente!

1, San Juan, XI, 23, 34, 36.

—! Esta mañana estuvo en Silohé !

—¡ Ha sido la bruja de Silohé !

—¡ Ha sido la bruja de Silohé !

—¡ Conjuremos el mal !

—¡ Conjuremos el mal !

Y se llevaban sus manos temblorosas al seno donde llevaban ocultos sus talismanes y amuletos.

Se movió el lienzo que cubría á Lázaro, y se creyó que una ráfaga de viento había entrado por el vano de la puerta y había agitado la llama de la antorcha. Afuera el perro ladró lúgubremente; se consternaron los ánimos; y las mujeres, temblorosas, se arrimaron unas á otras, como si por la estancia se hubiera difundido todo el terror nocturno.

Martha, que, con el rostro entre las manos, seguía sollozando desesperadamente, balbuceó de nuevo:

—« Rabbí, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. »

Las mujeres, aún trémulas, se dijeron entre sí:

—« ¿ No podrá éste, que abrió los ojos al ciego, hacer que Lázaro no muriese ? »(1)

Siguió un largo silencio de los circundantes. Volvió á moverse el lienzo.

---

1. San Juan, 37.

Martha trataba en vano de ahogar sus sollozos entre las manos. Y afuera el perro continuaba ladrando lúgubremente.

—« Martha—le dijo Jeschoua de improviso, radiándole el rostro de júbilo—¿no te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios ? » (1)

Martha, suspensa de emoción, se levantó repentinamente del suelo.

—« Quitadle el lienzo » (2) dijo Jeschoua á los que le rodeaban.

Las mujeres, asombradas, se acercaron y miraban con fijeza. El silencio, como en una cripta, se hizo sepulcral. Se oía palpitar la llama de la antorcha en el aire impregnado de misterio.

Libre del lienzo, el rostro de Lázaro apareció lívido, con las facciones contraídas, los ojos abiertos y brillantes, la boca cerrada, y guarnecidos los labios por una espuma blanquecina y ligeramente enrojecida.

Martha, llena de angustia, dejando escapar un sollozo, exclamó.

—« ¡Rabbí, no ves que está muerto!» (3)

—«¡Está muerto!-repitieron las mujeres, sacudidas por un escalofrío, y con la voz velada por el estupor.

1, 2, 3, San Juan, xi, 34, 39.

Y, luego, con miedoso balbuceo.

—¡Es un maleficio!

—¡Ha sido la bruja de Silohé!

—! Ha sido la bruja de Silohé!

Jeschoua, que habíase quedado abstraído, con la mirada fija en el rostro de Lázaro, se acercó al lecho, y, con un gesto de dolor, dijo:

—« Lázaro es muerto.» (1)

Y, como después le levantara una de las manos, que descansaba á lo largo del cuerpo, una de las mujeres dijo conmovida:

—« Mirad como le amaba »

De súbito Jeschoua dijó á Martha que seguía sollozando:

—«¡Martha! ¡Martha! Lázaro, mi amigo duerme; mas yo voy á despertarle del sueño » (2)

Y en seguida, sacudiéndole por el brazó, le gritó:

—«¡Lázaro! ¡Lázaro! ¡Levántate !» (3)

Lázaro, entorpecido por el sueño se incorporó penosamente, y se puso á mirar en torno con extraviados ojos.

Las mujeres prorrumpían en coro.

—¡Milagro! ¡Milagro!

—¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado!

—

1, 2, 3, San Juan, XI, 11, 12, 43.

—¡Bendito sea el Rabbí! ¡Bendito sea el Rabbí!

Judas, que se hallaba detrás de Jeschoua, profirió con acento irónico.

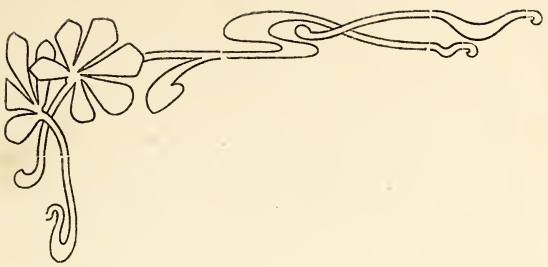
—«Puesto que dormía estaba sano.» [3]

Jeschoua se turbó. Al volver el rostro vió á Judas que abandonaba la estancia; y sintió que se le llenaba el alma de de una angustia infinita.

—¡Bendito sea el Rabbí! ¡Bendito sea el Rabbí!—repetían con júbilo las mujeres.

Y, afuera, el perro seguía ladrando lúgubremente.

LIBRO VII



I.

De Herodes á Pilatos

Zarah y Gesira, al llegar á la calle de Japhet, se encontraron empujadas y arrastradas por un tropel de hombres y mujeres, jadeantes y sudorosos que se precipitaban hacia el Xistus.

– ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?—preguntaron ansiosas.

Pero aquella multitud, aturdida, que daba aullidos de endemoniados, sin saber por qué, avanzaba, bajo aquel sol soberbio que inundaba la calle de deslumbrantes reverberaciones.

Unos iban con las mangas de la túnica arremangadas; otros con el turbante al desgaire; los vendedores ambulantes con sus cestos á la cabeza; los obreros con sus herramientas del oficio; y todos, hombres y mujeres, en una estrepitosa confusión insólita. Se oía un sordo traqueteo de puertas y ventanas. Tras de

los parroquianos, que salían, azorados, empujándose unos á los otros, se cerraban, á toda prisa, las tiendas y las tabernas. Y á las azoteas y terrazas asomábanse rostros estupefactos con miradas inquietas.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Era la angustiosa interrogación que brotaba de todos los labios. Unos decían que el Tetrarca había sido asesinado por un mercenario de su hermano Philipo; otros hablaban de haber sido profanado el Templo por una horda de bárbaros venidos no se sabía de dónde; y otros afirmaban que se había insurreccionado la legión assiria.

Las dos jóvenes marchaban, por en medio del gentío, impulsadas por la vehemencia de curiosidad que se reflejaba en todos los semblantes. Y, después de errar de un lado á otro, en busca de caras conocidas, avistaron, por entre el movible tumulto, á Enesidemo y á Nohemí parados á la sombra de un pórtico; y hacia ellos se dirigieron aceleradamente, cogidas de la mano para que una oleada de la multitud no llegara á separarlas.

—¿Qué sucede?—preguntaron, á una, las dos jóvenes.

—¿De dónde venís, pues, que no sabéis lo que pasa?—repuso Nohemí con un gesto de asombro.

—Nada sabemos—contestó Zarah—Hemos pasado la noche en casa de Tito Lecio, de donde venimos ahora, é íbamos á dormir á nuestras casas.

—¿Qué sucede?—insistió Gesira con impaciencia.

Enesidemo, que miraba á las jóvenes con ojos de gozosa lujuria, contestó:

—Jeschoua, un pobre Rabbí de Galilea, que ha sido preso.

Zarah y Gesira, que la ante víspera habían visto al Rabbí en la puerta del Ganado, bajo los pórticos del estanque de Bethesda, en medio de una banda de mendigos, á quienes consolaba amablemente, retrocedieron de espanto.

—¿Qué dices? ¿Ha sido preso el Rabbí?

—Si, querida. Anoche le hicieron preso en Bethania, entregado por uno de sus discípulos, llamado Judas.

Gesira dejó asomar á su rostro, en que jugueteaban unos hermosos ojos negros, un sentimiento, mezcla de sorpresa y de horror; y Zarah preguntó á Nohemí:

—¿De qué se le acusa?

—De....¿De qué se le acusa, Enesidemo?—preguntó á su vez, Nohemí, con ingenua indiferencia.

—«De ser un endemoniado» (1)—repuso Enesidemo.

—¡Un endemoniado!—profirió Zarah con un indignado acento de protesta—«En el estanque de Bethesda yo ví al Rabbí curar á un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. (2) ¿Puede el demonio curar á los enfermos y abrir los ojos de los ciegos?» [3]

Enesidemo se encogió de hombros; y, con una ligera sonrisa de escéptico, dijo:

—También en Paphos, querida, Elimas, el Mago, hace milagros.

Gesira se empinaba, con curiosidad infantil, para ver la multitud que seguía avanzando con estrépito formidable.

—Se dice—prosiguió Nohemí—que, en Bethania, el Rabbí resucitó á un hombre llamado Lázaro.

—¡Lázaro!—exclamó Zarah.

—¿Le conoces?—interrogó Nohemí.

—No.....Miriam sí le conoce.

Y, con cierto dejo de orgullo de ser amiga íntima de Miriam, añadió:

—Fué su primer amante. Me lo ha contado todo.

—¿Oyes Enesidemo?— prorrumpió Nohemí, tratando de reprimir la risa

---

2. San Juan, v, 5.
3. San Juan x, 20 21.

que le retozó en la garganta—El Rabbí ha resucitado al primer amante de Miriam. ¿No sabes, querida, lo que se dice de Miriam?

—¿Qué? ¿qué se dice?—preguntó Zarah

Pero Nohemí, en ese momento, divisó á Datham, con su alta mitra color de gualda, y del mismo color la túnica, entre un grupo que venía del Xistus; y, antes de que se le perdiera de vista, empezó á gritar con su vocesita argentina que parecía un gorjeo de pájaro.

—¡Datham! ¡Datham!

Datham, abriendo una brecha con sus fornidos brazos, atravesó la calle y llegó aturdido, secándose el sudor que le corría por la cara.

—¿De dónde vienes?—le interrogó Nohemí.

Datham dió un resoplido, y luego contestó:

—Vengo de Palacio.

—¿Has visto al Rabbí?

—No pude verlo.

Enesidemo se volvió hacia Datham y le preguntó:

—¿Sabes si lo han sentenciado?

—No;—repuso Datham—el Tetrarca no ha querido juzgarle. Van á llevarle al Pretorio.

Enesidemo, que miraba de soslayo el

manto rojo que cubría los amplios hombros de un centurión que imponía el orden, aseveró grave y solemne.

—El Tetrarca es justo y magnánimo.

A causa del flujo de gente, cada vez más considerable, Datham manifestó que no quería ser magullado, y partió rápidamente.

Enesidemo quiso hacer lo mismo, pero Nohemí le dijo:

—No te vayas.

Gesira, huyendo al sol, que la hería en plena cara, se abría paso buscando donde colocarse; y como se le perdiera uno de sus largos alfileres de oro que le azaeteaban su cabello retorcido, llevóse ambas manos á la cabeza tratando de sujetarse una guedeja desprendida que ondulaba, tras de la nuca, espolvoreada de azur.

—¡Mi alfiler! ¿Dónde está mi alfiler?—repetía.

Pero, en aquel momento, le fué imposible encontrarlo. La corriente humana, que marchaba hacia el Xistus, se había detenido; y, de pronto, se le había visto retroceder, en un reflujo irresistible. La multitud se había hecho compacta, como una sola masa, de la cual surgía en la atmósfera, caldeada de sol y empañada de polvo, un vocerío inmenso. Era un mar de cabezas de hom-

bres y mujeres: unas desnudas, al sol la cabellera luciente; y otras cubiertas por blancos albornoces, casquetes de fieltro, gorros de lona punteagudos, mitras babilónicas, largos velos y capuces de variados matices; lo cual daba un aspecto abigarrado á la muchedumbre.

Sarah, un tanto preocupada y ansiosa, se acercó á Nohemí; é insistió en preguntarle:

—¿Qué sabes de Miriam? ¿Se murmura algo de ella?

En el rostro de Nohemí apareció una sonrisa; y entre sus labios, rojos de carmín y olorosos á menta, brilló la sarta de sus dientes menudos y blancos.

—Se murmura.... ¡y mucho!.... ¿Nada te ha dicho?

—No he visto á Miriam desde la noche del banquete en casa de Tito Lecio.

La fresca risa de Nohemí se desató, á manera de un pentagrama de notas de cristal, sobre aquel confuso tropel de gente que se desbordaba, con estrepitoso pisoteo de recua innumerable, aguijoneada por ese instinto inconsciente y fiero que arrastra, así hacia las altas como hacia las bajas acciones, á las ignaras multitudes.

Enesidemo, con marcado interés, preguntó:

—¿Es cierto, Zarah, que se va Tito?

—Mañana regresa á Roma—contestó Zarah.

Con un gesto de melancolía Enesidemo expresó el pesar que le causaba la desconsoladora noticia.

—Me iré á Alejandría—murmuró, como respondiendo á las interrogaciones de su pensamiento:—¿Debería irse de aquella ciudad que, en su ridículo dogmatismo, odiaba la refinada cultura helénica? ¿O sería mejor quedarse para continuar él difundiendo aquella religión nueva del placer, que había fundado Tito Lecio, el ilustre poeta y querido esteta romano, con un reducido número de adeptos, para que la vida se convirtiese en paraiso encantado y bello, lleno de besos, y música y perfume, como una bienaventuranza eterna? . .

Los pretorianos, temerosos de una sangrienta rebelión como la que provocaran Judas el Gaulonita y Sadoh el fariseo, corrían de un lado á otro sofrenando con gritos estentóreos á la agida muchedumbre.

Como el gentío se replegara, Enesidemo se abrió paso para ampararse detrás de una columna de granito, á donde le siguieron Nohemí y Sarah.

Un hombre, que se hallaba subido sobre el plinto de la columna, gritó:

—Ya traen al Rabbí.

Otro grito, salido del tumulto, repitió:

—Ya traen al Rabbí.

Millares de rostros en tensión, inquietos, ardiendo de curiosidad, se volvieron; pero no se veía sino la espesa muchedumbre como un gran monstruo que se retorciese en convulsiones epilécticas; y, como un descomunal dedo de la garra de aquel monstruo gigantesco, que pesase, con inmensa pesadumbre, sobre la hermosa ciudad, se erguía la torre Marianna, á lo lejos, destacándose en un cielo de admirable pureza.

Por las encrucijadas aparecían nuevas oleadas de gente que venían á engrosar la multitud, que seguía avanzando; y los que querían permanecer en las aceras, para ver al Rabbí, tenían que adosarse al muro de las casas para no ser atropellados.

Enesidemo, que ya se sentía sofocado, propuso:

—Vamos al Pretorio.

Pero Nohemí, con su aspecto jovial, empinándose sobre la punta de sus sandalias y apoyando el brazo en el hombro de Enesidemo, dijo casi al oído de éste:

—Esperemos á que pase el Rabbí. Después tomaremos por la calle de Achar.

Estallaban gritos, alaridos y tremen-

das imprecaciones. Los aguadores eran empujados; y sus odres henchidas rodaban por el suelo y se vaciaban formando lodo con el polvo de la calle.

El hombre, que permanecía sobre el plinto abrazado al estriado fuste de la columna, gritó:

—Ya el Rabbí ha pasado el Xistus.

En ese momento Gesira volvía á reunirse con Enesidemo, exclamando llena de júbilo:

—¡ He encontrado mi alfiler de oro !

Pasaron algunos legionarios, cuyas lanzas hacía flamígeras el sol, y la multitud tuvo que replegarse aún más á las aceras, comprimiéndose, magullándose, hasta quedar convertida en una densa muralla humana. Todos deseaban ver al Rabbí, conocer aquel que había querido destruir al pueblo de Israel, traer la desolación y peste sobre la ciudad amada de Jehovah, para injuriarle, ultrajarle y colmarle de execraciones.

—Me ahogo, Nohemí—prorrumpió Enesidemo respirando violentamente.

—Espera—le dijo Nohemí

Cuatro decuriones pasaban á caballo, de rostros sombríos entre la barba negra, bajo los centelleantes capacetes broncíneos, armados de espadas desnudas, y mirando con desconfianza á ambos lados.

Y. más atrás, escoltado por una fila de

soldados de la cohorte itálica, apareció Jeschoua, caminando despacio, atadas por delante las manos con un cordel de esparto, desgarrada la túnica, amoratada una mejilla y con un irrisorio manto color de escarlata, viejo y sucio que los satélites de Herodes le habían echado sobre los hombros. Llevaba levantada su faz pálida, serenamente impasible, mirando, por encima de la innoble muchedumbre, hacia algo lejano y alto que debía de ser bello y radiante, porque sus ojos, de un negro profundo, se hallaban anegados en un éxtasis divino.

—¡Qué hermoso es!—exclamó Nohemí

—Y qué joven!—exclamó Enesidemo.

De la multitud surgían gritos feroces, imprecaciones inmundas, bufonadas grotescas, sarcasmos brutales.

Un fariseo, alargando el puño cerrado, se acercó á Jeschoua y profirió colérico:

—¿Con que has querido ser rey?

Un escriba, sacudiéndole por el brazo, le gritó:

—¿Cuándo de Galilea ha salido cosa buena.?

Un mendigo, mugriento y devorado por el hambre, le dió en el hombro con una vara, y le dijo con ironía:

—¿Con que tú eres el Mesías?

Un esclavo, que parecía saliera de la

ergástula, le escupió el rostro, y rugió, con la boca negra y espumajeante:

—¡ Blasfemo !

Un niño, con su vocecita aguda, le gritó;

—! Malo !

Y le arrojó una cáscara de fruta.

Pero Jeschoua, sin volver el rostro á los salvajes alaridos de aquella turba desenfrenada, avanzaba majestuosamente, con la mirada siempre fija en la lejanía del horizonte radioso y azul, á donde parecían encaminarse sus pasos, elevándose en ascención gloriosa, por sobre las abominables miserias de la tierra.

— Vamos al Pretorio– dijo Nohemí

— Si; vamos– añadió Enesidemo.

Sarah lloraba; con la manga de su túnica se enjugó las lágrimas, que brotaron, al ver á Jeschoua, de sus bellos ojos, cargados de sueños voluptuosos, y rodaban á lo largo de sus frescas mejillas como aljófares por la más pura corola de un lirio.

II

En el Pretorio

El populacho, rechazado á latigazos por la guardia del Pretorio—antiguo palacio de Herodes—se había quedado arremolinado en la plaza, entre cálidas ráfagas de polvo que se alzaban del suelo, y castigado por los abrasadores rayos del sol.

Aquellos, á quienes se había permitido llegar hasta el Gabbatta, formaban numerosos grupos bajo las arcadas de piedra de las galerías, estrechas y sonoras, y en el vasto patio sombreado por un amplio lienzo de púrpura, franjeado de oro, que arrancando de la terraza del palacio iba á terminar sobre el dintel de la puerta de entrada. A través de aquel lienzo, que ondeaba al viento, la luz se cernía cayendo como un vapor de sangre sobre el pavimento de mosaico.

Jeschoua, con la estupefacción de quien se encuentra transportado de sú-

bito á un lugar que no conoce, había avanzado, cubierto su semblante de mortal palidez, en medio de los legionarios que le custodiaban, hasta colocarse al pie de la escalinata de mármol, veteado de amarillo, que conducía al espacioso vestíbulo, en el cual se alzaba la silla curul, cuadrada y de pies de marfil, entre un semicírculo de escabeles de ébano. En el fondo, tapizado de azul como una profunda lejanía de cielo, se destacaba una espesa córtina roja que cubría el vano de una puerta ojival, guardada por dos lictores, con sus varas al hombro, las que remataban en una fulgurante águila de oro.

De la multitud, aglomerada en aquel patio, salían voces, exclamaciones y gritos que resonaban en el aire tibio, distintamente del confuso rumor que llegaba del exterior. Y Jeschoua, sabiendo que, si volvía el rostro, no iba á encontrar sino miradas hostiles y gestos amenazantes, permanecía inmovíl, indiferente, sereno, devorando en silencio la angustiosa soledad en que se hallaba. ¿Dónde estaban, en aquella dolorosa hora presentida y llegada, sus queridos discípulos en cuyos corazones había depositado el germen de un infinito amor capaz de fecundar la más vasta y yerma esterilidad del alma? Todos le habían abandonado; y allí estaba él, so-

lo, atadas las manos, con las que el había querido romper la coyunda vil de todos los oprimidos por la injusticia humana; y víctima de la iniquidad y la protervia de aquellos, nobles y ricos, á quienes había venido á predicar la piedad y la caridad para todos los contritos de la tierra.

Jeschoua respiraba largamente, como para refrescarse la abrasadora amargura que le quemaba el pecho; diríase que buscaba un hálito del aire puro de las montañas de Galilea.

La multitud empezaba ya á impacientarse, cuando se vió avanzar á los lictores, con sus varas en alto; moverse la cortina de la puerta del fondo; y, luego, aparecer Pontius, con su toga pretexta sobre la túnica color de malva, ceñida la cabeza con una cinta blanca, y con un flabelo de plumas en la mano, con que se abanicaba maquinalmente. Tan pronto como Pontius, con paso mesurado y con el rostro erguido, se dirigió á sentarse en la silla curul, los miembros del Sanhedrin, graves y solemnes, como una theoría de tumulares estatuas animadas, subieron la escalinata y ocuparon los escabeles de ébano.

Un legionario, para advertir á Jeschoua la presencia del Pretor, le dió un brutal empujón, que le hizo vacilar; y, aturdido, alzó la cabeza, cuyo perfil, noble

y puro, se destacó radiante en la rojisa claridad que la envolvía.

Pontius, visiblemente disgustado, colocó en sus rodillas el flabelo; y, negligentemente se arregló los pliegues de la toga. Después, con desdeñosa lentitud paseó su mirada intensa y escudriñadora por la agitada muchedumbre; y, á un ademán de su brazo extendido, en cuya mano fulguró el topacio de un anillo de oro, reinó un profundo silencio. Luego se puso á examinar con atención á Jeschoua; y, la pobre apariencia y la humilde actitud del joven galileo, le impresionaron vivamente.

Un rato después, Pontius, volviéndose hacia los miembros del Sanhedrin, cuyas facciones de ancianos venerables tenían la fría inmutabilidad de su rigorismo sacerdotal, les dijo en tono pausado é irónico.

—«¿Qué acusación traéis contra este hombre?» [1]

Los ancianos extrañados, se miraron con miradas interrogativas; y Manases, cuya barba luenga y blanca ungida de aceite, se confundía con la albura de su túnica, se puso en pie, inclinando su turbante, en el que brillaron hilos de perlas; y, con voz cascada y trémula por la emoción, expuso:

1, 2. San Juan, XII, 29, y 30.

—« Si ese no fuera un malhechor, Pontius, no te lo hubiéramos entregado » [2]

Pontius hizo un ligero gesto de asombro, y preguntó:

—«¿Qué ha hecho?» [1]

Manases pareció titubear; y, luego, con acento firme prosiguió:

—« Se le ha hallado pervirtiendo al pueblo. Por toda la Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí, se ha hecho llamar Hijo de Dios » (2)

Pontius volvió á observar á Jeschoua que permanecía abstraído y con la cabeza baja. El andrajo de púrpura, que tenía puesto á guisa de real manto, se le había rodado de los hombros, y el centurión de la cohorte se lo colocaba piadosamente.

—«¿Qué testimonios tenéis contra él?» [3]—preguntó Pontius.

Manases, confuso, dirigió una ansiosa mirada á la multitud en solicitud de aprobación; y algunos del patio avanzando hacia la escalinata, con fieros ademanes, gritaron á porfía:

—«Nosotros lo hemos oído de su boca. » (4]

Jeschoua pareció sobresaltarse y do–

1, 2, 3, San Lucas, XXII, 71 y XXIII, 22,
4, San Lucas, XXII, 71,

blegó aún más la cabeza, como bajo un peso abrumador.

De repente, hacia un lado del patio y bajo una de las arcadas, se formó un tumulto. Eran unos nethenims del Templo, que, habiendo reconocido á Kephas, á quien habían visto en el pórtico de Salomón en compañía del Rabbí, le empujaban diciendo:

—«Este también estaba con Jeschoua el Galileo» (1)

Kephas, aterrado, exclamaba balbuciente:

—«No conozco á tal hombre.» (2)

Una mozuela, que la víspera había encontrado al Rabbí, camino de Bethania, se plantó delante de él y le gritó con desparpajo:

—«Tú también estabas con el Rabbí.» (3]

Kephas profirió temblando:

—«Mujer, no sé lo que dices.» [4)

—«Ciertamente—le dijeron unos esenios—tú eres uno de sus discípulos, porque tu habla te da bien á conocer» (5

Kephas, exasperado, juró por Jehováh; y, con voz suplicante, prorrumpió:

—«No conozco tal hombre.»]6]

Jeschoua que había conocido la voz

1, 2, San Mateo, XXVI, 17, y 72,
,3 4, 5, 6. San Mateo, XXVI, 96, 70, 73, 74.

de Kephas, se estremecía dolorosamente cada vez que, el más querido de sus discípulos, le negaba.

En torno de Kephas se agolpaba la gente; y Manasés, resplandeciéndole los ojos de satisfacción, ordenó, con un ademán, que le dejasen libre; y, en tono de triunfo, exclamó:

—«¿Qué más testimonios necesitamos? [1]

En aquel momento, y por en medio del barullo, atravesó el patio inadvertidamente una mujer con el rostro cubierto con un velo. Caminaba de prisa, y su andar era rítmico y sus pisadas sonoras. Tomó por una galería. Al llegar al extremo de ésta, empujó una puerta de cedro, que rechinó débilmente; y penetró en una espaciosa estancia, abovedada, de paredes blancas.

Un lictor, creyendo que era Claudia Procla, [2] corrió á avisar al Pretor; y éste, que con la mejilla apoyada en una mano parecía sumido en graves meditaciones, abandonó la silla curul.

—¡Ah, eres tú, Miriam!—exclamó Pontius al verla, con el rostro descubierto y de pie en medio de la estancia—¡Cuánto gozo con verte! ¿Verdad, amor mío, que vienes á recordarme que debo

1 San Lucas, *XXII*, 71.
2 San Mateo, *XXVII*, 19

ser cruel en la pena que le inflija á ese Rabbí?.....

Miriam, con acento anhelante, repuso:

—No, Pontius; vengo á pedirte que le libertes.

—¡Cómo!—exclamó Pontius con expresión de sorpresa—¿Vienes á pedirme que liberte á ese Rabbí, Miriam?

—¡Por piedad, Pontius, te lo pido!

Pontius, turbado, pasóse una mano por la frente; y, luego, le dijo:

—¿No oyes á esa multitud que pide que le condene?

Miriam le miró con ansiedad, y replicó:

—Entre esa multitud que te odia y yo que te amo, elige, Pontius.

Pontius la contempló con avidez sensual. La encontraba más hermosa que nunca, vestida con aquella sencilla túnica de lana, que, por carecer de adornos, permitían que se delinearan en toda su morbidez las curvas esculturales de su cuerpo. De sus ojos, de extraordinaria belleza, surgían irresistibles destellos; y, como había llorado, aun conservaban la brillante humedad de las lágrimas. Su delicada nariz palpitaba, con agitación febril, sobre el suave arco de sus labios, encendidos con la vehemencia de su aliento; y su rubia cabellera, flotante sobre los hombros, fluía como un ondoloso manantial de oro vivo.

—¡Por mi amor!—insistió Miriam, al ver que Pontius callaba.

—¡Qué no hiciera yo por tu amor, Miriam!

—Ya ves; poco te pido.

La multitud, impaciente y rabiada, dejó escapar un sordo rumor como amenazante rugido de tormenta.

—Pídeme otra cosa, Miriam—dijo Pontius—que estoy dispuesto á dártela, pero no la libertad de ese Rabbí.

—¿Por qué?

—Porque es imposible.

—Imposible, dices? . . Si tienes suficiente poder para salvarle, quien te lo impide?

—Ese mismo pueblo que me odia.

—No comprendo, Pontius.

—¿No recuerdas la sangrienta sedición por haber colocado dos escudos votivos en mi palacio?

—Si; y qué?

—Temo, Miriam, que la libertad de ese Rabbí provoque una sedición. y «es necesario que sufra un hombre antes que perezca todo un pueblo.» [1]

Miriam, agitada por una emoción creciente, le dijo:

—Es que es inocente, Pontius.

—Lo presumo, Miriam.

1 San Juan, XVII, 14

—Y, si es inocente, permitirás que sea derramada su sangre?

Pontius, perplejo, callaba. Se había redoblado el vocerío del patio.

Miriam le asió tiernamente una mano; y, con voz suplicante, le dijo:

—¡Sálvalo, Pontius; te lo ruego!

Al contacto de aquella mano, pequeña y febril, Pontius sintió enervador escalofrío que le trastornaba.

—Si, Miriam—balbuceó.

Y, desconcertado, todo confuso, salió de la estancia.

***

La presencia del Pretor calmó el tumulto. Puesto que volvía, era para sentenciar al Rabbí. Todas las miradas se fijaron en él, y todos los oídos se aguzaron para oir las palabras que fuera á pronunciar.

Algunos, con desesperada impaciencia, imponían silencio; y éste, al fin se hizo, en todo el patio. Entonces pareció crecer el rumor de la otra muchedumbre que invadía la plaza.

Pontius tosió nerviosamente; y, visiblemente emocionado, dijo, dirigiéndose á Jeschoua:

—«Tu Nación, representada por los Jefes de los sacerdotes, te han puesto en

mis manos.....¿Qué has hecho?» [1]

Jeschoua permanecía silencioso; y un legionario, agarrándole por el brazo, le sacudió fuertemente.

—¿Por qué no contestas al Pretor?

Pontius añadió:

—«¿No respondes nada?....Mira cuántas cosas atestiguan contra tí.» (2)

Jeschoua alzó los ojos, de cuyas negras pupilas surgió el vivo resplandor de sus miradas; y, con voz clara y vibrante, repuso:

—«Yo manifiestamente he hablado al mundo....Siempre he enseñado en la Sinagoga y en el Templo donde se juntan todos los judíos, y nada he hablado en oculto.....Mi reino no es de este mundo....Si mi reino fuese de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuese entregado á los judíos. Ahora bien, mi reino no es de este mundo.» (3)

—«¿Luego tu eres rey?» [4] —le preguntó Pontius.

En los ojos de Jeschoua pareció exteriorizarse, con resplandor improviso, la alucinante evocación de su reino ideal.

—«Tu dices que yo soy rey—repuso—Yo para esto nací; y para predicar la

---

1, 2, 3, 4, San. Juan XVII, 20, 35, 36.

verdad he venido al mundo. Todo aquel que ama la verdad oye mi voz»(1)

Pontius, con un gesto de admiración fijó atentamente los ojos en el rostro serenamente dulce de Jeschoua, y le preguntó:

—«¿ Qué cosa es verdad?»(2)

Coléricas vociferaciones estallaron de súbito en la multitud.

—«¡ Ha blasfemado! ¡Ha blasfemado!»(3)—gritaban.

Pontius tuvo que ponerse en pie para imponer el orden. Después habló lentamente.

—« Me habéis presentado á éste como hombre que pervierte al pueblo; y he aquí que, preguntándole yo delante de vosotros, no he hallado en él culpa alguna. Ni aún ante el mismo Herodes ninguna cosa digna de muerte se le ha probado. » (4)

Unos fariseos se acercaron á la escalinata; y uno de ellos, agitando una filacteria, de piel amarilla, dijo:

—Pontius, nuestra ley es clara y precisa: « Todo profeta ó visionario que se levante deberá morir, porque se declara en rebelión contra Jehováh » (5)

1. 2, San Juan, XVIII, 37, 38.
3, San Mateo XXVI, 65,
4, San Lucas, xxIII, 14.
5 Deuter, xIII, 5.

Del uno al otro extremo del patio corrió un grito formidable.

—« ¡ Se ha hecho reo de muerte ! ¡Se ha hecho reo de muerte ! » (1)

Pontius, con indignación, profirió:

— « Tomadle, entonces, vosotros y juzgadle según vuestra Ley » —(2)

Manases, en cuyos turbios ojos fulguró su reconsentrada ira, le dijo en tono de reconvención:

— « Tu sabes, Pontius, que á nosotros no nos es lícito matar á nadie » (3)

Pontius, disimulando su despecho, replicó con meditada calma:

—«Es que ninguna culpa hallo en este hombre » (4)

Las gritos atronadorès de los fariseos sobrepujaban al estrépito de la multitud.

—Nosotros tenemos Ley—decían—y, según nuestra Ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios » (5)

Pontius se revolvió, agitado, en la silla curul; y en un arranque de incontenida soberbia, exclamó:

—« ¡ Y qué ! ¿ soy yo acaso judío ? » (6)

Estas palabras suscitaron una confusa algarabía. Algunos empezaron á

1 San Mateo XXVI, 66.
2. San Juan, XVIII, 31
3, 4, 5, 6, San Juan, XVIII, 31, 35, XIX, 7

lanzar violentas recriminaciones contra el Pretor. Y los miembros del Sanhedrín, removiéndose en sus escabeles, susurraron una sorda protesta.

Pontius, comprendiendo la imprudencia de sus palabras, dijo:

—« ¿Qué mal ha hecho? » [1]

Saulo de Tharso, arrimado á una de las pilastras de la galería, gritó, empinándose:

— « Ha amenazado destruir el Templo. » [2]

Un clamor general repitió:

— « ¡Crucifícale ! ¡ Crucifícale ! »[3]

Un ligero estremecimiento de dolor se apoderó de Jeschoua; y, contraída la faz, elevó la mirada á lo alto en busca de algún pedazo de cielo que vertiese sobre su espíritu un destello de luz consoladora.

Pontius, previendo las terribles consecuencias de aquel tumulto, exclamó:

—« Ninguna culpa de muerte he hallado en él; sinembargo le castigaré y le soltaré » (4)

Gamaliel, que había permanecido en silencio, aprobando ó desaprobando, según el curso del debate, con lentos mo-

---

1, San Lucas, XXIII, 4, 22.
2. San Mateo, XIV, 58
3, San Juan, XIX, 6
4 San Lucas, XXIII, 22.

vimientos de cabeza, se alzó, al fin, de su asiento, flaco como un espárrago y rígido como una estatua, y gravemente dijo:

—«Pontius, ése ha alborotado al pueblo vedando dar tributo al Cèsar, y diciendo que es un descendiente de David, Rey de Israel, que ha venido á tomar posesión de su reino. Se le ha visto entrar en triunfo por la Puerta Dorada, y por lo tanto, si le sueltas no eres amigo del Cêsar. Cualquiera que se hace rey contradice á César» (1)

Los ancianos, rebosantes de satisfacción, inclinaron sus turbantes; y la multitud se desató en furiosas acusaciones: todos amenazaban al Pretor con dirigir sus quejas al Legado Imperial.

Algunos nethenims del Templo se arrojaron al suelo; y, arrástrandose por las lozas, poseídos de salvaje iracundia llegaron hasta las gradas, y prorrumpieron frenéticos:

—«Nosotros no tenemos otro rey sino á César» (2)

Y los gritos continuaban repitiendo:

—«¡ Crucifícale! ¡Crucifícale!»

Pontius, con el rostro casi lívido, respiraba ruidosamente, estremeciéndose, inquieto, sobre su asiento. Aquel nue-

1, San Lucas *XXIII*, 2, San Juan *XIX*, 12
2, San Juan, *XIX*, 15,

vo giro de la acusación le perdía si perdonaba al Rabbí, porque era declararse reo de traición á la majestad del César:

Los nethenims del Templo seguìan rugiendo.

—« Nosotros no tenemos otro rey sino á César»

De repente el semblante de Pontius cambió de aspecto, se hizo risueño. Iba á intentar otro recurso.

—«He aquí á vuestro Rey!» (1) dijo en tono de fisga; é indicaba á Jeschoua con un ademán de desprecio.

—Quita, quita, crucifícale!» (2) gritaba la multitud.

—«¿ A vuestro Rey he de crucificar?» [3]—preguntó Pontius en el mismo tono.

—«Nosotros no tenemos otro rey sino á César»–repitieron los methenims, con frenesí salvaje, arrastrándose como reptiles.

Luego Pontius, con voz afable, les recordó que en uno de los calabozos de la torre Antonia se hallaba un reo condenado á muerte; y, después de una pausa, como si quisiera apreciar el efecto de sus palabras, añadió.

—« El Pretor acostumbra en la fiesta de la pascua soltar á un criminal. ¿Que-

1 2, 3, San Juan, XVIII, 39, XIX, 14, 15,

réis que os suelte á Barr-Bas ó al Rey de los Judíos?» (1)

La multitud contestó:

—«¡A Barr-Bas! ¡A Barr-Bas!» [2]

Jeschoua, como ya indiferente ante aquella oleada de innoble cólera que se había desencadenado contra él, permanecía tranquilo, con el rostro sereno y dulce.

De pronto en aquel momento, salió un hombre de la multitud dando alaridos bestiales, mesándose la cabellera enmarañada, alteradas de un modo horrible las facciones lívidas, los ojos extraviados, y agitando los brazos desesperadamente. Era Judas de Keriot. Corrió hasta la escalinata como perseguido por las Furias infernales; y, encarándose con los miembros del Sanhedrin, lanzó un aullido agudo.

—« Yo he pecado entregando la sangre inocente. » [3]

Los fariseos, escandalizados, le gritaron:

—«¿Qué nos importa á nosotros?» (4)

Judas, temblando, sacó de la túnica un puñado de monedas de plata, el mísero salario de su crimen; las miró con horror, como si fueran encendidas ascuas que le quemasen la mano; y arro-

1, 2, San Juan, XVIII, 39, XIX, 14, 15,
3, 4 San Mateo, XVII, 4, 25.

jándolas, con ademán terrible, á los pies de los ancianos, que le miraban estupefactos, profirió, en un acceso de convulsión demoniaca:

—¡Tomad!

El centurión, de un fuerte puñetazo, le derribó al suelo; y, arrastrándole por un brazo, le sacó fuera.

Pontius, comprendiendo que ya toda tentativa para salvar al Rabbí sería en vano, golpeaba el pavimento con los pies y se mordía los labios furiosamente.

El alboroto se hizo mayor, y grandes voces clamaban:

«—Haz morir à éste, y suéltanos á Barr-Bas.» (1)

Pontius, exasperado, sudoroso, se levantó de la silla; y, retorciéndose, una à otra, las manos, les dijo:

—«Id y crucificadle. Inocente soy de la sangre de este justo. ¡Allá vosotros!» [2]

En el patio se oyó una voz, ya enronquecida, que, con brusca ironía, clamó:

—«Qué caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» (3)

Pontius abandonó la silla; y, atravesando rápidamente el vestíbulo, penetró

1; 2: 3. San Lucas, VIII, 18.

en la estancia en que Miriam lloraba desconsoladamente.

Manases, plácida la faz patriarcal, hizo un signo para que la cohorte se llevara al reo.

Y, empujado por los legionarios, bajo una granizada de rechiflas y denuestos, Jeschoua echó á andar hacia la puerta. Algunos, mostrándole los puños apretados, le escupían el rostro; otros, con grandes risotadas, le tiraban de los cabellos; y otros, con el extremo de sus bastones, le golpeaban la espalda, como á una bestia. Al salir fuera, miró á su alrededor, y sus ojos se encontraron con un grupo de mujeres que estallaron en sollozos.

—«Hijas de Jerusalem,—les dijo con dulzura—no me lloréis á mí, antes bien, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.» (1)

Luego, poseído de un inefable arrobamiento, dirigió su mirada al espacio, á aquella hora, de una alegría radiosa; soñando quizás, en su postrera ilusión de visionario, que los fragmentos de su mundo ideal, roto al rudo choque contra la atroz iniquidad humana, irían á poblar de constelaciones brillantes un cielo infinito de amor en que eternamente resplandeciese un hermoso sol de Justicia.

---

1. San Lucas XVII, 28

III

Crucifixión

Miriam, al salir del Pretorio, que había quedado desierto, echó á caminar rápidamente, con el rostro rebujado por un extremo de su velo, y flotante el otro extremo, como una ala blanca, sobre la espalda. Penetró en el antiguo barrio, de edificios viejos y sórdidos, á lo largo de estrechas y tortuosas calles, en las que las mujeres, que ociaban en las aceras, á la sombra de los portales, mirábanla con insistente curiosidad; y algunos transeuntes, que arrastraban su pesada murria al sol del medio día, se aventuraban á dirigirla bromas obscenas. Al llegar á las seculares ruínas de la torre Hannamael, se detuvo; y, sentándose en un bloque de piedra, se aflojó, de prisa y llena de impaciencia, las correhuelas de las sandalias que le marcaban surcos enrojecidos en la piel fina y suave. Luego siguió adelante, sofo-

cada, aireándose el rostro con el extremo del velo; y, en la puerta *Judiciaria*, abierta en la parte norte de la ciudad, tuvo que atravesar por en medio de un grupo de medrosos obreros y campesinos, detenidos por rudos capataces para que oyeran de boca de un pregonero, de formas atléticas, que leía con voz estentórea, interpolándolas con ligeras pausas, las tres sentencias, breves y concisas, que, en nombre de César Augusto, condenaban á morir crucificados á dos ladrones de Samaria y á un Rabbí de Galilea, sedicioso y blasfemo.

Descubriéndose la cara, Miriam bajó, sin detenerse, á la hondonada del Hinnón, árida y triste, y blanqueando á los rayos del sol declinante como regada de calcinado polvo de osamenta: ni una brizna de hierva ponía la alegría de su verdor en aquel campo de muerte.

Delante, y por el mismo sendero que ella llevaba, una pobre vieja, de raído manto negro, caminaba con fatiga y encorvada sobre el puño en cruz de su bastón, con el que parecía ir hurgando los secos cascajos del terreno. La vieja se hizo á un lado para darla paso; fijó en ella sus ojos enigmáticos; y, en sus arrugadas facciones amarillentas, hubo un gesto de asombro.

Miriam siguió de largo, ocupada toda su atención en mirar á un hombre, de

ruda apariencia, que descendía corriendo del collado del Gareb. Y, cuando estuvo cerca, le preguntó con avidez.

—¿Dónde está el Rabbí?

El hombre se paró, jadeante y limpiándose el sudor; hizo un ademán, con su adusto brazo de campesino indicando la cumbre del collado; y dijo:

—Allá quedó....Le ayudé á cargar la cruz, porque había caído tres veces cuando le traían, y se le habían ensangrentado las rodillas . . . La cruz pesaba mucho para su cuerpo débil.

Miriam, enternecida, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Simón de Cirene—repuso—Venía de Ephraim, por el camino de Joppe, con mis dos hijos Alejandro y Rufo, cuando avisté á la cohorte que conducía á los reos . . . Pero no te detengas, si quieres llegar antes que crucifiquen al Rabbí.

Miriam continuó avanzando; trepó la cuesta pedregosa y escueta del collado; y, al llegar á la meseta de la cumbre, sintió oprimírsele el corazón. Con una mirada de angustia quiso abarcar todo el lúgubre espectáculo, y vió las dos cruces en que ya pendían, contorsionándose horriblemente y dando desgarradores alaridos, los dos condenados de Samaria; y, á un lado, otra cruz en forma

de T, tendida sobre zarzales y peñascos, tosca, sin labrar, con la fresca corteza que recordaba el árbol, que, como la encina de la parábola, diera en su ramaje benigno asilo á las avecillas del cielo, y que, ahora, convertido en árbol infamante, con sus brazos desesperadamente abiertos, dijérase que clamaba piedad para todos los dolores de la tierra. Los fariseos, escribas, siervos del Templo y simples espectadores, se arremolinaban en torno, con rumor sordo. Y, á corta distancia, á la vista de los legionarios, se hallaba Jeschoua, de pie, de espaldas al lugar del suplicio, con las manos desatadas que maquinalmente se pasaba por el rostro lívido, y de frente al sol, que, como una inmensa pupila, parecía mirarle, y retardar su curso hacia el ocaso para llevarse á otros mundos la doliente y trágica visión de su martirio.

Junto á Jeschoua estaban unas piadosas mujeres del Gareb, todas confusas, porque se había negado á beber el vino de gracia, que era un fuerte vino de Emmaús, endulzado con miel y aromatizado con mirra y plantas olorosas.

Miriam, temblando de emoción, se acercó á ellas y les pidió la copa. Sigilosamente vertió en ésta el líquido contenido en una pequeña redoma que se sacó del seno; y, temerosa de que Jes-

choua volviera á rechazarla, se la presentó con un cariñoso ademán de súplica.

Jeschoua se conmovió al verla; y, con una melancólica sonrisa de ternura, tomó la copa. Luego, elevando los ojos al cielo, profirió en voz baja:

—«Padre, si tu quieres, apartaré esta copa de mis labios, pues no hago mi voluntad sino la tuya.» (1)

Y, un momento después, que fué de infinita ansiedad para Miriam, se llevó la copa á los labios y bebió lentamente.

Al volver el rostro para ocultar sus lágrimas, Miriam vió á pocos pasos á la vieja aldeana, que encontrara en la hondonada del Hinnón, seutada en un peñasco, con la rugosa barbilla apoyada en las manos que descanzaban en el puño en cruz de su bastón, los ojos fijos en ella, que parecían la única cosa viva en su faz amarillenta é inmóvil, bajo el negro capuz de su raído manto.

De pronto sobrevino una ruidosa disputa, provocada por un escriba que quería colocar un rótulo en la cruz destinada à Jeschoua. Los fariseos, coléricos, protestaban á grandes voces, que ahogaban los alaridos é imprecaciones que no habían cesado de lanzar los suplicados.

---

1. San Lucas, xxII, 42.

—¿ Por qué—gritaban los fariseos—ha querido el romano inferir esa injuriosa burla al pueblo de Israel ? ¿ Désde cuando se ha declarado enemigo de nuestro pueblo?

El centurión intervino; y, en tono amenazante, les dijo:

—«Lo ha escrito el Pretor, y escrito se queda.» (1)

Entonces los siervos izaron la cruz y la fijaron en tierra, acuñándola con estacas de madera, en medio de las otras dos cruces, y ostentando en lo alto de un amplio cartelón, escrito con grandes caracteres bermejos, en latín, griego y hebreo, en que se leía:

ESTE ES EL REY DE LOS JUDIOS. (2)

Los fariseos, indignados, acercábanse á Jeschoua; y, con ridículas reverencias, le decían:

—«Salve, Rey de los Judíos.» [3]

Pero Jeschoua, sumido en la estática contemplación del deslumbrador mar de luz que inundaba el cielo hacia la azul ribera del horizonte occiduo, parecía trasportado á otro mundo mejor, ya que había sido una fugaz quimera de ensueño su reinado de amor y de justicia sobre la tierra.

Miedosas y trémulas, se retiraron las

1. San Juan, XIX, 22.
2. San Lucas, XXIII, 38.
3. San Juan, XIX, 3

mujeres á llorar en silencio bajo unos olmos, en que con vuelo tardo y receloso, se posaban los buitres. Miriam, á medida que avanzaba, sentía tras de sí, la insistente mirada de aquella vieja aldeana, inmóvil sobre el peñasco, que le traía un lejano recuerdo, impreciso y vago.

Jeschoua, brutalmente advertido por uno de los legionarios que le agarró por el brazo, marchó con paso firme, tranquilo y manso, como una oveja que se lleva al sacrificio. Un siervo, ebrio de *posca*, le quitó la túnica; y, levantándole por los sobacos, le colocó á horcajadas sobre un tajo de madera que habían puesto en el centro de la cruz para sostener el cuerpo y no se le desgarraran las manos. Ni una palabra profirieron sus labios. Echó hacia atrás la cabeza y cerró los párpados, como para dormir eternamente sobre aquel lecho, que la mayor de las iniquidades transfiguraba en símbolo glorioso de redención humana. Sufrió, lanzando un suspiro de dolor, cuando el clavo penetrando en la carne de su mano abierta la empurpuró de sangre.

Uno de los dos supliciados, vomitando imprecaciones, le gritó:

—«Si tu eres el Mesías sálvate á tí mismo y á nosotros.» [1]

1, San Lucas *XXIII*, 39.

Jeschoua había doblegado la cabeza sobre el hombro; y, como al clavarle la otra mano, el dolor no le arrancara ni la más leve queja, y apenas si le produjera un lijero estremecimiento, los legionarios se miraron asombrados.

—«Verdaderamente este hombre era un justo» (1]—exclamó el centurión, limpiándose el yelmo luciente, que unas rojas gotas de la sangre generosa de Jeschoua, lo enjoyaba de rubíes fúlgidos·

Un mancebo, de túnica flamante, cara rasurada, y de larga melena lustrosa de aceite perfumado, se acercó à Jeschoua, y soliviándole la cabeza, mortalmente pálida y augusta, le colocó, á guisa de corona, entre las guedejas lacias y empapadas de sudor, una rama de un arbusto espinoso; y, con bufonadas grotescas, le dijo:

—«Salve Rey de Israel.» (2)

Estalló una risa brutal, y un fariseo, tirándole de la barba que le caía en el pecho, le gritó con furia:

—«Tú que destruyes el Templo, y en tres días lo reedificas, sálvate á tí mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de esa cruz.» (3]

Un anciano, macilento, meneando la encanecida cabeza, con ademán reflexi-

1, San Lucas, XXIII, 47,
2, 3, San Mateo *XXVII*, 40, 42

vo, murmuró, entornando los párpados.

—«A otros salvó, y así mismo no puede salvarse: descienda ahora mismo de esa cruz y le creeremos.» [1]

Hubo un altercado entre los legionarios: al repartirse los despojos de los supliciados, cada quien quería para sí la túnica de Jeschoua.

—Echenos suerte—clamó uno, rubicundo de cólera.

Pero el centurión, indignado, les quitó la túnica; la desgarró; y se la arrojó para que se repartiesen los girones. Y, como ya el sol se ponía, tras de la cumbre del Hebrón, como un hermoso escudo de oro incandescente, les ordenó, que, á la usanza romana, aplicaran á los condenados el *crurifragium*.

A lo lejos, de la torre Marianna, surgió un vibrarte toque de bocina que se dilató en el aire sereno y luminoso de la tarde.

Dos legionarios, llevando cada uno al hombro la pesada barra de hierro, que era el bárbaro instrumento del *crurifragium*, se aproximaron á las cruces. Los condenados ulularon desesperados; y, á cada golpe que les quebrantaba los huesos de los miembros rígidos, ya acardenalados por el látigo, redoblaron sus alaridos, sus ayes, sus imprecacio-

1. San Mateo, XVII, 42.

nes, que paulatinamente fueron languideciendo hasta los estertores lúgubres de la agonía.

El sol se había ocultado, tras del Hebrón, en una llamarada de incendio, después de haber presenciado el pavoroso drama sangriento; de haber nimbado de resplandores la frente tersa y serena de aquel sublime mártir; y de haber cubierto su cuerpo, de palidez marmórea, con una luminosa túnica inconsútil.

Los legionarios, rencorosos y llenos de fiereza, enfrente de la cruz de Jeschoua, se disponían á aplicarle el cruel tormento; pero el centurión, apartándolos con brusquedad, les dijo:

—¿No véis que ya está muerto?

Todos los presentes se maravillaron; y el mancebo, de cara rasurada y larga melena lustrosa de aceite perfumado, alzando su bastón, le golpeó con la contera metálica en un costado; y en su brazo, de femenil morbidez, tintilaron sus brazaletes de oro.

Unos fariseos, de la secta *mudakia*, fanáticos ortodoxos, empezaron á dar voces de alarma, porque, ya puesto el sol, aún permanecían en el patíbulo los cadáveres de los ajusticiados.

—Bajadles—gritaban—y arrojadles al Hinnom para que les devoren los buitres, á fin de que «no sea contami-

nada la tierra que Jehovah, nuestro Dios, nos ha dado por heredad.» (1)

—Bajadles y arrojadles á las aves de rapiña—repetían.

Y, saliendo del grupo de gente, Joseph de Arimatha y Nicodemus, ricos fariseos y varones ilustres del Sanhedrin, avanzaron hacia el centurión; y, mostrándole un pergamino del Pretor, reclamaron el cuerpo de Jeschoua.

El centurión, con los ojos llenos de lágrimas, hizo una señal á los legionarios; luego, para limpiarse la frente sudorosa, se quitó el yelmo, en el que aún fulguraban, como rubíes, las gotas de sangre.

Miriam corrió presurosa y transida de pena al lugar del suplicio; y cuando los legionarios hubieron puesto el cuerpo de Jeschoua en tierra, se quitó el velo y se lo tendió encima. Joseph de Arimatha le tomó por debajo de los hombros y Nicodemus por debajo de las rodillas. Y echaron á caminar en silencio, seguidos de las piadosas mujeres del Gareb, conduciendo cuidadosamente aquel cuerpo, que, como el dulce yugo de su amor, «era carga ligera y suave.»

Cuando el lúgubre cortejo hubo llegado á la cercana granja, Joseph de Arimatha llamó al hortelano:

---

1 Deuter, XXI, 23.

—Trae mirra y àloe, y una túnica, para que amortajemos el cadáver.

Y reanudaron la marcha, á la menguada claridad que caía del cielo impasible, de un azul violeta, por un sendero en pendiente, bajo sombríos olmos y abedules.

El hortelano llegaba á campo traviesso, cuando se detuvieron junto á un sepulcro nuevo y vacío, abierto al pie de una roca escarpada

Joseph de Arimatha y Nicodemus colocaron el cuerpo sobre un césped; y, mientras las mujeres y el hortelano le amortajaban, ellos, con gran esfuerzo, removieron la lápida. Hubo un ruído de alas, y de un nidal salieron unas palomas silvestres.

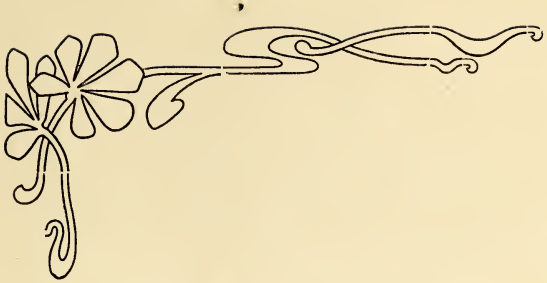
Miriam seguía llorando; y, sacudida por los sollozos, se acercó á Jeschoua y le alzó el extremo del sudario para verle el rostro, antes que le depositasen en la fosa.

—Parece que duerme—observó, con velado acento, una de las mujeres, en cuyos ojos brillaban dos lágrimas.

El hortelano entró en la fosa; y en sus brazos, robustos y fuertes, Joseph de Arimatha y Nicodemus, colocaron el cuerpo de Jeschoua, como un tesoro.

Y, cuando ya aquel cuerpo reposaba en el fondo del sepulcro, sobre un lecho

de ramas de abedul, Joseph de Arimatha y Nicodemus, cada uno, á su vez, arrojaron un óbolo de plata; las mujeres, un pedazo de la túnica; y Miriam una blonda guedeja de su pelo.



II.

Resurrección

Tan dolorosas é intensas habían sido las emociones que habían agitado el corazón de Miriam, que, al fin, se sintió desfallecer. Se dejó caer en el césped; reclinó su cabeza, que le ardía, en la lápida del sepulcro, sobre el suave y tibio almohadón de su cabellera destrenzada; y, al soplo del aire fresco de la noche, se durmió dulcemente y soñó un sueño de ventura:

....Es en Galilea, en la ribera del lago de Genezareth. Atardece. Ella va recogiendo conchas y caracoles de variados matices para hacerse preciosos collares y brazaletes. El lago, á los resplandores del crepúsculo, refulge como una hermosa copa de oro....

....A lo lejos ha visto una barca anclada cerca de un promontorio sembrado de espinosos alcaparros y lauredales de

Alejandría. Ya no va recogiendo conchas y caracoles. Avanza, avanza, llena de gozo y de espanto al mismo tiempo; y las menudas huellas de sus pies van quedando marcadas en la fina arena de la playa....

....Anochece. A la blanca claridad del plenilunio el lago refulge como una hermosa copa de plata. Ella está reclinada junto á la borda, sobre un montón de redes olorosas á algas. La barca se mece blandamente; y la brisa, que hinche la vela, hace estridir el mástil que parece un largo índice señalando el cielo. Tan pronto ve el rostro de Lázaro que labesa, como, en una rápida trasmutación, ve el rostro de Jeschoua que también la besa. Aquellos besos, como ondas cálidas, enardecen su boca virgen; y se siente invadida por un extraño y dulce arrobamiento....

Un brusco aleteo de las palomas en su nidal la hizo volver á la realidad de las cosas que la rodeaban; pero aquel sueño, como un manojo de nardos intocados, le había dejado en su alma dolorida un delicioso perfume. El aire de la noche le había secado las lágrimas y refrescado la frente enardecida. Miró en torno; y, al tener la seguridad de hallarse sola, se apoyó de codos en la lápida, en una mano la mejilla, y cerró

los párpados, para meditar serenamente en lo vario y engañoso de su destino.

A poco le pareció oir detrás de sí un ligero ruído de pasos; después una humana voz sigilosa que le llamaba; y, al volver el rostro, vió avanzar hacia ella una forma negra y sutil, que la hizo estremecer.

—¿Te has asustado?—le dijo una voz cascada.

Miriam reconoció á la vieja aldeana que encontrara en la hondonada del Hinnón, y que después viera, presenciando el suplicio, sentada en un peñasco, inmóvil, enigmática, como una esfinge.

La anciana afianzóse en el puño en cruz de su bastón, cuya contera había resbalado sobre un guijarro; y después, dando á su voz un tono afable, profirió, como si dejara caer las palabras.

—Te ví sacar del seno la redoma, y te ví verter su contenido en el vino que le diste al Rabbí.

Miriam hizo un movimiento de sorpresa.

—Era un narcótico—prosiguió la anciana.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo adivino.

Miriam guardó silencio, mirando con creciente inquietud á la faz amarillenta de la anciana.

Esta, después de una corta pausa, añadió:

—Le ví cuando le bajaban de la cruz. Le habías dado un buen narcótico; y estaba sumido en un profundo letargo.

—¿Qué dices?—la interrogó Miriam con indescriptible ansiedad.

—Que el Rabbí no ha muerto.

—¡No ha muerto!—exclamó Miriam —¿Dices que no ha muerto?

La anciana, aproximándose, le tomó una mano.

Miriam, de súbito, recordó.... Una mañana luminosa y fragante, en que, como fuera á buscar agua á un límpido arroyuelo, con el cántaro al hombro, se encontró con una vieja aldeana, vestida de estameña burda, con un raído manto negro sobre la espalda, que comía dátiles con hambre voraz, sentada en un césped de gramíneas en flor, junto al brocal desportillado de una cisterna. La anciana, que era una quiromántide de la llanura de Esdrelón, le había tomado una mano; y, después de fijar en ella sus ojos grisáseos, le dijo: «amarás mucho, y serás amada de un Dios»....

La anciana profirió:

—Miriam, las profecías, se cumplen.

De repente, irguiendo su encorvado cuerpo y haciendo un ademán incierto con su brazo buído y trémulo, dijo con

acento que sonó á hueco en su boca desdentada y mustia:

—¡Ay de la ciudad que mata á sus profetas!

Y se alejó con fatiga, arrastrando los pies sobre los guijarros del sendero, perdiéndose su forma, sutil y negra, en la noche negra.

Miriam, vuelta de su sorpresa, pero sacudida por la angustia, se puso á mirar por una hendidura la densa obscuridad del fondo del sepulcro, del cual emergía un tibio aroma de mirra y áloe. Y, como después probara, en vano, mover la lápida, se sentó en el suelo á llorar desconsolada.

Luego reflexionó. Y, levantándose de pronto, echó á correr hacia la granja.

Al llegar á la cerca, empezó á gritar:

—¡Hortelano! ¡hortelano! ¡ven presto!

Y el hortelano, soñoliento, apareció tambaleándose, bajo el cobertizo del portal.

—Ven conmigo—le dijo Miriam—Vamos al sepulcro de Jeschoua.

—¿Qué quieres que hagamos allí?

—Me ayudarás á quitar la lápida.

—¡Estás loca, mujer!—exclamó el hortelano.

—No, no estoy loca—repuso; y, al oído, como si le revelara un gran arcano, le dijo.

—Jeschoua no ha muerto.

El hortelano dió un salto hacia atrás; y sobrecogido de estupor balbuceó:

—Deliras. El Rabbí ha muerto. ¿No oíste que lo dijo el centurión, y lo dijeron Joseph de Arimatha y Nicodemus, y los legionarios, y los fariseos, y hasta les siervos del Templo lo dijeron?

—Vamos—le dijo Miriam en tono de súplica.

Y se pusieron en camino. Ella iba delante apresurando el paso. Ambos callaban. La noche era de una luminosidad insólita arriba, en el espacio, bajo los astros que fulguraban en un cielo diáfano, sin una nube; pero bajo los árboles se hallaba inpregnada de negras sombra y de misterios vagos. Toda la campiña enmudecía. A lo lejos, hacia la hondonada del Hinnón, en que habían arrojado los cadáveres de los supliciados, se oía el lúgubre graznido de los buitres que devoraban famélicos su festín pascual.

Cuando hubieron llegado, el hortelano parecía perplejo, sin resolverse.

—Date prisa, te lo ruego—insistió Miriam.

—Nada se oye abajo—observó el hortelano, con aire desconfiado.

Pero como Miriam insistió de nuevo, al fin se decidió; y, con sus brazos robustos y fuertes, rodó la lápida y el sepulcro quedó abierto.

Miriam descendió al fondo; y, tocando con mano temblorosa y febril, la frente de Jeschoua, le llamó con voz tierna y sonora:

—¡ Jeschoua ! ¡ Jeschoua !

Y volvió á llamar.

—¡ Jeschoua ! ¡ Jeschoua !

Y luego prorrumpió en sollozos que resonaron en las paredes de aquella oquedad sombría en que el silencio parecía más profundo.

—Ya ves, mujer, que está muerto—dijo el hortelano—Volvamos á cerrar la tumba.

Pero Miriam le dijo con vehemencia.

—Te lo suplico. Deja que permanezca aquí todavía un poco. Volverás antes que amanezca, y pondrás la lápida. Nadie lo sabrá.

El hortelano, conmovido ante aquel dolor, murmuró en voz baja:

—¡ Pobre mujer !

Y, consternado, la cabeza gacha, tornó á caminar hacia la granja.

Miriam, arrodillada en el suelo, junto á Jeschoua, seguía sollozando. Le

palpaba la frente, las mejillas, los ojos, poco à poco, con suavidad infinita, como temerosa de despertarle.

Y murmuraba con voz ahogada.

—¡Jeschoua! ¡Jeschoua!

Después le tomó la cabeza, y, con esfuerzo, la colocó sobre una de sus rodillas, en contacto del seno en que su corazón palpitaba henchido de una angustia intensa. Y sus lágrimas caían, como de un manantial el agua pura, sobre la frente adorable.

—¡Jeschoua! ¡Jeschoua!—prosiguió Miriam—Yo te veía en sueño llegar de un país remoto é ignoto, que debe de ser hermoso como tu reino ideal. Te veía venir por un sendero todo cubierto de flores. Y pensaba en cual rico tálamo te embriagaría con mis besos en venturosas noches de amores . . .

Y en un sollozo, que le llenaba la garganta, exclamó:

—¡Cuán tristes son, amado mío, nuestras nupcias en esta noche de duelo y en este lúgubre tálamo!

Y le besó en la frente, bebiéndose sus propias lágrimas; y le besó en los ojos, que velaban los pàrpados; y le besó en la boca, que había sido panal de donde fluían las palabras como miel perfumada. Y, cuando le besaba en la boca, le pareció que se mezclaba á sus besos el

aliento vital de aquellos labios entreabiertos.

—¡Jeschoua! ¡Jeschoua!—exclamó Miriam delirante.

Y, como sintiera que, bajo sus dedos, suaves como pétalos de rosa, Jeschoua abría los párpados en un ligero movimiento que le recorrió todo el cuerpo, el corazón se le llenó de una dicha inexplicable.

Jeschoua exhaló, al fin, un suspiro. Despertaba; volvía á la vida en brazos de Miriam, que le reanimaba con sus caricias y con sus palabras de ternura. Sostenido por ella se incorporó penosamente. Sacudió la cabeza como para despejar las nieblas que envolvían sus pensamientos. El dolor de sus manos despertó sus recuerdos. Con un sobrehumano esfuerzo de su voluntad se puso en pie. Sus ojos miraron en torno con estupefacción. Se fijó en ella; y, con voz inefable, exclamó:

—«Miriam.» (1)

Miriam repuso con voz tímida y dulce:

—«Rabboni.» [2]

Sopló una leve ráfaga de viento. Hubo un leve susurro de hojas entre las frondas. En su nidal, con blando ale-

---

1 2, San Juan, XX, 19.

teo, se arrullaron amorosas las palomas.

Jeschoua, silencioso, parecía meditar; quizás en su pensamiento cotemplaba, con amargura, la ciudad hermosa, que le había sido hostil, y en la cual había querido fundar la ciudad de fraternidad y de ventura.

Después, volviéndose á Miriam, le dijo:

—«Vamos á Galilea.» [1]

Miriam evocó una vez más el recuerdo de su pasado, que le traía, como de un manojo de nardos, un delicioso perfume; y tuvo ante sus ojos, resplandecientes de gozo, la encantadora visión de un cielo radiante y azul; un lago que á los rayos del sol refulgía como una hermosa copa de oro; y una playa de menuda arena por donde iba ella recogiendo conchas y caracoles para hacerse preciosos collares y brazaletes.

Y, con acento de triunfo, exclamó:

—¡Vamos á Galilea!

***

Y allí quedaba un sepulcro abierto y vacío, del que, un sencillo hortelano y unas piadosas mujeres del Gareb, acometidas de temblor y espanto, verán, á los primeros albores de la mañana, salir

1, San Mateo, XXVIII, 7,

un hermoso mancebo envuelto en la gloria incomparable de su divinidad. (1)

Y del fondo de aquel sepulcro, lleno de claridades excelsas, la humanidad verá brotar una religión nueva, que es eterna fuente de consuelo, en cuyas aguas milagrosas abrevan sus dolores los infortunados de la vida: todos los que tienen sed de AMOR y de JUSTICIA.

FIN.

Barcelona: [Venezuela.]

1 San Marcos, *XVI*, 5

INDICE

PAGINAS.

Prólogo . . . . . I.

LIBRO I.

Miriam 3
Sarah 18
Noche pascual 32
La cabeza de Jokanam 46

LIBRO II.

Jeschoua 63

LIBRO III.

Las sombras 87
El banquete 95
Ebriedad divina 112

LIBRO IV.

Glorioso y triunfal 125
¡ Si fuera un Dios ! 135
Jeschoua y Miriam 140

LIBRO V.

Desolación 163
Judas y Miriam 170
! Maldito seas ! 179

Libro vi

«Lloró sobre la ciudad» 191
Presentimiento 205
Levántate Lázaro 214

Libro vii.

De Herodes á Pilatos 227
En el Pretorio 239
Crucifixión 258
Resurrección 271

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT